

Fondo
editorial
Sociedad
Psicoanalítica
de Caracas

TRÓPICOS

Revista de Psicoanálisis. Año VI, vol. II. 1998



Afectos radicales



TROPICOS
Revista de Psicoanálisis
Año VI, Vol 2, 1998

Publicada por el
Fondo Editorial Sociedad Psicoanalítica de Caracas
Sociedad componente de la Asociación Psicoanalítica Internacional
(International Psychoanalytical Association. I.P.A) y de la Federación
Psicoanalítica de América Latina

TROPICOS

Revista de Psicoanálisis

Directora

Ana Teresa Torres

Consejo Editorial

Rómulo Lander, fundador

Teresa Machado

Ziva Rosenthal

Dolores Salas de Torres

© Fondo Editorial de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas
Centro Empresarial Los Ruices. Oficina 505. Ave. Principal Los Ruices
Caracas 1071, Venezuela
Tel/ Fax: 58-2- 239 5901/ 239 5618
E-Mail: socpsicdeccs@argonaut.net

Paginación electrónica: Estela Aganchul
Ilustración de cubierta: Retrato de Sigmund Freud
con Wilhelm Fliess (189?), tomado del libro
Sigmund Freud: His Life in Pictures and Works

© 1978, Harcourt Brace Iovanovich

ISSN: 1316-7219

Depósito Legal: pp 91-0387

Caracas, Noviembre 1998

Derechos reservados. Prohibida la reproducción sin autorización

Impreso en Venezuela- Printed in Venezuela

Las ideas expresadas en los trabajos contenidos en
esta Revista no comprometen la opinión ni el criterio
de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas ni del Fondo Editorial

Esta Revista es una publicación sin fines de lucro, de la
Sociedad Psicoanalítica de Caracas, con el copatrocinio
de personas naturales o jurídicas.

TROPICOS

Revista de Psicoanálisis

Año VI, vol 2. 1998

INDICE

AFFECTOS RADICALES	
A propósito del amor	7
Bernardina Ayala Lafé	
Amar, celar y envidiar	16
Indalecio Fernández Torres	
Miedo en el amor. El papel de los medios virtuales	23
Maran Himiob de Marcano	
Los afectos del analista.	32
Notas acerca de la evolución del concepto	
Rosa Lagos	
Clínica del odio y el origen de la violencia	39
Rómulo Lander	
El sujeto y su	52
Alicia Leisse de Lustgarten	
Violencia, individuo y cultura. Sus modos y relaciones con las transgresiones y las crisis	61
Serapio Marcano	
Aproximaciones psicoanalíticas al tema de la violencia: planteamientos freudianos en <i>El Malestar de la Cultura</i>	72
Marysol Sandoval de Sonntag	

TEMAS DE INFANCIA Y ADOLESCENCIA	
Un caso clínico	81
María Teresa Arostegui de Blanco	
DOCENCIA Y FORMACION PSICOANALITICA	
Aportes a la metodología de la docencia psicoanalítica: una investigación	89
José Meliá Alamar	
Transferencia, contratransferencia y contaminación en los análisis didácticos	104
Carlos Valedón	
LOS SUEÑOS DE LA GRADIVA	
Reflexiones psicoanalíticas acerca de la creación poética	113
Aurelio Calvo	
COLABORACIONES INTERNACIONALES	
Las fronteras en el proceso analítico. El marco analítico y el objeto analítico	121
Eva P. Lester / Sociedad Psicoanalítica Canadiense	
Traducción de Dolores Salas de Torres	
LECTURAS por Teresa Machado y María del Carmen Míguez	143
NOTICIAS TEMÁTICAS por Dolores Salas de Torres	145
MENSAJES DE NUESTROS COPATROCINANTES	149

AFECTOS RADICALES

La violencia, el amor y el lugar de los afectos han sido los temas propuestos en los encuentros psicoanalíticos anuales y ciclos de conferencias de 1997 y 1998. Recogemos aquí algunas de las presentaciones.

A propósito del amor*

Bernardina Ayala Lafée

A propósito del amor... ¿quién no ha sido tocado por la flecha de Eros y luego arrastrado de manera desgarradora al encuentro con Tánatos?... ¿Quién no ha vivido, en algún momento de su vida, ese “encuentro” amoroso, casi mítico, pero siempre e inevitablemente acechado por la verdadera imposibilidad del encuentro, imposibilidad que, tomándolo por sorpresa, lo arroja en el más oscuro y frío destino para hacerle beber el amargo y casi mortal veneno de la decepción y la desilusión amorosa? Y sin embargo, en la mayoría de los casos, cuando se cree morir, el amor resurge, como el ave Fénix de sus cenizas, para reiniciar nuevamente el circuito marcado por la pulsión.... ¿Qué es eso llamado amor?...

La vida amorosa, al igual que la clínica psicoanalítica, se sostiene en los tres registros de la organización psicosexual: el placer, el amor y el deseo. Estos registros se pueden expresar en infinitas modalidades, acordes con las vicisitudes de la pulsión en su recorrido en la búsqueda del objeto. Es imposible deslindar estos tres registros de manera absoluta, no podemos hablar del amor sin referencia al placer y al deseo, ya que amor, placer y deseo, ocupan posiciones que se tocan de una u otra manera, ya sea porque coexistan o porque se excluyan o se limiten entre sí, o se hagan equivalentes por continuidad o contigüidad, lo cierto es que no se pueden deslindar en su existencia, están anudados, lo cual no quiere decir que el amor no pueda excluir al deseo, o a la inversa, pero no olvidemos que la exclusión es en sí misma una manera de considerarlo, de darle existencia. Ahora bien, para tratar de seguir un ordenamiento que nos facilite el estudio del tema que nos proponemos, iniciaremos el camino en el rastreo sobre el origen del amor,

* (1998) Ciclo de conferencias: Clínica del amor. Sociedad Psicoanalítica de Caracas.

para continuar con su posible pasaje al deseo, su probable interjuego con el placer, y finalmente aproximarnos a su manera de expresarse en los tres registros: Real, Imaginario y Simbólico.

Hablar de amor es hablar de vínculo, de un vínculo por cierto muy particular, en tanto se origina y sostiene en una identificación y una demanda hacia otro. No hay amor sin un otro, siendo ese otro el que, por identificación, se va a constituir en soporte del objeto de amor. El amor viene a salvar engañosamente ese vacío que media entre el sujeto y el otro, ya sea de manera que el sujeto pueda sostener la ilusión de ser uno con el otro, o dentro de la demanda amorosa, punto de cruce del amor y el deseo, al ofrecerse al Otro, soporte del objeto de deseo, como un todo capaz de colmarlo, en su búsqueda de la reciprocidad complementaria. Este amor que reclama ser amado ya no sólo apunta al otro imaginario, sino al Otro omnipotente que posee el poder de dar y de satisfacer.

Sabemos que frente a la privación inicial, el bebé demanda en su grito la satisfacción de su necesidad alimenticia. El espacio que media entre su grito y la respuesta de la madre hace posible la aparición del deseo, además de hacer a la madre acreedora del poder de dar. De esta manera el niño le atribuye a ese Otro materno la omnipotencia de la satisfacción plena y efectúa así el desplazamiento de un objeto real ubicado en el plano pulsional a ese Otro primario, no sólo como objeto de amor, al cual se vincula afectivamente por identificación, sino como objeto de deseo, del cual espera satisfacción. La experiencia de satisfacción queda inscrita como una experiencia mítica de satisfacción absoluta, que se transformará para el sujeto en el modelo de toda experiencia de satisfacción, la cual tratará de alcanzar una y otra vez a lo largo de toda la vida, en la imposibilidad de reencontrar ese objeto mítico originario. Como veremos más adelante, estas primeras experiencias y esos “encuentros” originales con ese Otro omnipotente, van a dar cuenta del desencuentro amoroso y de la imposibilidad del deseo.

Es interesante señalar en este punto la oposición entre el amor y el deseo. Mientras el deseo se organiza en el campo del Otro, atestiguando la falta, la incompletud, el amor se constituye en el campo del Yo, presentándose como señuelo que trata de velar el vacío que media entre el sujeto y el Otro, de borrar esa distancia, creando así la ilusión de completud. Lacan afirma incluso que el amor mata al deseo, en tanto el amor se sostiene en la ilusión de unidad con el amado anulando la diferencia en que se origina el deseo. Ahora bien, si deseo porque me falta... ¿por qué amo?... pues por lo mismo, sólo que el amor enmascara esa falta. El engaño amoroso se evidencia en dos direcciones: una de

ellas, la que apuntaría al cruce con el deseo, consiste en creer que amamos al otro porque tiene lo que nos falta, mientras la otra, netamente narcisista, apunta al orden de los ideales, ya sea a través del Yo Ideal, en cuyo caso se trata de la “identificación especular con el objeto, en la cual el sujeto experimenta la ilusión de recobrar la unidad perdida por la falta en ser, que da origen al registro amoroso especular” (Torres, A.T., 1998), o mediante “la identificación a las valoraciones del Ideal del Yo, proyectadas en el objeto, mediante las cuales el sujeto experimenta la gratificación de amar y ser amado por un objeto idealizado, que da origen al registro amoroso de valoración” (Torres, A.T., 1998). Esta simetría, como espejismo de amor, responde a un registro imaginario, a la dimensión narcisista y mortal de toda relación amorosa que no es atravesada por el deseo. Aquí el drama amoroso surge ante la inevitable ruptura de la simetría. Veamos como se nos muestra esto en alguna historia de amor.

María es una mujer de 30 años, que estuvo casada diez años y, para el momento que la conozco, está en proceso de separación de su pareja. Hablando sobre la historia de su relación amorosa, María me dice que ella se casó muy joven con la esperanza de encontrar en su marido la libertad que no tenía en casa de sus padres (se refiere a salidas recreativas y sociales). Encuentra en Alberto al hombre bueno, trabajador, protector, que le brinda confianza y apoyo, además físicamente muy atractivo. Ella comenta:

“Yo estuve enamoradísima de él, toda mi vida giraba en torno a él, a atenderlo, a estar pendiente de sus cosas, incluso al comienzo cuando nos conocimos, él tenía un problemita con la sexualidad, a veces se sentía inhibido y no se le paraba. Eso lo superó conmigo... El es un hombre con un carácter fuerte y puede irritarse o deprimirse con frecuencia, pero a mí nada de eso me importaba... él era todo para mí y yo todo para él, yo sólo veía por él, hasta que me hizo lo que me hizo...” (María descubre que Alberto tiene una amante hace varios meses).

María nos hace un relato no poco común, en cuyas palabras oímos de manera elocuente y vívida ese “enamoramiento”, siempre ciego, esa ilusión de amar y ser amada sostenida en la idealidad. Un día, María, hablando de la posibilidad de divorcio, me confiesa que tiene miedo, miedo a no poder mantenerse económicamente, a no ser capaz de salir adelante laboralmente. Lo llamativo es que María me había relatado como, cuando iniciaron el negocio actual, había sido ella quien lo había levantado y luego se le unió Alberto. Este relato nos muestra cómo María necesita identificar a Alberto como su Ideal del Yo, para sostener el Yo Ideal y así evitar el colapso narcisista, es decir que su amor propio está sostenido en Alberto, “su amado”. Una última anécdota de María.

En otra oportunidad me dice que, hablando con Alberto sobre su decisión de divorciarse, a éste se le salen las lágrimas, ante lo cual ella me pregunta, casi suplicante, “¿eso no es amor?”. ¡Cuánta necesidad tiene María de ser amada por Alberto!, busca ansiosamente borrar la pérdida de esa ilusión de amor. Esta historia nos muestra el amor en su dimensión narcisista, con predominio de las idealizaciones y de la fascinación especular dentro de una estructura neurótica. Ahora bien, podemos también encontrar al amor en su dimensión narcisista, articulado al goce en una estructura no neurótica.

El amor como pasión es totalmente ciego e irresistible y puede hacer presencia en cualquier estructura. Su estallido sume al sujeto en el más supremo dolor y también lo empuja al más cruel de los odios, por lo que en algunos casos puede llevar hasta la muerte de uno o de los dos miembros de la pareja. Un ejemplo de esto lo encontramos en la historia de Salomé y Juan El Bautista. Oscar Wilde (1988) en su obra sobre Salomé, nos ilustra la fuerza pasional que se desprende en las últimas palabras de Salomé, cuando ante la cabeza decapitada del Bautista, ofrecida por el verdugo, expresa:

No quisiste dejarme besar tu boca, Juan. ¡Pues ahora la besaré! La morderé con mis dientes como se muerde una fruta madura. No deseaste nada de mí, Juan. Me rechazaste. Me dijiste injurias vergonzosas. Me trataste como a una ramera, como a una cortesana; yo todavía vivo, pero tu estás ya muerto y tu cabeza me pertenece. Puedo hacer con ella lo que quiera. Puedo arrojarla a los perros y a las aves de rapiña. Tu fuiste el único hombre a quien he amado. ¡Todos los otros me repugnan! ¡Pero tú estás bellísimo!

Si tú me hubieses visto, me habrías amado. Yo te vi Juan y te amé. Aún te amo, sólo te amo a ti... Ni el vino, ni los frutos pueden apaciguar mi deseo. Ni los ríos, ni los mares inmensos podrían saciar mi pasión. Yo era una princesa y me despreciaste, yo era una virgen y tu arrebataste mi virginidad.

El misterio del amor es mayor que tu misterio de la muerte.

Juan, he besado tu boca. Tus labios tenían un sabor amargo. ¿Sería el sabor de la sangre? Pero quizá era el sabor del amor. Se dice que el amor tiene un sabor acre...

El amor en su dimensión de pasión puede, como dijimos anteriormente, colindar con la locura e incluso llegar a la muerte, de manera que en lugar del encuentro con Eros, nos tropezamos con Tánatos en el registro Real. En estos casos la muerte puede acceder por dos vías: la del odio ligada al amor, dentro del registro Imaginario, y la del goce, ya en el registro de lo Real. En la historia de Salomé vemos aparecer estos dos momentos; el primero, cuando Salomé, llena de odio por el rechazo de Juan, pide su cabeza y el segundo se hace

presente al final, cuando Salomé se hace una con la cabeza de Juan, ahí las diferencias se borran y la realización sexual ya no apunta al deseo, de manera que el amor, este amor pasión de Salomé por Juan, impide que el goce dé paso al deseo, y en su lugar se articula el deseo con el goce a través del amor, tropezando así con la muerte, ya que Salomé muere cuando tiene la cabeza de Juan en las manos.

Es necesario insistir en que no todo amor de pasión se articula necesariamente al goce que conduce a la muerte, otras veces puede mantenerse articulado al deseo, en cuyo caso se nos muestra en relaciones amorosas muy tormentosas, donde la exaltación, el intenso erotismo, la más profunda satisfacción puede de pronto verse transformada en un infierno lleno de un dolor desgarrador, de una decepción sin límites. La persona se siente morir de dolor, pero el amor permanece en el registro imaginario articulado al deseo, al contrario del caso de Salomé y Juan. La persona que sufre de una pasión de amor articulada al deseo se encuentra envuelta, irresistible e ininteligiblemente para ella, en una relación tormentosa muy intensa en sus polaridades de placer-displacer, amor-odio, valoración-desprecio, idealización-decepción, etc... En múltiples ocasiones puede plantearse terminar la relación, pero al más leve asomo de ruptura se desencadenan los más terribles sufrimientos... Su sentir podría parafrasearse así: "sin ti yo muero y contigo muero también". Quizá logremos aclarar un poco por qué sucede de esta manera, si revisamos cómo se articula el amor al deseo.

Decíamos anteriormente que el amor se sostiene en una identificación y en una demanda a otro. Es en esta demanda amorosa donde se articula el amor y el deseo. La demanda implica en sí misma algo que falta, en tanto que se demanda lo que no se tiene. Esto plantea que en la demanda se le atribuye al otro (amado), algo que al sujeto (amante) le falta, y que supone que ese otro amado tiene. La ilusión amorosa desconoce que lo que tiene uno no es lo que le falta al otro, de ahí que el supuesto "encuentro", entre el amante y el amado, es sólo un desencuentro en el cual lo que quiere el amante no coincide con lo que tiene el amado. El amor entonces se plantea no sólo como un desencuentro, sino como un imposible cuya ilusoria posibilidad es puntual, tal como lo vemos en "el flechazo" pasional en el cual se cree encontrar en el amado eso que complementa al amante. Cuando el amado responde a la demanda amorosa del amante, pasa a ocupar el lugar de éste, es decir, pasa de amado a amante. De esta manera responde en simetría y sitúa en el otro el objeto de deseo, recreando un escenario de idílico encuentro. Esta simetría la vemos en el "enamoramiento", el cual responde a un registro imaginario, a la dimensión narcisista de toda relación amorosa. El drama amoroso surge ante la inevitable ruptura de la

simetría, de la cual emerge el deseo y la falta que da lugar a los tormentos de amor, como vimos en el caso de María y Alberto. En la imposibilidad del encuentro amoroso vemos aparecer los malos entendidos, los desencuentros, y el mal de amores, todos ellos como respuesta a la intolerancia a la imposibilidad de satisfacción del otro.

Podríamos preguntarnos si en este punto de cruce del amor y el deseo, el objeto al que el sujeto liga su amor y su deseo, es o puede ser el mismo, es decir si el amor y el deseo se pueden dirigir hacia un mismo objeto, haciendo coincidir objeto de amor y objeto de deseo. La teoría nos muestra que si bien el amor y el deseo pueden coincidir en una misma persona, lo que por otro lado no es fácil ni frecuente, lo que sí es imposible es que coincidan sobre el mismo objeto. Dado que lo que hace a cada uno ocupar el lugar de objeto de amor o de objeto de deseo, es absolutamente diferente. El sujeto se liga al objeto de amor, como producto de la identificación narcisista y de la proyección de la idealidad en un intento de enmascarar la falta. De manera contraria se liga al objeto de deseo, testigo de la falta, moviéndose en una continua e infructuosa búsqueda de llenarla. El atrapamiento en el engaño amoroso paraliza, mientras la búsqueda incesante empuja.

Recuerdo una historia de “amor sin emoción”, como la llamaba Alicia, en la que se nos hace evidente la no coincidencia del objeto de amor y el objeto de deseo. Aquí, además, no coincidían en la misma persona. Alicia experimentaba mucha confusión en su relación con Luis, ella no podía entender cómo era que, estando “enamorada” de Luis, no podía desearlo. En medio de una gran tristeza y confusión, Alicia me decía:

“No puedo entender qué me pasa, Luis es el mejor compañero del mundo, está pendiente de mí, me ayuda, me acompaña, es el hombre más fiel del mundo, sólo tiene ojos para mí. Además es inteligente, tiene solvencia económica, es el hombre perfecto, mis amigas dicen que es un tesoro, que cualquier mujer sería feliz de tenerlo como pareja y yo, por más que me esfuerce, no logro sentir esa “química”, esa emoción, esas cosquillitas al verlo, o ese brinco en el estómago. Cuando tenemos relaciones sexuales yo trato de que me sea atractivo, pero no puedo, lo veo medio feo, encorvado, flaco, tan pálido, no me da nota...Y tampoco es tanto así, pero quizá, si pudiera verlo un poco más atractivo, sería diferente... esto es un amor sin emoción.. ¿Tú lo puedes entender?”

Alicia no podía comprender que el deseo no se hace, o está o no está, no es a voluntad sino que surge a pesar del sujeto. Estando en el dilema con Luis, Alicia conoció un día a un hombre moreno, fuerte con el que experimentó las

mayores satisfacciones sexuales habidas hasta el momento. Quedó preñada, era el hombre cuya presencia estremecía hasta su última fibra corporal, sin embargo él no le correspondía de la misma manera. La dejaba esperando, un día le decía que la amaba y al siguiente la despreciaba, hasta que al final decide dejarla e irse al exterior. Alicia lo sigue dispuesta a lo que sea que él quiera, pero todo lo que ella haga o diga es inútil. Alicia regresa muy deprimida y me comenta: “amo a quien no me ama y no puedo amar a quien me ama”. Lo que nosotros pudiéramos entender como “deseo a quien no me ama y amo a quien no me desea”.

Quisiera finalizar puntualizando brevemente cómo se expresa el amor en los tres registros: Real, Imaginario y Simbólico, que aun cuando lo hemos venido rastreando, considero útil el poderlo puntualizar. Para ello me voy a referir a una leyenda que Italo Calvino (1989) toma de los libros de magia. Dice así:

El emperador Carlomagno, ya siendo viejo, se enamoró de una joven alemana. El amor le hizo olvidar todo y el reino quedó abandonado a los suspiros de un viejo enamorado. Un día la muchacha murió y los nobles creyeron que así el problema se resolvería. Pero no fue así. El amor del emperador no sucumbió ante la muerte. Carlomagno llevó el cadáver embalsamado de su amada hasta sus aposentos reales y allí siguió adorándole. El obispo de Turipín sospechando un embrujo, revisó el cadáver y encontró debajo de la lengua muda de la muerta, un anillo con una piedra preciosa. Esta vez, pensó el obispo, sí se resolverá el problema. Pero una vez que el obispo hubo tomado el anillo, Carlomagno enterró el cadáver y cayó perdidamente enamorado del obispo. Aterrado ante tan embarazosa situación, el obispo arrojó el anillo al lago Constanza, precipitando con este gesto al emperador a un amor al lago del que nunca quiso separarse y donde mandó construir uno de los más bellos palacios, un verdadero palacio de amor.

Esta leyenda nos ilustra la expresión del amor en los tres registros: Real, Imaginario y Simbólico, a la vez que nos muestra como están anudados por ese objeto “encantado”, objeto perdido en esa experiencia mítica del inicio del ser como sujeto. Vemos como el amor se sostiene en este objeto, que hace al sujeto ir más allá de la imagen y más allá de las palabras amorosas; ante este objeto el amor puede incluso despertar horror, como lo vemos en la escena de Salomé cuando se hace una con la cabeza decapitada de Juan o cuando en la leyenda de Carlomagno, éste ama al cadáver que porta el objeto de deseo. El amor en el orden imaginario, ilustrado en la leyenda en el embelesamiento por el lago de Constanza, ha sido a lo largo de la historia cantado por los poetas y

declamado por los amantes. Aquí el amor se expresa en esa ilusión que caracteriza al enamorado, en la idealización que se hace de él. El amor en el orden simbólico implica una demanda en la cual se pide, a quien no es, lo que no tiene. El amor en la dimensión simbólica tiene una manera particular de cada quien, de decir, de poner en palabra el amor. Esta particularidad en el verbo amoroso se va a repetir y desplegar en el escenario fantasmático de la vertiente imaginaria amorosa.

Referencias

Calvino, Italo (1989). Seis propuestas para el próximo milenio. Barcelona: Editorial Siruela

Torres, Ana Teresa. (1998). "Para una cartografía del erotismo" en Territorios Eróticos. Caracas: Editorial Psicoanalítica

Wilde, Oscar. Salomé. México: Editorial Porrúa, 1988

© Bernardina Ayala L.
Calle Norte. Quinta Ild-Mon. No.180
Urbanización Santa Sofía.
Caracas 1061, Venezuela
E-Mail: feraya@cantv.net

Resumen

La autora plantea que la vida amorosa se sostiene en los tres registros de la organización psicosexual: el placer, el amor y el deseo. El amor es entendido como ese vínculo que viene engañosamente a salvar el vacío que media entre el sujeto y el otro. La autora no sólo diferencia el objeto de amor y el objeto de deseo, sino que los ubica como antagonicos, ya que mientras el deseo atestigua la falta, el amor se ofrece como señuelo para velarla. Este engaño amoroso se evidencia en dos direcciones: la que apunta al cruce con el deseo y la que apunta al orden de los ideales. A través de material clínico se ilustra la simetría narcisista del amor en una estructura neurótica y, mediante un fragmento literario, se muestra la dimensión narcisista del amor en una estructura no neurótica.

Summary

The author proposes that love life is sustained by the three registers of the psychosexual organization: pleasure, love and desire. Love is understood as that special bond that deceitfully appears to fill the void between the subject and the other. The author not only differentiates the object of love from the object of desire, but also place them as antagonistic since, while desire testifies the essential lack, love offers itself as a decoy to veil it. This amorous deceit is evident in two directions: the one pointing to its crossing line with desire, and the one pointing to the order of ideals. Some fragments of clinical material illustrate the narcissistic symmetry of love in a neurotic structure. The narcissistic dimension of love in a non neurotic structure is shown through a literary quote.

Amar, celar y envidiar*

Indalecio Fernández Torres

*A*mar es el acto de amor dirigido a quien amamos, pero, ¿a quién amamos? A esa persona que despierta y capta la fuerza de nuestro deseo, despertando la fascinación por algo faltante, ignorado e inconsciente, que se constituye en el *vínculo de amor*. Este vínculo entre amante y amado se va tejiendo mediante imágenes, representaciones y significantes que son las bases de la seducción amorosa. Esta fascinación es la *seducción*, la cual es del orden de lo fantasmático, y este *fantasma* es el que establece el lazo inconsciente entre amante y amado, a la vez que regula la intensidad del deseo entre ambos. El fantasma que surge con la seducción alude a una *lógica de la insatisfacción* (Fernández, I., 1997) que resitúa nuestro deseo al hacerlo insatisfecho en el límite de lo tolerable. Así el amar plantea una satisfacción a la vez que una insatisfacción, lo que nos hace pensar que amar no se desliga del sufrir, en cuanto el amor tiene un aspecto de insatisfacción, lo que hace al amado un objeto simultáneamente amado, odiado, y angustiante. Este fantasma de la seducción va a establecer el lazo y el libreto de amor y, a su vez, determinará la respuesta afectiva entre amante y amado. La presencia real de los amantes sostiene el libreto fantasmático de amor, su ausencia produciría angustia, añoranza o dolor, amante y amado alimentan su deseo y sostienen su fantasma. Este fantasma hace presencia inconsciente en cada uno de los *partenaires*, dando marco al inconsciente y haciendo *lazo de amor*. Con el amar se genera esa presencia ignorada que fascina y que establece un enigmático *apego* al otro del amor. El amor es un señuelo que nace en el registro imaginario para velar la falta, sin embargo, el amar llama a una configuración simbólica, y su manifestación se evidencia de manera diferente, ya sea que predomine uno u otro de los tres registros: real, imaginario y simbólico (Ayala, B. 1998). Es necesaria la

* (1998) Ciclo de conferencias: Clínica del amor. Sociedad Psicoanalítica de Caracas.

presencia real de los amantes en el amar, ya que ésta despierta ese apego enigmático que fascina, al tiempo que da cuerpo al vínculo de amor y al inconsciente de ambos *partenaires*. Este apego, este real, es inasible e irrepresentable, pero necesario para sostenerse en la presencia fáctica de la pareja amante-amado, ya que la ausencia de uno de ellos produciría en el otro angustia, añoranza o dolor, de esta manera la presencia real de los amantes se sostiene en el deseo que los une. El *registro real del amor* estaría constituido por la presencia real de los amantes y por el apego enigmático que se suscita. El fantasma va a regular la intensidad del deseo ya que con su lógica de insatisfacción detiene la desmesura del mismo. El deseo organiza la vertiente imaginaria del amor por la coalescencia de las imágenes del amante y del amado, y por la sensorialidad que la reviste, suscitando los afectos de angustia, amor u odio, según nuestros valores e ideales. El amor, en el campo imaginario, es el llamado erotismo y constituye una fascinación por la imagen del otro. Se produce un cautiverio apasionado por el cuerpo como imagen ideal de la belleza y la pasión. Este *registro imaginario del amor* puede ser tan apasionado por el impacto amoroso del rostro y del cuerpo del amado que produce una ensoñación que extravía al amante.

El *registro simbólico del amor* obedece a las variaciones del deseo, el cual tiene una alternancia y una armonía particular, representable simbólicamente en un libreto que organiza la excitación y la insatisfacción del amante. La armonía en la excitación de los amantes responde a un anhelo de satisfacción, mientras la desarmonía da cuenta de una satisfacción que no llena lo anhelado. Existe un *desencuentro* estructural entre el *deseo y el amor*, ya que el deseo se organiza en el campo del Otro, siendo el Otro quien atestigua la falta y el vacío, mientras que el amor se estructura en el campo del sujeto, quien va a organizar el señuelo de amor para tratar de velar el vacío que media entre el sujeto y el Otro, borrando la distancia y creando la ilusión de completud. Freud, en 1912, llega a la conclusión de la oposición entre el amor y el deseo; si se ama a una mujer no se la desea, y si se la desea, no se la puede amar. Son dos direcciones impuestas por la disyunción entre las condiciones de amor y la elección del objeto del deseo. Esta disyuntiva plantea que no hay deseo con goce, es decir, que no hay un deseo que plantee la satisfacción en el sufrimiento, y no hay elección de objeto sin pérdida; la elección del objeto del deseo designa una posición subjetiva frente a la castración, siendo el fantasma quien vela la castración, quien define la elección del objeto del deseo. La supuesta acción voluntaria en la elección de la pareja no es otra cosa que la elección en el otro del objeto de su propio fantasma. Así la elección del objeto amoroso se cumple a partir de una cualidad particular, de un rasgo que tiene una cualidad específica inscrita en el objeto, este factor es la causa y no la condición de amor. Este

rasgo de amor no es extraído del otro especular sino que está en el inconsciente del sujeto enamorado, y destaca la reminiscencia en el nacimiento del amor; es el atributo enigmático y el significante del amor, precisamente porque es el significante elegido de su primer objeto de amor, la madre. Este significante constituye una marca que contiene y guarda el secreto incompañable de un goce perdido. Freud (1910) planteó *la condición de amor* como las circunstancias particulares del sujeto en su vida erótica, fundada en las redes de relaciones significantes que hacen del objeto de amor, un objeto apto para el goce y que dan fe del amor al Otro. No hay contemporización entre estos tres objetos, amor, deseo y goce, ya que la satisfacción del sujeto en el Otro, como su “media naranja”, es netamente ilusoria. Pero allí está la función del amor, en pretender contemporizar el goce con el deseo, y lo propio es la ilusión de lograrlo por el camino del rasgo de amor y/o de la condición de amor desplegados en la seducción y/o en el amor.

Morir de amor plantea un afecto doloroso, como una reacción a la pérdida del amado o a la pérdida de su amor. El *celar* es una de las formas de este dolor psíquico, en donde se mezcla el dolor por la supuesta pérdida del amor del amado, el odio contra el rival, y los reproches que hace el celoso por no poder conservar su lugar. Todo esto lleva a un desorden en la configuración narcisista y/o edípica de la persona, produciendo una relación particular con el objeto amado y con la presencia de un rival potencial o imaginario. El temor al rival nace de la creencia de la pérdida del objeto de amor, lo que da lugar a una relación de desafío sostenida en un deseo hostil hacia el supuesto rival triunfante. Todo esto da pie a una vivencia de humillación, de culpa y de desvalorización de su deseo por el objeto amado. Los celos plantean en el celoso un desamparo y un sufrimiento que genera angustia, la cual podría derivar en rabia contra el rival o el objeto de amor, según si el acontecimiento decisivo, es decir la situación que despierta los celos, es anterior o posterior a la crisis pasional. Si en el celar se produce la conjunción del rival con el objeto de amor antes del advenimiento de la crisis de celos, se suscita una suspicacia que, a su vez, produce un temor angustioso, por lo que se vigila y se acapara al objeto de amor con el fin de excluir al potencial rival. Si la conexión del objeto de amor con el rival se produce después del acontecimiento que despierta los celos, la relación de apego con el objeto pasa a primer plano, y puede o no ejercerse una venganza con el rival. El celoso se confronta con su objeto de amor y se interroga a quién ama éste verdaderamente y hasta qué punto puede confiar en él, y es entonces cuando el sufrimiento hace escena. Los celos se ubican en la intersección de la configuración del apego y de la rivalidad, que corresponden respectivamente a la relación entre el celoso y su objeto, y a la relación entre el celoso y su rival. El apego y la rivalidad en el celar están muy próximos entre

sí. Es una especie de presuposición alternada, el apego se refuerza con la rivalidad, y la rivalidad se agudiza con el apego que la motiva. La rivalidad, para el celoso, puede ser amarga y dolorosa por la posibilidad de la pérdida del objeto de amor, o también puede ser alegre y conquistadora por reforzar el apego al objeto. El celoso es un sujeto acosado entre dos relaciones, la de apego y la de rivalidad, que lo solicitan cada una por completo, pero a las cuales jamás puede consagrarse exclusivamente. Preocupado por su apego, cuando lucha, y a la inversa, obsesionado por la rivalidad, cuando ama. La escena fantasmática de los celos plantea la unión del objeto amado y del rival, ante un celoso que mira excluido la relación, así la escena admirada se le impone produciéndole satisfacción o insatisfacción.

Los celos pueden asumir diversas variedades según el libreto fantasmático que se ponga en juego, planteando diferentes combinaciones, tales como mirar a otro, disfrutar de una ventaja que se desearía poseer exclusivamente, o temer el compartir o perder esa ventaja, o el temor de que otro obtenga lo que uno no posee pero desea poseer. Todo esto organiza una escena fantasmática constante donde el rival posee el objeto de amor mientras el celoso mira. La alteridad amorosa necesita de la mirada del otro como confirmación de su valer. En las raíces de los celos está la mirada posesiva, a pesar de que el amor es la única posesión en la que no se posee nada, y donde se mira al objeto en la creencia de que tiene lo que nos falta, por eso los celos son un querer-retener para llenar una falta. Es imposible para todo ser ubicarse por fuera de los celos, podríamos en principio afirmar que no habría ser hablante que no estuviera tomado por este afecto. No podemos desligar los celos del deseo, el celo y la envidia. En el celar existe una particular relación con el deseo, en la cual el celoso proyecta en el *partenaire* su deseo, convirtiéndolo en deseante de otro para no saber de su propio deseo y del deseo del *partenaire* hacia él. El sujeto de los celos encuentra esta particular manera de pretender ubicarse en el camino del deseo del *partenaire* para conocer acerca de la escena de amor. Vemos al celoso reclamar a su *partenaire*, en un afán de capturar ilusoriamente aquello que hace la escena deseante, es decir, la escena en la cual coloca a su sujeto amado y a su rival como pares deseantes complementarios, dada su dificultad de acceder él a su deseo. El sujeto de los celos se ubica como pura mirada, de un objeto del deseo, en una escena en la que no participa; escena que no es vivida como ilusoria, por el contrario, cobrará toda una certeza, donde el sujeto amado y el rival dan cuenta de su deseo mutuo. Lo que se mira es supuestamente a los deseantes consumir su deseo en una escena que demuestra una infidelidad, lo que no es sino culpabilizar al sujeto amado de saber sobre el deseo y de culparse a sí mismo por no saber desear. El *celo* es el vivo ardor por una persona, situación o cosa, a la cual se está enteramente consagrado. El

celo intensifica y moraliza, a la vez, el apego. El afecto se ha convertido en una disposición a hacer o servir, y el apego es sólo presupuesto; además el apego es reformulado como una abnegación, lo que viene a señalar el investimento exclusivo del sujeto por su objeto. Hay una consagración y un sacrificio a su objeto, en la búsqueda de una reafirmación narcisista con el objeto, sostenida en un Yo Ideal que establece el lazo con el Otro. El colapso narcisista o el derrumbamiento de este Yo Ideal puede precipitar el celo en celar.

El *envidiar* se refiere a algo que uno desea y no se tiene, la envidia es un querer-tener. Lo que se quiere tener es el vínculo que se supone ideal entre el Otro y aquello de lo cual parece disfrutar. La envidia se refiere a ese atrapamiento narcisista con el objeto, en una relación idílica en donde se pretende tener eso que supuestamente constituiría un todo. El envidioso va tras la imagen fálica de la que carece, aquella que vendría a rechazar la castración imaginaria, manteniendo una relación donde se pretende el todo, en un vínculo de supuesta incondicionalidad, donde se borre el narcisismo de las pequeñas diferencias. Aquí se nos replantean nuevamente los elementos de la propiedad en el amor, el ser el uno para el otro, lo que se escucha en el cotidiano decir “mi mujer”, “mi amor”, todo desafío a este deseo de posesión a veces provoca reacciones descontroladas. El envidiar puede ser una de estas reacciones descontroladas en las que se produce tristeza, rabia u odio contra quien posee un bien que nosotros no tenemos, aquí lo que media es el objeto que el otro posee, y es a través de este objeto, que el envidioso mira al envidiado. Por otra parte, puede entenderse el envidiar como el deseo de gozar de una ventaja, de un placer similar al del otro, aquí lo que media es que el Otro es el que organiza mi deseo, ya que por medio del envidiado, el envidioso mira al objeto. La configuración de *la rivalidad* se establece en relación al objeto y al deseo, que asiste al Otro. La particularidad de la envidia radica en no poder manifestar a la vez sino una sola de las dos relaciones, ya que estas son excluyentes. El envidioso, a diferencia del celoso, siempre está en un plano principal y no en un segundo plano, el envidioso puede escoger entre dos perspectivas, en las que siempre será el polo principal. El *tercero* en la envidia no ha desaparecido ni tampoco ha sido ocultado; ha sido más bien relegado a un segundo plano como mediador de la relación focalizada, en este sentido, la envidia sería una relación de a dos. Podemos decir que en la envidia, el tercero está en un segundo plano, mientras en los celos, el tercero está en primer plano. En la envidia, el envidioso mira pero no ve, el objeto y el deseo se le escapan, de allí el *invidere*, o el sin, o sobre, la visión de la envidia, mientras que en los celos, el celoso mira y cree ver allí al objeto de su deseo. En el envidiar, el no poder ver llama al deseo o al objeto que instrumenta la mirada, como lazo con el Otro envidiado. El envidioso está sometido a la vergüenza ante el Otro, porque cree que algo falla en su

propia imagen, es en el ojo del Otro donde veo volver mi mirada que completa la falla en mi imagen. Así en la envidia hay un odio hacia el otro que le presenta la imagen de una completud, y se reactiva por eso mismo su nostalgia por el objeto y el deseo que se le escapa. En la vergüenza del envidioso se plantea una mirada sin sujeto; al mirar, el sujeto de la envidia cree borrarse, al hacerse patente el objeto de su deseo, el sujeto de la envidia se encierra vergonzosamente sobre su objeto de deseo.

Referencias

- Ayala, B. (1998) A propósito del amor. Trópicos, Revista de Psicoanálisis. Año VI, vol 2. Sociedad Psicoanalítica de Caracas, 1998
- Fernández, I (1997) Acerca de la seducción (mimeo). Presentado en el 40° Congreso Internacional de Psicoanálisis: "Psicoanálisis y Sexualidad", Barcelona, España, 1997.
- Freud, S. (1910) Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. (Contribuciones a la psicología del amor, I). En O.C. 11:155-168; Buenos Aires: A.E. 1988.
- Freud, S. (1912) Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa. (Contribuciones a la psicología del amor, II). En O.C. 11:169-184; Buenos Aires: A.E. 1988.

© Indalecio Fernández Torres.
Calle Norte. Qta Ild-Mon. No 180
Urbanización Santa Sofía.
Caracas 1061, Venezuela.
E-Mail: feraya@cantv.net

Resumen

Amar es el acto dirigido a esa persona que despierta la fascinación por algo faltante, que se constituye en el ideal o el vínculo de amor. Esta fascinación es la seducción, que siendo del orden fantasmático, establece el libreto de amor o el lazo de amor. El desencuentro entre el deseo y el amor reside en que el deseo se organiza en el campo del Otro que atestigua la falta, y el amor se estructura en el campo del sujeto, como señuelo para velar el vacío entre el sujeto y el otro. Los **celos** son un querer retener para llenar la falta. La escena fantasmática de los celos plantea la unión del objeto amado y el rival, ante un celoso que mira excluido de la relación. El **envidiar** se refiere a ese atrapamiento narcisista en una relación idílica, en la cual se quiere tener lo que se desea y no se tiene. El envidioso mira pero no ve, el objeto y el deseo se le escapan.

Summary

Loving is an act aimed to that one person who wakes out the fascination for something missing which constitutes the ideal or the love bondage. This fascination is the phantasmatic seduction that establishes love as a bondage. The misunderstanding between love and desires stands because desire is organized in the Other, who is a witness of the fault, and love is structured in the Subject, as a lure veiling the emptiness between the Subject and the Other. Jealousness is a wish to retain in order to fill the fault. The phantasmatic scene displays the relationship between the loved object and the rival, in front of the excluded and jealous subject. Envy is a narcissistic trap in an idyllic relationship, in which the subject wants to have what he doesn't have. The envious looks but doesn't see, the object and desire escape from him.

Miedo en el amor. El papel de los medios virtuales*

Maran Himiob de Marcano

El contenido del presente trabajo se basa especialmente en la experiencia clínica de todos los días y se desprende de mi interés por la naturaleza del miedo de algunas personas a relacionarse afectivamente con los otros, evidenciado en conductas evitativas de las relaciones humanas, y para quienes lo virtual ofrece múltiples ventajas.

Para empezar, aclaremos que el amor es el terreno legítimo del miedo, según Freud (1909) descubrió a través del estudio de las fobias. El amor... ¿De qué amor estamos hablando?

La estructuración del Yo es una tarea que se realiza en el marco de la primera relación de objeto del bebé. Así, en la observación de bebés se ha recogido que, al principio, un Yo pleno de exigencias corporales, dependiente por entero de las atenciones y cuidados de la madre, demandante en función de sus necesidades, es gratificado, y otras veces frustrado, y reacciona con satisfacción u hostilidad, respectivamente. Amor y odio se alternarán según la madre responda o no a las exigencias del niño, que en principio no sabe de lo que es la espera, incapaz de hacerse cargo de la angustia, la proyecta fuera de sí, no tolera la falta de respuesta y aspira a la satisfacción plena y continua. El aparato psíquico se rige por el proceso primario y se impone el principio del placer. La madre responde con sus afectos a los afectos del bebé, y dichas respuestas van a determinar que los afectos del niño sean o no contenidos, lo que, junto al factor constitucional, conforma en el Yo del bebé su identidad, que por un tiempo busca en la mirada de la madre, a decir de Lacan (1949), así como lo que para ella él representa. De esta manera ha de reconocerse como sujeto, que tiene un sitio y un valor propio, a través de la mirada de la madre.

* (1998) III Encuentro Psicoanalítico Anual: Los afectos al diván. Caracas, Hotel Paseo.

Esta imagen de sí captada por el niño la llamamos *narcisista*, y dará lugar al sentimiento de integridad narcisista y de la propia estimación. Poco a poco, este intercambio madre-hijo, que en un principio se origina apoyándose en las necesidades fisiológicas del bebé, va enriqueciéndose con el intercambio afectivo a través del cual el niño comienza a identificarse como ser diferente a la madre, dando inicio a la capacidad para tolerar la espera, así como a la posibilidad de incorporar otras figuras diferentes a la madre; de ese modo, se va abriendo paso la capacidad de simbolización, y ahora la madre es pensada, con lo cual logra crear un espacio entre ambos. Esto marca la introducción del proceso secundario y se impone el principio de realidad. Se crea dentro del sujeto un modelo del intercambio amoroso, reforzado en años posteriores por la educación de los padres. Recomendaciones tales como, “cuida a tu hermanito que es más pequeño, agradece a tu tía el regalo, saca a pasear al perro, respeta a tu abuelo, que es mayor”, etc., introducen normas que refuerzan lo que el niño ha experimentado en la relación con la madre. La consideración, el respeto por el tiempo del otro, el cuidado, la tolerancia y el agradecimiento, van apareciendo en la medida en que el niño y su madre se separan, y el niño, por tanto, está cada vez más preparado para vincularse con los demás. “El amor es un arte”, decía Erich Fromm (1963), y como tal debe ser ejercitado.

Estas modalidades de relación de la infancia constituyen la base sobre la que se va construyendo la forma de vinculación del sujeto con sus semejantes y determinará, tanto la tendencia a sostener vínculos en los que el otro sea de mayor o menor importancia para la valoración de su autoestima, como las modalidades del amor, más o menos exclusivo, y del miedo en el amor. Abordemos un segundo aspecto: el miedo.

Para Freud (1916, 1917 a) el miedo es la angustia en relación al objeto. Se trata de un estado afectivo displacentero en relación a un objeto vivenciado como peligroso. El miedo en el amor se expresa a través de mecanismos defensivos, de acuerdo a cada estructura psicopatológica. De la experiencia clínica cotidiana hemos recogido frases como las que siguen, que dan cuenta de conductas evitativas frente a la relación con el otro: “He temido tanto las cosas malas que me he perdido las buenas”; “si no te enamoras, no te hieren”. En “Juanito”, caso clásico de Freud (1909), el miedo, consecuencia del amor a la madre, estaba distorsionado y transformado en miedo a un objeto peligroso, desplazado hacia el caballo, representante de la figura del padre. La reciente película “Mejor Imposible”, nos brinda un desfile de todos los rituales obsesivos y conductas evasivas como expresión desesperada del temor del protagonista a contactar con sus afectos y expresarlos al otro.

Nos preguntamos, ¿a qué se debe este miedo?, ¿qué es lo que subyace?, ¿cuál es el motivo del miedo en el amor?

Freud (1925) consideraba que el modelo de la angustia es el acto de nacimiento y lo que se repite es el temor por la separación de la madre. “El niño se angustia frente a rostros extraños, no porque les atribuye malas intenciones y se considera inferior respecto a ellos, sino porque espera ver a la persona familiar y amada, en el fondo a la madre” (1916, 1917b). Veía la raíz del miedo neurótico en el temor a la pérdida del amor en la mujer y el temor a ser castrado en el hombre, como consecuencia de amar al progenitor del sexo contrario. Esto último sucumbía a la represión y el afecto persistía desplazado a otro objeto. Para Melanie Klein (1955) el odio que despiertan en el bebé las frustraciones esporádicas, pero necesarias, origina angustia persecutoria. Proyecta su odio en el afuera y teme la retaliación. Como podemos observar, el miedo y el amor comparten en su origen un mismo objeto, ambos autores coinciden en considerar que el miedo descansa en el plano del primer amor, y la amenaza de castigo queda categorizada como el origen del mismo.

Casos clásicos de la clínica psicoanalítica como son el pequeño Juanito (1909) y el Hombre de los Lobos (1918) han servido de punto de partida para la afirmación de la existencia de un Superyo, representante de la cultura, que internamente amenaza y castiga al ser humano atraído por un objeto incestuoso. En la novela “Como Agua para el Chocolate” podemos ver cómo cada vez que Tita, la protagonista, se aproximaba a su amante, aparecía la imagen materna castigándola con el insulto y la amenaza, porque su amor representaba un atentado contra la norma de su cultura, que dictaba que Tita, por ser la hija menor, debía permanecer para siempre al lado de su madre. Además, con el fin de que no se casara, arreglaron el matrimonio de su hermana con el novio de Tita y, de esa forma, la relación entre ellos tiene un tinte incestuoso. Este detalle de la imposición a permanecer por siempre con la madre, excluida de la oportunidad de amar fuera de ella, abre un espacio para entrar a desarrollar un poco más el tema del miedo a amar al otro, diferente al sujeto; es la segunda modalidad, descrita al principio, miedo que se descubre por un apego a la primera forma de amor, que es el que se despliega sobre el otro, que es un reflejo de sí mismo. El sujeto se aferra al otro exigiendo garantía de permanencia, compañía incondicional, por un otro que es considerado una extensión del sujeto, al cual ama tal como se espera que el otro lo ame; proyecta sus deseos en él, confundiendo al sujeto y el otro, a la manera de la relación con la madre en sus inicios. La explicación psicoanalítica apunta a que se trata de personas que buscan reproducir con el otro un vínculo ideal pleno de placer, sin lugar a la frustración ni a los límites y, menos aún, al final. En este terreno

encontramos personas aisladas de los otros, o, por el contrario, que experimentan muchas relaciones de corta duración y poca profundidad en los sentimientos, en la medida en que el amor representa para ellas un peligro, una amenaza.

Muchas veces las relaciones de amor comienzan con un amor idealizado, que después de un tiempo puede derivar o no en otro tipo de amor menos idealizado. Pero aquí puede venir la ruptura, o el temor a no ser amado por el otro, si la pareja modifica su forma de amor. En algunos casos lo que el sujeto siente en peligro es la identidad, que si no recibe del otro su propia imagen, se encuentra con un vacío. Esto es lo que ocurre en aquellas personas que en la relación primera no encontraron la mirada de la madre, según Joyce Mc Dougall (1982) porque ésta se hallaba vuelta hacia un dolor que excluía al hijo, o porque ella también esperaba encontrar en él su propia imagen, una confirmación de su propia existencia. De esto deriva una imagen narcisista, frágil y huidiza, así como la integridad narcisista y la propia estima. Por tanto, el amor sólo puede concebirse como una relación en espejo, “si me adivinas el pensamiento, me amas”. El sujeto no es capaz de pasar de un tipo de relación de más a menos pasional porque el otro le es indispensable para ser él mismo. En otros casos la dificultad para relacionarse con un otro diferente, en sus deseos y sus intereses, deriva de que se siente excluido, rechazado, y a su vez no es capaz de amar al otro como ser diferente y separado, a quien conocer para poder amar. Aquí el temor no es tanto por la identidad sino que aparece el miedo a la castración, representada por la idea de la separación. Es el miedo a amar al otro, que no soy yo, que por lo tanto puede dejarme, que tiene sus deseos propios y otros intereses además de su amor por mí.

En ambos casos la autoestima queda lesionada porque la relación con el otro, diferente a mí, me recuerda que no soy el único, no soy omnipotente, soy vulnerable e imperfecto.

¿Cuáles son los mecanismos que utiliza el ser humano contemporáneo para evitar este peligro? Una de las formas, como acabamos de ver, es mantenerse en un amor dependiente e idealizado, lo cual no le presenta problemas si el otro se encuentra en el mismo plan; de no ser así, la relación entra en crisis como vemos en la clínica de la pareja. Otra forma es estableciendo muchas relaciones esporádicas de corta duración y poca profundidad, desde una posición defensiva suficiente, donde no se necesita al otro. Otra de las maneras es evitando al otro ser humano en un contacto directo, abocándose a ciertos elementos que nos brinda la vida diaria, como puede ser el trabajo, la televisión, el juego, etc. Entre ellos se encuentran también todos los recursos tecnológi-

cos que permiten la entrada al espacio virtual, y que representan el progreso de la inteligencia humana, y también, para algunos, facilitan escapar de las relaciones con los otros, para penetrar en un mundo que pone al sujeto en contacto consigo mismo en su dimensión omnipotente.

El papel de los medios virtuales

Los preceptos culturales han venido cambiando y reflejando modificaciones en los individuos. Como nos dice Ana Teresa Torres (1998) en *Territorios Eróticos*, muy distante se encuentran la mujer y el hombre actual del pequeño Juanito y el hombre de los Lobos, mortificados por la posible pérdida de sus genitales, como castigo por el deseo incestuoso y la visión fantaseada o real del coito entre los padres.

Hoy en día no es tan frecuente la amenaza concreta de castración, y la curiosidad sexual se encuentra permanentemente estimulada a través de la televisión, los juegos de video, juegos de computadora y otros afines, que dan al ser humano actual la posibilidad virtual de una gratificación inmediata. Programa lo que sucederá, puede inventar una historia de amor que protagonizará, desarrollada de la manera que a él le venga en gana, con una pareja de características elegidas por él, y darle a esa historia el final que desee.

Hace no mucho tiempo apareció en el mercado un juguete infantil, objeto con forma de llavero, llamado la “mascota virtual”. El juego consistía en cuidarla, alimentarla, pasearla, en fin, siguiendo el concepto anterior, amarla, porque de lo contrario moría, y había que desecharla. De inmediato esto se modificó, por la protesta del público consumidor, alegando la realidad económica de que resultaba costoso el jueguito, si cada vez que moría “la mascota” era necesario comprar otra. Considerando que el consumidor generalmente no atiende mucho a lo económico, si se trata de estar en la moda, me inclino a pensar que la queja hacia el juguete tenía que ver con que la muerte de la mascota representaba un hecho demasiado real, y esto llevó a la creación de una que resucitaba cuando el propietario no cumplía las obligaciones del cuidado del animalito virtual. Y es que la muerte es un ejemplo crudo de la separación, representa la vulnerabilidad del ser vivo a la irremediable castración.

Las relaciones sexuales, aspecto importante de la dimensión amorosa, encuentran en el plano virtual la alternativa de una satisfacción rápida sin complicaciones a largo ni corto plazo. No hay peligro de descendencia ni de contagio. Últimamente ha salido al mercado un dispositivo que el usuario coloca en su órgano genital, registrándose la excitación directamente ante la exposición de

un video pornográfico. De esta manera, quienes padezcan de fobias en el área sexual o sean víctimas de impotencia, o de inseguridad en relación a una respuesta adecuada de su genital, temen contagio o embarazo, tienen en este nuevo artefacto un efectivo sustituto de la riesgosa relación interpersonal, capaz de provocar situaciones altamente molestas para estas personas.

Los avances tecnológicos reflejan el alcance de la creatividad y de los conocimientos que ha logrado la inteligencia del hombre contemporáneo y constituyen a su vez una vía de acceso a mayor información y posibilidades infinitas de comunicación, que abren las más variadas alternativas. Tal vez esperaríamos que, a mayor conocimiento sobre el mundo que nos rodea, será menor el miedo a amar, menor el miedo a contactar con nuestros sentimientos, mayor la seguridad de que no corremos peligro en ninguna parte de nuestro cuerpo y mayor la confianza en nosotros mismos como seres capaces de vivir autónomos e independientes, separados de nuestras figuras parentales. Sin embargo, este es un razonamiento que sólo cobra valor en el mundo de la conciencia. En la dinámica inconsciente se preserva el ideal de una relación perfecta.

El mundo virtual representa un nivel intermedio entre lo real y la fantasía, con aportes positivos de ambas, conectándolo de regreso con una realidad ampliada. A la vez crea para el individuo un mundo ilusorio dentro del cual generosamente se le ofrece la gratificación rápida del deseo sin esfuerzo, que está de acuerdo al proceso primario, reinante en el mundo inconsciente. En la búsqueda del placer puro, el individuo se desconecta del mundo real con sus frustraciones, inseguridades, tiempo de espera, riesgo en las desconocidas respuestas del otro, etc, quedando cálidamente protegido dentro de la seguridad que le ofrece el mundo virtual. ¿Cómo entra aquí la idea del miedo al amor? No entra. El sujeto no teme al objeto porque no representa una amenaza de quitarle nada, y más bien contribuye a reforzar la ilusión de omnipotencia e infinitud. Cuando el sujeto tiene miedo a amar, se vale de las virtudes del mundo virtual con la finalidad de evitar el amor, por el compromiso afectivo que conlleva.

Como nos refería Erich Fromm (1963) en *El arte de amar*:

La capacidad de amar presupone el logro de una orientación predominantemente productiva, en la que la persona ha superado la dependencia, la omnipotencia narcisista, el deseo de explotar a los demás, o de acumular, y ha adquirido fe en sus propios poderes humanos y coraje para confiar en su capacidad para alcanzar el logro de sus fines. En la misma medida en que carece de tales cualidades tiene miedo de darse y por tanto de amar.

Sumergirse de lleno en este mundo virtual, descuidando las relaciones humanas, puede ser la respuesta del sujeto incapaz de aceptar su fragilidad, su soledad, su necesidad de los otros, su vulnerabilidad y finitud. La elección de pareja por computadora es una muestra del ofrecimiento que se hace al sujeto del acceso a un amor perfecto con la persona idónea. Un amor a través de la computadora inspiró a un adolescente, los siguientes versos:

Si amarte es verte
y verte es perderte
prefiero amarte sin verte
a verte para perderte.

En el mundo virtual se crea la ilusión de ser lo que se quiere, ser el más valiente y poderoso. En los juegos se puede navegar al lugar que se quiera, con la rapidez que se desee, es posible borrar lo que no se desea, saltar, devolverse, conectarse con todo el mundo y hacer investigaciones en todas las áreas que se pueda imaginar. El regreso a lo real representa un contraste dramático, el individuo pone los pies en la tierra, el esfuerzo y la capacidad de espera deben funcionar de nuevo, la omnipotencia virtual decae, se impone en su lugar la humana limitación. En este mundo, se cae y duele, existen diferencias entre las personas, se ama y se sufre, se muere y no se resucita.

Referencias

Freud, S. (1909). Análisis de la Fobia de un Niño de Cinco Años. Tomo X. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____ (1916, 1917a) Conferencia 25. Tomo XVI. Op. Cit.

_____ (1916, 1917b) Conferencia 25. Tomo XVI. Op. Cit

_____ (1925) Inhibición, Síntoma y Angustia. Tomo XX Op. Cit

(1932) Conferencia 32. Tomo XXII. Op. Cit

Fromm, E. (1963) El Arte de Amar. Biblioteca del Hombre Contemporáneo. Buenos Aires: Paidós.

Klein, M. (1955) "Sobre la Identificación" en *Nuevas Direcciones en Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1965.

- Lacan, J. (1949) “El Estadio del Espejo como formador de la función del Yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica” en Escritos. Tomo I. México: Siglo XXI, 1971
- Mc Dougall, J. (1982) “Narciso en busca de una fuente” en Estructura del Inconsciente. Alegato por una cierta Anormalidad. Buenos Aires: Ediciones Petrel
- Torres A.T. (1998) “Fronteras del deseo” en Territorios Eróticos. Caracas: Editorial Psicoanalítica

Otras Fuentes:

Internet. Cecilia Hernández Rivas. Cherman Inf. Programa Curso.

Comunicación personal. Grupo de Estudio sobre Bion y Supervisión clínica de Serapio Marcano y Maran H. de Marcano. Caracas, 1998

© Maran Himiob de Marcano
Calle San Rafael, Quinta Shuruata
Urb. Santa Fe Norte
Caracas 1080, Venezuela.

Resumen

El amor maduro representa para el ser humano un rompimiento con un tipo de relación infantil, de dependencia, de idealización de la figura amada, de indiferenciación con el mundo exterior, e implica la inserción en el principio de realidad, con sus compromisos, las diferencias con el otro, la aceptación de la imperfección tanto del objeto como de sí mismo. El espacio virtual puede ser asumido de acuerdo a las dificultades en la relación con el otro, como alternativa para tomar distancia de la relación de compromiso afectivo a la vez que representa un lugar para recrear un tipo de relación narcisista en donde no hay cabida para nadie más y triunfa el principio del placer.

Summary

For the human being, mature love represents a rupture with a type of infantile relationship of dependence, idealization of the loved object and undifferentiation from the external world, which implies the insertion in the Reality Principle, its compromises, differences with the other and acceptance of the object's imperfection as well as our own. Virtual space may be assumed, accordingly to the difficulties in the interpersonal relationship, as an alternative to keep at distance affective deep commitments as well as it represents a place to recreate a narcissistic type of relation where there is no place for nobody else, which means the triumph of the Pleasure Principle.

Los afectos del analista. Notas acerca de la evolución del concepto*

Rosa Lagos

Tratar el afecto en el analista en unas jornadas psicoanalíticas sobre el tema, luce como obligado, en cierta forma es como llevar al analista al diván. Sin embargo, abordarlo no es tarea fácil, pues es claro que vamos a adentrarnos en un camino privado que hace referencia a la experiencia subjetiva íntima del analista por su paciente, es decir, a sentimientos y emociones que emergen en él durante el proceso de la cura. Si partimos de la idea que la situación analítica no es una “situación social cero” (Jiménez, J.P., 1997) y que el analista, como simple pantalla o espejo donde va a ser reflejado únicamente lo que el paciente trae a la sesión, no existe en realidad, vemos que la persona del analista no puede ser negada, y que tanto su personalidad, su historia, su teoría personal, su cosmovisión, etc., son factores que, en mayor o menor medida, van a operar de manera importante en la experiencia analítica. Digamos que el analista lo introduce a modo de aporte, aunque no lo quiera. Tiene un nombre, es hombre o mujer, es de una edad determinada, ha arreglado el consultorio de determinada forma, etc., elementos que de manera más concreta muestran algo de nuestra personalidad.

Freud, a través del establecimiento de ciertas normas técnicas básicas, trató de asegurar que con su utilización se desplegara en la cura la realidad psíquica del paciente en la transferencia, sin contaminación alguna con la subjetividad del analista, a modo de asepsia analítica, pero lo que Freud no llegó a desarrollar fue la contribución que el analista hace al despliegue de la transferencia, como vimos, desde los elementos concretos que lo rodean hasta lo que en él se puede movilizar, en términos de ser humano. Sin embargo, en 1910, en su artículo “Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica”, Freud dice con referencia a la técnica: “otras innovaciones de la técnica atañen a la

* (1998) III Encuentro Psicoanalítico Anual: Los afectos al diván. Caracas, Hotel Paseo

persona del propio médico. Nos hemos visto llevados a prestar atención a la contratransferencia que se instala en el médico por el influjo que el paciente ejerce sobre su sentir inconsciente y no estamos lejos de exigirle que la discierne dentro de sí y la domine”. Más adelante agrega, “hemos notado que cada psicoanalista sólo llega hasta donde se lo permiten sus propios complejos y resistencias interiores”. Con estas notas está haciendo referencia -por primera vez le pone nombre- a la contratransferencia, a las experiencias subjetivas del analista en relación con su paciente, en el sentido de que éstas pueden entorpecer, interferir y, en el peor de los casos, detener el desarrollo del proceso analítico. Fue enfático en plantear la imperiosa necesidad del análisis personal del futuro analista y de mantener un constante autoanálisis, ubicando el análisis de la contratransferencia como el análisis del material reprimido del propio terapeuta, con el fin de eliminar o disminuir sus resistencias interiores, para poder así dejarse sorprender por los contenidos reprimidos de su paciente.

Tenemos, por lo tanto, que la situación analítica queda atravesada desde su inicio por los efectos del eje transferencia-contratransferencia. Si los afectos del paciente quedan expresados en el análisis en la experiencia de la transferencia (Green 1975), lo mismo pasará en el analista; es su contratransferencia la que denuncia la movilización afectiva en él. Entonces, si la participación del analista como persona es una pieza fundamental para el desarrollo y desenlace del proceso terapéutico emprendido, ¿qué ha influido para que, a pesar de que este punto ha sido tratado ampliamente desde la teoría, no haya sido suficientemente estudiado desde la clínica? Creo que lo que salta a primera vista como posible respuesta, es que su estudio apunta, en cierto modo, a desmitificar la figura de analista, a poner al descubierto esta figura, que por otro lado, se pretende que permanezca lo más anónima posible, con el fin de proteger el proceso mismo, manteniéndolo libre de contaminación. Pero, volviendo a Freud, si bien él evitó el tema, a propósito de esto, Strachey comenta que en Freud existía cierta renuencia a dar publicidad al material de tipo técnico, le disgustaba la idea de que los futuros pacientes conocieran demasiado sobre los detalles de la técnica y, en especial, de la contratransferencia. Tenía conocimiento de los problemas que surgían en el analista en algunos tratamientos con determinados pacientes, no sólo por su propia experiencia sino también por lo que sabía de sus discípulos.

En una carta que Freud contesta a Jung (Weissman, 1994) con respecto a los sentimientos despertados en él por una joven paciente, responde que “son experiencias que no perjudican, así se le endurece a uno la piel, cosa necesaria, se domina la contratransferencia en la que queda uno cada vez implicado y se aprende a desplazar las propias emociones y a situarlas convenientemente. Es

a blessing in disguise". La posición de Freud se perfila en el sentido de que la contratransferencia es una experiencia inevitable que debe ser dominada, suprimida, totalmente superada, lo que convertiría al terapeuta en alguien más poderoso psicoanalíticamente hablando. Pero, ¡cuán complicado puede llegar a ser esto! En una carta de Ferenczi dirigida a Freud (Weissman, 1994) le expresa esta dificultad: "ya antes de la concreción de su propuesta de "supresión de la contratransferencia" todos lo hacíamos instintivamente. Esta supresión constante se tiene que ir sumando en algo perturbador si, tal cual como yo, se está totalmente aislado luego de 10 o 12 horas de trabajo y privado de todo objeto de amor". No es difícil imaginar lo que tal empresa significa. Lander (1996) también lo señala en su trabajo "El Analista y su Acto" (1996). Dice: "soportar el sentimiento de ser amado u odiado, como señuelo de objetos del pasado, manteniendo su deseo y su vida personal fuera de este proceso analítico, diez horas diarias, no es tarea fácil."

La contratransferencia se mantuvo casi por cuatro décadas con un significado negativo, debido sobre todo a las recomendaciones técnicas de Freud en las cuales, a modo metafórico, proponía que el analista debía comportarse como la superficie de un bien pulido espejo- una cosa inanimada- o como un "frío cirujano" que deja, necesariamente, sus sentimientos de lado en el acto quirúrgico, promoviendo una actitud casi fóbica hacia los propios sentimientos. (Thoma y Kachele, 1990). Reglas como la neutralidad y la abstinencia se ritualizaron y han llevado a muchos analistas a ser considerados como personas "inmovibles, sin sentimientos, con cara de jugador de póker", etc.

Aquí es necesario revisar dos elementos fundamentales de la técnica, la neutralidad y la abstinencia, que ejercidos a ultranza llevan al analista a sostener una actitud rígida y estereotipada frente su paciente. La regla de la abstinencia surge del abandono de la sugestión como instrumento terapéutico (Fishman, 1984) puesto que la clínica demostró que el método basado en la sugestión era ineficaz, en cuanto al objetivo de modificar lo reprimido y del logro de cambios en la dinámica psíquica. Además está decir, sobre todo hoy en día, en que se han puesto de moda diversos tratamientos basados en la sugestión, que ésta sí produce efectos, curas milagrosas, curas sintomáticas inclusive sorprendentes, pero... sabemos también lo que sucederá, en la mayoría de los casos, al paso del tiempo. Tampoco podría afirmarse que en psicoanálisis no existen efectos sugestivos, ni que el analista deba rechazarlos, ni molestarse con su paciente porque ubique en él su Ideal; recordemos que Freud daba gran importancia a que el analista no perdiera su prestigio frente a su paciente. Entonces, cabe la pregunta ¿en dónde radica la diferencia? Radica en que el analista no responde a su paciente desde la identificación con ese Ideal proyec-

tado, y es ahí donde está obedeciendo la regla de la abstinencia. Porque, detrás de la sugestión, está el concepto de identificación con el ideal y el de la transferencia, y es en este sentido que el analista es “pantalla”.

En cuanto a la neutralidad, compañera inseparable de la abstinencia, se refiere ante todo a que el analista trate de “borrarse” frente a su paciente, en cuanto a sus propios deseos, valores, religiosos, morales, sociales, etc., que puedan dejarse colar en la dirección de la cura frente a determinados contenidos o circunstancias del paciente. Es decir, el analista va a ayudar al paciente, citando a Rómulo Lander, “a conocer la naturaleza de su propio deseo, el origen y el propósito de ellos, y no a, veladamente, censurarlo o aplaudirlo, sino a permitir que tome conciencia de su deseo”. Ahora bien, estas revelaciones, este emergente que surge del inconsciente como material reprimido, produce un grado de angustia que el analista deberá soportar para poder reconocerlo y permitir que pueda hacerse consciente para el paciente. El analista también se angustia, ante lo cual tiene varios caminos de respuesta -inconsciente- posibles a seguir: refugiarse en el “cómodo” amparo del uso defensivo de la abstinencia y la neutralidad; negar el contenido, dejarlo pasar, no registrarlo; o actuar la angustia, realizando un *acting out* intrasesión, respuestas que conducirán, si no a una detención o estancamiento del proceso, por lo menos a perturbaciones en su desarrollo. Pero también le queda otro camino, rescatarse a sí mismo en su actitud analítica -autoanalítica- que le permitirá seguir trabajando analíticamente con su paciente.

Lacan llamó a este fenómeno “transferencia del analista”, lo que apunta a una sincronía y simetría del conflicto reprimido entre el analista y su paciente. Heimann también habló de la transferencia del analista como “puntos ciegos habituales” que no son causados por el paciente, y que por lo tanto no pueden ser denominados como contratransferencia (Thomá y Káchele, 1990). Pero retomemos el curso que ha seguido la investigación sobre el tema. Al inicio vimos que la movilización emocional producida en el analista era considerada negativa, como “un ruido en la comunicación” que era necesario eliminar. Posteriormente el tema fue abordado por diferentes autores, que fueron abonando el terreno para que se produjera un importante giro en esa conceptualización original. El cambio de esta conceptualización vino dado por el trabajo presentado por Heimann en el año 1950, quien dio un verdadero vuelco a esta forma de ver las cosas. Los afectos pasaron de ser algo negativo, necesario de eliminar, a ser considerados como un aspecto positivo, una valiosa herramienta en el análisis. El objetivo era “desterrar el fantasma del analista inhumano, sin sentimientos, y mostrar la utilidad de la contratransferencia” (Heimann, 1950). Los aportes principales, en ese trabajo, fueron considerar a la contra-

transferencia como ayuda diagnóstica e instrumento de la investigación psicoanalítica, y plantearla como una situación total, en la cual son tomados en cuenta todos los sentimientos del analista hacia su paciente, entendiéndolos como creaciones del paciente en el analista, es decir, que aunque son sentidos por el analista, son efectos o productos del paciente sobre él. Esta concepción, al ser tomada al pie de la letra, trajo como consecuencia otros problemas; por un lado, la despersonalización de los sentimientos del analista, librándolo de la responsabilidad que le cabría sobre los mismos y, por otro, que la interpretación originada desde esos sentimientos no fuese verificada suficientemente en el material del paciente. La contratransferencia como creación del paciente fue tomada como un hecho, quizás porque es una teoría cómoda que protege el narcisismo del analista, ya que, por mucho que el paciente coopere en el surgimiento de determinados sentimientos, éstos nacen en el analista y él debe responsabilizarse por ellos, para poder ejercer su labor de manera analítica. Posteriormente, Heimann fue alejándose de la idea de que la contratransferencia fuese una creación del paciente, y como se dijo antes, consideró que existen sentimientos en el analista como producto de sus puntos ciegos.

Aun suponiendo que el analista esté suficientemente analizado y mantenga una permanente vigilancia analítica sobre sí mismo, no está libre de introducir en la situación analítica factores emocionales que interfieren en la misma. A este respecto, Gitelson (1951) menciona algunos:

- a) Residuos postanalíticos, como las identificaciones con el propio analista.
- b) Motivos narcisísticos que han sido enmascarados caracterológicamente. Por ejemplo, un aparente benévolo deseo de curar.
- c) Deseos inconscientes que pueden haber sido analizados en relación a otros objetos, pero que, sin embargo, encuentran refugio en la actividad del análisis.
- d) Vestigios de conflictos originales, que introducen en la situación analítica la posibilidad de exacerbar la ansiedad del analista, con la aparición consecuente de los clásicos puntos ciegos o de la actuación de defensas.
- e) Problemas actuales de la vida personal del analista que no han sido resueltos o integrados.

Para terminar, quisiera repetir, a modo de palabras finales, que la relación afectiva simple y consciente del analista por su paciente, no debe ser confun-

dida, o más bien, debe ser discriminada, de la contratransferencia inconsciente o transferencia del analista. En este breve trabajo he querido recapitular algunos de los aspectos sobre el tema en estudio con el propósito, sobre todo, de divulgar elementos del psicoanálisis y de abrir espacios para su discusión.

Referencias

- Fischman, M. (1983) "El psicoanalista en su gestión" en La práctica analítica. Buenos Aires: Folios ediciones, 1984
- Freud, S. (1910) Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica A.E. XI:136. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu, 1988
- Gitelson, M. (1951) *The emotional position of the analyst in the psycho analytic situation*. I.J.P. 33:1-10
- Green, A. (1975) La concepción psicoanalítica del afecto. Buenos Aires: Siglo XXI Editores
- Heimann, P. (1950) *On Counter-Transference*. I.J.P.31
- Jiménez, J.P. (1997) La identificación proyectiva como proceso intersubjetivo. Sociedad Psicoanalítica de Chile (Inédito)
- Lander, R. (1996) Acto Analítico. Trópicos, Revista de Psicoanálisis. Año 5, Vol 1 y 2, 1996. Edición electrónica. Sociedad Psicoanalítica de Caracas
- Thoma y Kachele. (1990) Teoría y práctica del psicoanálisis. Barcelona: Ediciones Herder
- Waissman, J. (1994) Contratransferencia, su origen. Revista. APA Tomo LI No.3. Buenos Aires

© Rosa Lagos Torres
Res. El Convento. P.B. Av. Principal Santa Sofía.
Urb. Santa Sofía. El Cafetal
Caracas, Venezuela.
E-Mail: rosagalos@cantv.net

Resumen

La autora plantea que la participación del analista como persona es pieza fundamental para el desarrollo del proceso terapéutico. Sin embargo, este aporte al proceso no ha sido suficientemente estudiado y da algunas posibles razones para ello. Señala el origen del concepto de contratransferencia y las diversas modificaciones que ha tenido su conceptualización, tanto a lo largo de la historia del psicoanálisis como de algunos autores que lo han estudiado.

Summary

The author proposes that the analyst's participation as a person is a fundamental factor for the development of the therapeutic process. Nevertheless, she points out, this contribution to the process has not been sufficiently studied, and mentions some possible reasons for this omission. She also traces the origin of the counter-transference concept and the various modifications it has undergone through the history of psychoanalysis, as well as from some authors who have studied it.

Clínica del odio y el origen de la violencia*

Rómulo Lander

La violencia como síntoma

El estudio de la violencia en el hombre comenzó a aparecer como un nuevo tema de importante preocupación psicoanalítica durante el desarrollo de la primera guerra mundial que envolvió a toda Europa por cuatro años. Esta guerra terminó en 1918, sin embargo, no fue sino hasta 1920 cuando Freud introdujo la teoría dual de las pulsiones en su célebre trabajo, “Más allá del Principio del Placer”. La proposición de Freud en ese trabajo enfatizaba la existencia de una *pulsión de muerte* que llevaba silenciosamente al individuo a su propia destrucción, y que sólo gracias a la presencia de lo que llamó pulsión de vida, esta pulsión de muerte era proyectada y dirigida a los objetos del mundo externo. La pulsión de muerte que inicialmente va dirigida contra sí-mismo, y luego dirigida a los objetos externos, va a dar una oportunidad para argumentar sobre la teoría de la destructividad humana como originada o como expresión de la pulsión de muerte, con lo cual no estoy de acuerdo. Está claro que desde un principio, en 1920, Freud propuso que ambas pulsiones de vida y de muerte se encuentran parcialmente fusionadas en una expresión mixta. Propone un vaivén de fusión y de/fusión pulsional. Dice que rara vez se encuentran totalmente independientes una de la otra. Freud plantea que la más específica expresión de la pulsión de muerte se encuentra en la inevitable tendencia de dejar de existir y de volver a la nada inorgánica. Los analistas que se adscriben a la teoría dual de las pulsiones, plantean una y otra vez que en clínica psicoanalítica la pulsión de muerte es muda y se observa sólo en sus efectos destructivos. En unos casos, dirigida al objeto, y en otros casos, al sí-mismo. Los analistas que se adscriben a esta propuesta

* (1997) II Encuentro Psicoanalítico Anual: Crisis, violencia y transgresión. Caracas, Celarg.

ven a la violencia como un síntoma de la pulsión de muerte. Otros vemos a la violencia como un síntoma de otros mecanismos psíquicos tempranos (no específica ni exclusivamente pulsionales).

La transferencia negativa, la libido y la destructividad

William Gillespie, destacado pionero del psicoanálisis inglés, quien se encontraba viviendo en Viena en la década de los años veinte, y quien fuera testigo presencial de la entrega original del trabajo “Más allá del Principio del Placer”, testimonia que esta nueva contribución freudiana a la teoría original de la pulsión, daba igual importancia a la pulsión de muerte y a la libido. Dice que muchos analistas de la época encontraban difícil la aplicación clínica e incluso imposible de seguir la lógica freudiana en relación al concepto de un impulso básico, primario en el hombre, que lo lleva a la búsqueda de su propia muerte. Era más sencillo entender la pulsión de muerte en términos de destructividad y la pulsión de vida en términos de libido sexual (deseo sexual). Estas nuevas ideas fueron adoptadas con mayor entusiasmo en algunos grupos psicoanalíticos. Cuando Gillespie regresa a Londres, procedente de Viena en 1932, descubre que especialmente en el ambiente psicoanalítico británico, la práctica del psicoanálisis ha sufrido, como consecuencia de la nueva teoría de la pulsión, una transformación profunda. El nuevo psicoanálisis ponía un enorme énfasis en el estudio de la destructividad y en el análisis de la transferencia negativa. Las vicisitudes de los impulsos sexuales fueron considerados como no problemáticos (sorprendentemente perdieron su importancia), por lo tanto, comenzaron a ser dejados fuera del trabajo diario del análisis. El nuevo énfasis estaba en analizar a profundidad los aspectos agresivos, destructivos y negativos del sujeto en su vida diaria y en la transferencia. En esa época se pensaba con mucha convicción que el desarrollo y el futuro de la civilización dependía de la domesticación de la agresividad del hombre, más que de la capacidad de rescatar los elementos reprimidos de la sexualidad humana. Así la recién llamada pulsión de muerte y su expresión clínica, la agresividad y destructividad humana, pasan a ser el centro de interés del psicoanálisis en los cuarenta años siguientes.

Es mi humilde opinión que, para avanzar en el estudio de este tema de la violencia, nos encontramos en la necesidad imperiosa de diferenciar, teórica y clínicamente, tres propuestas que, a pesar de estar muy relacionadas, son diferentes. Me refiero al estudio del odio, la destructividad y la agresividad.

Clinica del odio

El objeto perdido

La pulsión y su recorrido dan origen al concepto radical de *objeto* en psicoanálisis. El objeto en psicoanálisis puede ser conceptualizado al menos en dos formas diferentes. Primero, para la escuela de la Psicología del Yo. Esta escuela de pensamiento plantea que objeto es ante todo aquello que ha recibido catexias. Se refiere a la depositación de cargas de energía o libido en lo que luego va a pasar a ser llamado objeto. Este objeto pasa a existir en el mundo interno como representación psíquica. Segundo, para el psicoanálisis contemporáneo estructural, el concepto de objeto es otra cosa. Va más allá de la teoría de la catexia. En esta propuesta, que en el fondo es freudiana, el objeto es el objeto perdido (ausente, causa del deseo). (J. Lacan: T.4, p. 61). Es claro que el objeto original de satisfacción pulsional, investido de catexias, se va a convertir en el objeto perdido. Esto es así por la reiterada necesidad de satisfacción de pulsión, que no cesa en su empuje y busca de nuevo el objeto original. Así la naturaleza del objeto es siempre la de un objeto perdido, luego en ficción re-encontrado (para igualmente perderse cada vez). El objeto del amor y el objeto del odio, naturalmente, son objetos perdidos y re-encontrados en ficción. Su naturaleza va a estar en un más allá de lo propiamente pulsional. Cada persona va a construir en un período muy temprano las características exclusivas de su objeto perdido de amor y odio.

Objeto del odio

Para explicar la naturaleza del objeto de odio, es necesario utilizar la teoría freudiana y kleiniana del narcisismo, y si se desea, la teoría lacaniana del sistema RSI, en lo relativo al orden imaginario (J. Lacan: T.1, p. 191). Es en el eje imaginario o narcisista de la constitución del sujeto (grafo lamda) donde se va a tramitar la relación de objeto narcisista y el vínculo de pasión. Este eje refiere al período sincrónico, especular, topológico, de la constitución del sujeto en su época más temprana. El verdadero prototipo del vínculo de odio (y también de amor) no se encuentra en la satisfacción pulsional *per se*, sino en la lucha del sujeto por su existencia y afirmación. Este objeto de odio es un objeto desprendido de la figura del otro originario (imaginario), pedazos o restos del otro, *desprendidos de la experiencia*, sin mantener cualidad de conciencia, pero siempre buscado. Encontrado momentáneamente, cuando en ficción el sujeto lo percibe en el otro que lo porta. Ese otro aparece como semblante de objeto, portador del objeto perdido, objeto del amor o del odio.

Sujeto del odio

Así el concepto de sujeto aparece en el ir y venir de la pulsión sobre el objeto. Se inaugura el sujeto, y de allí en adelante, como ya vimos, el objeto es específicamente un objeto perdido. Este objeto perdido (objeto *a*) es el objeto de la pasión. Transcurre y se mantiene toda vez que el sujeto opera o funciona en el eje narcisista. Este objeto de pasión es un objeto de imagen (visual, auditiva, olfativa) que tiene la característica de ofrecer la ilusión de completud al sujeto, quien padece de estar siempre en falta constitutiva (concepto de *la falta en ser*). La percepción ilusoria de ver, oír u oler en el otro ese objeto *a* perdido, lo empuja irresistiblemente a un vínculo especial con ese otro, portador de este objeto *a* perdido. Ese vínculo especial, que padece el sujeto, a la manera de un síntoma, constituye el vínculo de pasión. Este vínculo de pasión puede ser de odio o de amor, según sea el caso de frustración o satisfacción pulsional con el objeto. Recordemos que la naturaleza de este vínculo pasional de odio, tiene características propias del eje narcisista, es decir: (a) Es irracional. (b) Es involuntario. (c) Es automático. (d) Se construye con el mecanismo de la apropiación subjetiva (identificación proyectiva) al encontrar en el otro, el objeto perdido que en ficción va a completar al sujeto.

Así pues, el origen del odio como pasión es similar al origen del amor. Si en el amor, el objeto *a*, objeto de pasión, en ficción completa al sujeto, en el vínculo de odio, este mismo objeto *a*, portado por el otro, objeto que es capaz de producir en el sujeto un rechazo o frustración pulsional, va a ser por lo tanto convertido en el objeto del odio, y el vínculo será un vínculo pasional de odio, que en ficción completa al sujeto. Por lo tanto, la pasión de odio es el reverso de la pasión de amor. Lo opuesto al amor no es el odio, sino el desamor, que se desliza en el devenir de la indiferencia. Es oportuno aclarar que en esta propuesta, el odio no es presentado como un afecto, sino como una pasión. El afecto como resultante de la pasión de odio, sería la ira o la rabia. Igualmente el amor no es presentado como un afecto, sino como una pasión, y el afecto correspondiente se expresa en un sentimiento de entrega total, con empuje a la fusión corporal en el encuentro sexual y en la convivencia cotidiana que empuja a la desaparición de la otredad.

Pasión de odio y el sadismo humano

El vínculo irracional de naturaleza involuntaria, en la cual se establece la *pasión de odio*, puede tomar dimensiones alarmantes. La intensidad del vínculo de odio puede llegar a ser de tal magnitud, que se deslice hacia la progresiva

construcción delirante. Aun cuando el sujeto es capaz de reconocer lo absurdo o lo irracional del odio al otro, no puede evitarlo. Este odio que se va a expresar en ira o en rabia, va a constituir lo que se podría llamar *la razón de la venganza*. La venganza que corresponde a la forma organizada de atacar al objeto, puede dar origen en este registro de pasión de odio, a la violencia y al sadismo humano. La pasión puede ser de tal magnitud que el sujeto no pueda escapar a sus efectos y producir un acto de violencia. No es accesible a la interpretación por dos razones: primero, porque es una formación inconsciente preverbal, y segundo, porque tiene características de certeza delirante. Sólo el tiempo, al igual que en el vínculo pasional de amor, permitirá su disolución progresiva al ser sustituido por un nuevo objeto. Es oportuno aclarar que no todo sadismo humano tiene su origen en la pasión del odio. Otras variables del sadismo humano se originan por la vía de la destructividad.

Fusión y sadismo primario

Antes del momento de la capacidad de discriminación entre el *self* y el objeto, es inevitable que la expresión del malestar del niño mostrada en su llanto y agitación motora, pueda ser visto de varias maneras que no son mutuamente excluyentes: a) como una forma de expresión de un sadismo natural primario —expresión de la pulsión de muerte. b) para otros, como una forma primitiva y muy afectiva de comunicación. El llanto motivado por el malestar y displacer se convierte en un significante cuando encuentra sentido en un otro. Por lo tanto, la presencia de este llanto y de agitación motora, expresión para algunos de un sadismo primario, no testimonia de forma exclusiva la presencia del sadismo primario. Por otro lado, esta experiencia de dolor psíquico y luego su alivio, producido por el encuentro con la satisfacción de pulsión (al ser satisfecha la demanda expresada en el llanto), va a contribuir a la transformación del *grito* en *llamado*, apareciendo un primer significante que significa algo para otro significante. Así pues, la aparición del otro (la alteridad especular), y el despliegue de los mecanismos de proyección e introyección, van a permitir la progresiva diferenciación entre el *self* y el objeto. De allí en adelante, el sadismo, a mi entender, será siempre secundario.

Clínica de la destructividad

Energía ligada y envidia temprana

El estudio de la destructividad humana como diferente de la pasión de odio, nos va a permitir continuar explorando los orígenes de la violencia. La destructividad humana refiere a una conducta destinada a causar daño y destrucción al sujeto y/o al otro (sadismo secundario). Primero: Si consideramos que la destructividad humana no es una expresión directa, ni automática, de la pulsión de muerte, tendríamos entonces que explicarla de otra manera. Segundo: esto nos obliga a una revisión del concepto de la envidia temprana preverbal. Melanie Klein mantiene que la envidia temprana es una expresión de la pulsión de muerte, poniendo énfasis en lo constitucional de la pulsión y, por ende, de la envidia. Hanna Segal, analista kleiniana muy destacada de los años sesenta y setenta, tiene una posición teórica diferente. Ella plantea, en 1971, con motivo del 27º Congreso Internacional de Psicoanálisis, que la envidia, desde el punto de vista kleiniano, se encuentra en íntima relación con el concepto de vínculo objetal, y agrega que es en relación al objeto como el niño desarrolla la envidia temprana. La destructividad provocada como consecuencia de la envidia al objeto, es primeramente un empuje destructivo dirigido contra el objeto, y sólo en algunos casos, secundariamente pasa a ser dirigido contra el sí-mismo. La pregunta fundamental es si la energía utilizada en esta envidia es una expresión directa y automática de la pulsión de muerte, o si la energía utilizada por la envidia para destruir al objeto, es originada en una pulsión que no tiene calificativo (fusión pulsional).

Dialéctica de la insatisfacción

La experiencia del niño con el pecho puede ser una *experiencia de satisfacción*, en la cual el alimento y el calor de la madre es oportuno y suficiente para satisfacer la demanda del niño. O puede ser una *experiencia de insatisfacción*, que origina la aparición del dolor psíquico y el displacer en el niño. En este último caso, el objeto es considerado amenazante, peligroso y malvado, ya que el objeto tendría todo aquello que el niño necesita para aliviar su dolor y entrar en bienestar. Ese objeto que contiene en ficción todo el bienestar necesario que el niño no tiene, pasa a ser, primero, un objeto frustrante pues no da al niño lo que este necesita. Y segundo, un objeto envidiado porque, en ficción, este objeto posee lo que el niño desea. Esta propuesta implica que la envidia temprana no es primaria en el sentido constitutivo, quiero decir que viene dada por la constitución (hereditaria y genética), sino que la envidia temprana pasa a ser

reactiva a la experiencia inevitable de insatisfacción con el objeto. Es oportuno recordar que esta experiencia va a ocurrir en el período narcisista. El niño tendría una capacidad de respuesta a esta frustración de la demanda. La respuesta específica es una respuesta de agitación. La propuesta psicoanalítica plantea que, desde el punto de vista de la fantasía inconsciente, esta respuesta va acompañada de fantasías de ataque al objeto. Estas fantasías de ataque son fantasías de destrucción del objeto, y es tan importante para la vida psíquica que esta fantasía pasa a ser uno de los puntos del origen de la violencia y de la destructividad humana. Toda vez que el sujeto en su vida futura, se encuentre en una situación similar básica de frustración y envidia, tiende a producir conductas o fantasías de violencia y destrucción. En la medida en que sus experiencias tempranas le permitieron un balance entre las experiencias de satisfacción y frustración, el sujeto tendrá la posibilidad de tolerar la frustración, sin recurrir a la violencia.

Geometría de la voracidad

Esta propuesta se va a complicar con la aparición de la voracidad. La voracidad es un mecanismo psíquico relacionado con la dificultad en la capacidad de satisfacción. En ella el niño pide más y más porque no puede lograr sentirse satisfecho. Esto ocurre así porque su verdadero deseo está en otro lugar. Pide más y más, y en esa progresiva exigencia, encuentra cada vez más insatisfacción, aumentando en forma geométrica la experiencia de la envidia al objeto, con el consecuente ataque destructivo.

Está claro que la energía que va a motorizar la envidia y la destructividad, proviene de la energía pulsional. Esta energía pulsional no es una energía especial destructiva. La energía proviene de una sola fuente y no tiene calificativo: ni buena, ni mala, ni constructiva, ni destructiva. Al decir esto, vuelvo a la propuesta original de Freud, cuando dice que, en esencia, la pulsión es una energía, un empuje que mueve la psique humana.

Furor narcisista

El predominio de las experiencias de insatisfacción y frustración en el niño va a dar origen a la aparición de una psicopatología de la envidia. El predominio y la excesiva experiencia de frustración de la demanda, provocarán una intolerancia progresiva a la frustración. Ante la más pequeña frustración, el niño puede caer en lo que llamaríamos un *furor narcisista*. Esto equivale en clínica

a lo que podríamos llamar un ataque de rabieta del niño, muy común a los veinticuatro meses. Estos ataques de rabieta, llamados también episodios de *furor narcisista*, son testimonios del *predominio del eje narcisista* en la constitución del sujeto. Posteriormente en la vida, como adolescentes o como adultos, ante la experiencia de frustración, este tipo de sujetos, con predominio del eje narcisista, pueden caer en un *ataque de furor narcisista intenso*, desproporcionado, algunas veces difícil de controlar, que empujan al acto y que puede tener serias consecuencias en el registro de la violencia.

Sadismo humano y destructividad

Así como el sadismo humano puede aparecer vinculado con la pasión de odio, igualmente el sadismo humano puede aparecer vinculado con la destructividad que, como hemos visto, se origina básicamente de la frustración de la demanda. La pregunta más delicada es si esta destructividad humana originada en la frustración de la demanda, que toma su energía de la pulsión, es capaz de provocar violencia tan intensa que lleve al homicidio y al suicidio. Esta pregunta, a mi manera de ver, tiene que ser respondida en forma afirmativa. La envidia desarrollada con respecto al objeto en esta forma repetida y consistente, puede llevar las fantasías de destrucción a la acción y crear un espacio para la conducta homicida y/o suicida.

Destructividad e identificación

Es común observar la conducta violenta y destructiva de las pandillas de jóvenes, de los grupos fanáticos fundamentalistas, y de otros tipos de grupos sectarios, que producen violencia y destrucción en grupo. Si la destructividad que proviene de la frustración de la demanda y de la consecuente envidia al objeto, no encuentra suficiente intensidad como para pasar a una acción de violencia homicida en términos individuales, puede pasar al acto por la presión del grupo. Encuentran su forma de expresar su propia destructividad en acto, a través de la identificación con los ideales del grupo. Esta claro que *el sujeto individual aporta su propia carga* destructiva y su necesidad de internalizar los ideales ofrecidos por el líder y por la pertenencia al grupo. Hay una identificación por sugestión con las consignas del líder del grupo que permite, como ya dije, pasar al acto homicida. Igual mecanismo puede ocurrir en los grupos bien organizados que, por manipulación política o ideológica, ofrecen un enemigo común como objetivo para la expresión de la destructividad y la violencia. En ese caso la identificación por sugestión de los ideales políticos, explica el paso

a la violencia con la destrucción de la propiedad y, a veces, ataque a las personas, con posibilidad de realizar el homicidio. El mecanismo opuesto también es posible. Quiere decirse, una tolerancia social producida por un discurso anti-violencia que por identificación con las consignas del grupo, sostiene los ideales en contra de la violencia. En ese caso la presión del grupo sostiene la capacidad de tolerar la humillación y el ataque personal sin producir una reacción de defensa violenta.

Clínica de la agresividad

Agresividad e ideales

La agresividad se refiere a una conducta o una tendencia del sujeto, que tiene como propósito defender su integridad personal, su vida, su propiedad, su patrimonio y sus valores e ideales. Esta propuesta no tiene nada que ver con la propuesta de la pulsión de muerte. La agresividad humana, al igual que la destructividad, posee una energía que le permite realizar la tarea. Esta energía se origina en la pulsión. Pulsión unificada que no tiene calificativo.

Ciertos ideales pueden incluir dentro de su propio código la capacidad del sujeto de reaccionar con agresividad ante un ataque que intente destruir las identificaciones y los significantes que sostienen estos ideales. En algunos casos el código del ideal invita o apoya la respuesta de agresividad. En otros casos el mismo código pide al sujeto inhibirse de cualquier reacción de agresividad o violencia y de tener lo que se llama una protesta pasiva (exigencia de poner la otra mejilla). En los casos en que el código permita y estimule la respuesta de defensa agresiva, podemos encontrar toda una serie de acciones de violencia que van desde la agresividad verbal y escrita hasta los actos de violencia contra la propiedad y las personas.

Miedo y agresividad

La angustia que en clínica (fenomenología) se detecta como miedo y temor, puede desplazarse a una expresión desproporcionada de rabia y agresividad. Algunas veces, personas que padecen estados fóbicos o temores excesivos, ante la amenaza real a su integridad física, o ante el peligro de perder su propiedad, responden con un temor que paraliza. Estas mismas personas en otras circunstancias, pueden transformar este estado de temor y parálisis en una respuesta agresiva con violencia verbal o física. La violencia y la agresivi-

dad desencadenada por este tipo de respuesta, generalmente son controlables a voluntad por el sujeto. La consecuente violencia sólo se desarrolla y alcanza los niveles que el sujeto desea que alcancen. No ocurre así en el caso de la destructividad humana, donde la naturaleza involuntaria no permite que la violencia desatada por esa destructividad pueda ser controlada a voluntad por el sujeto. Los resultados pueden sobrepasar la intención del sujeto, y las muertes ocurridas como consecuencia de esa destructividad fuera de control, son posteriormente causa de sentimientos de culpabilidad y alegatos de arrepentimientos ante el horror del acto destructivo consumado.

Transgresión de la ley

¿Represión o renuncia pulsional?

La domesticación de todos los elementos pulsionales del sujeto en su significación sexual o en su significación destructiva, permiten que el sujeto se civilice y obedezca las leyes básicas de la sociedad. El complejo de Edipo va a exigir del sujeto su capacidad de renunciar a *ambas significaciones de la pulsión*. El sujeto, al resolver el complejo de Edipo, renuncia al deseo sexual incestuoso, originado en la escogencia de objeto de deseo sexual parental, sea este hetero u homosexual. Igualmente le va a exigir al mismo sujeto, la capacidad de renunciar al deseo parricida y homicida, originado como expresión de la destructividad homicida, ante la frustración de la demanda incestuosa. Así el sujeto postedípico que ha incorporado la ley del padre, es un sujeto capaz de reconocer las relaciones del parentesco y sus consecuencias, capaz de respetar las prohibiciones del incesto y el parricidio, y de respetar las leyes consagradas de la sociedad.

Origen de la transgresión

A pesar de todo esto, el sujeto puede romper o violar la ley. Esta transgresión de la ley la puede hacer desde cualquiera de los tres formas fundamentales que dan origen a la violencia: desde a) la pasión de odio; b) la destructividad humana; c) la respuesta de agresividad.

Desde cualquiera de estos tres acápites, el sujeto puede por determinados motivos individuales o grupales, romper el orden de la ley y aparecer *en acto* como un transgresor.

La transgresión de la ley deja ver una falla en la instauración de la ley del

padre. Una falla en la capacidad de tolerar la frustración y el displacer, originada en la prohibición fundamental. Se trata de una dificultad en respetar la ley del padre impuesta durante el período del complejo de Edipo e instaurada en el momento de su resolución. Esta resolución del complejo de Edipo consiste precisamente en aceptar la prohibición del incesto y el parricidio, que significa ser capaz de renunciar en acto y en metáfora al deseo incestuoso y homicida. El acto de transgredir la ley es el acto del delito. Pero es necesario aclarar que no todo sujeto que realiza un acto de delito, es un sujeto de la delincuencia. Habría delito, pero no un delincuente.

El acto del delito puede aparecer en cualquiera de las tres estructuras inconscientes básicas. Así puede aparecer un acto de delito en un sujeto de neurosis, de psicosis o de perversión. Ahora bien, desde un punto de vista del origen de la transgresión, no es igual una transgresión originada en la pasión de odio, en la destructividad o en la respuesta de agresión. Veamos esto por separado:

La transgresión originada en la pasión de odio que, como sabemos, tiene características de convicción y certeza, se acerca mucho a la transgresión delirante. Se trata del delito que es producto de convicciones delirantes. Naturalmente, sin que exista necesariamente un cuadro clínico psicótico ni esquizofrénico. Son delitos planificados, repetidos, con o sin violencia visible, inspirados en la pasión del odio, propio del eje narcisista. A veces con cierto sentimientos de culpabilidad y otras veces convencidos de que se trata de un acto de justicia (explicable dentro de su sistema delirante). Aquí encontramos a los homicidas en serie (*serial killers*), los homicidas de masas (diversos holocaustos), los suicidas en masa (Jonestown, Haven Gate, Rancho Santa Fe), y otros homicidios y suicidios delirantes con certeza de justicia.

La transgresión originada en la destructividad humana que, como sabemos tiene su origen en la intolerancia a la frustración y envidia temprana, va a producir delitos de muy diversa naturaleza. Van desde el delito común hasta el delito de corrupción administrativa y delitos bancarios. Se trata de delitos inspirados en la voracidad, envidia, grandiosidad e intolerancia a la frustración. Pueden ser delitos planificados o no, preferiblemente violentos. La frustración de infancia se reactiva con la frustración posterior, provocada en algunos casos por la injusticia social, dando origen al delito común. En otros casos, la voracidad patológica va a originar el delito de corrupción administrativa. Se trata de personas voraces, insaciables y con una imagen grandiosa de sí mismo/a. Por otro lado, mientras exista la injusticia social, la enorme diferencia en el bienestar de las distintas clases sociales, los prejuicios y el racismo, será

inevitable la experiencia individual de la frustración de la demanda. Por lo tanto, la sociedad seguirá produciendo sujetos de violencia, por razones de frustración de su demanda, que no tiene relación alguna con la supuesta especificidad constitucional de la tendencia del hombre a la violencia como expresión específica y directa de la pulsión de muerte.

La transgresión originada en la capacidad de respuesta agresiva. Muchas veces esta propuesta se encuentra al servicio de la supervivencia del sujeto, de la salvaguarda de su patrimonio y de la preservación de sus ideales. A veces este tipo de transgresión cae dentro del capítulo de *la desobediencia civil*. Esta desobediencia civil da origen a los presos de conciencia y a los opositores de la guerra. Igualmente a los que se oponen a ciertos mandatos o leyes del gobierno que son de cumplimiento obligatorio. El rebelarse contra ellas coloca a estos sujetos en un acto de delito. Sin embargo, este delito es completamente diferente al delito originado en la pasión de odio y en la destructividad humana. A veces la protesta adolescente cae dentro de cierta variación de desobediencia civil. Se transgrede la ley y se cae en el acto de delito por razones de los ideales, sin que exista el sujeto de la delincuencia.

Referencias

- Freud, S. (1914). Introducción al Narcisismo. Vol. 14, p. 88. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1979
- _____ (1915). Las Pulsiones y sus destinos. Vol. 14 p. 117. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu Editores 1979
- _____ (1920). Más allá del principio del placer. Vol. 17, p. 39. Op. Cit
- _____ (1930). El malestar en la cultura. Vol. 21 p. 60. Op. Cit
- _____ (1933). Nuevas Conferencias Introdutorias al Psicoanálisis. Vol. 22, p. 76. Op. Cit
- _____ (1933). ¿Por qué la guerra? Vol. 22, p. 179. Op. Cit
- Gillespie, W. (1971). *Agression and Instinct Theory*. I.J.P.A.. Vol. 52, p. 155. Institute of Psychoanalysis, London. 1971
- Klein, M. (1957). Envidia y Gratitud. Buenos Aires: Paidós, 1959
- Lacan, J. (1953). El Seminario I. Los estudios técnicos de Freud. T.1, p. 191. Buenos Aires: Paidós, 1982.

- _____ (1956). El Seminario 4. La relación de Objeto: Teoría de la falta de objeto. T.4, p. 27. Buenos Aires: Paidós, 1994
- _____ (1960). El Seminario 7. La Etica del Psicoanálisis. T. 7, p. 61. Buenos Aires: Paidós, 1988
- _____ (1964). El Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales. T. 11, p. 181. Buenos Aires: Paidós, 1987
- Segal, H. (1972). *Panel on Agression*. I.J.P.A. Vol. 53, p. 13. Institute of Psychoanalysis. London, 1972

© Rómulo Lander.

Policlínica Americana. Centro Riospe. Of. 4-D

Ave. Venezuela. Urb. El Rosal

Caracas, Venezuela

E-Mail: Ralander@compuserve.com

Resumen

El autor propone a la violencia como un síntoma proveniente de varios mecanismos psíquicos tempranos. Está en desacuerdo con aquellos que proponen a la violencia como una expresión exclusiva y directa de la pulsión de muerte. Plantea la utilidad y necesidad de diferenciar entre el odio, la destructividad y la agresividad. Describe con detalle cada uno de estos acápites. Luego plantea por separado el origen de la violencia como síntoma de la clínica del odio, de la destructividad y de la agresividad. Finalmente dedica un acápite a la transgresión de la ley.

Summary

The author proposes violence to be a symptom originating from several early psychic mechanisms. He is in disagreement with those that propose violence to be an exclusive and direct expression of the death drive. The author outlines the usefulness and need of differentiating between hate, destructiveness and aggressiveness and describes in detail each one of these concepts. Then outlines separately the origin of violence as a symptom of hate, destructiveness and aggressiveness. Finally, he devotes a clause to the transgression of the law.

El sujeto y su violencia*

Alicia Leisse de Lustgarten

Los hombres se hallan en el mundo como en un lugar guardado, una especie de cárcel y no está permitido evadirse de ella.

Sócrates

En las ideas que hoy quiero desarrollar, recojo estas palabras para dar cuenta de la perspectiva de la violencia como un hecho en sí mismo, algo que efectivamente está en y fuera del ser. Suscribo la doble vertiente que atañe a cada individuo, de un lado, inserto en la cultura; del otro, soporte de disposiciones congénitas y hereditarias. Desde ambas fuentes puede entenderse la presencia de la violencia. En la perspectiva que quiero considerar, la pienso como algo inherente al sujeto humano que interviene en su más temprana organización psíquica, dejando una marca imborrable en su registro personal.

Dos sellos tiene el hombre, suerte de herrajes a fuego. El primero, señalado por Freud, refiere a la condición de castración que define al sujeto, *no lo tiene todo, no lo es todo, no lo puede todo*. El segundo, asomado por él y desarrollado por otros pensadores psicoanalíticos, refiere a la ruptura del narcisismo primitivo, *no es el centro, ni el primero, ni el único*. Ambos ejes se conjugarán para dibujar el escenario en el que intentará resolver estos dilemas imposibles, imposibilidad que puede recogerse en las palabras del poeta “*Todo hombre en el fondo es un derrotado*” (Cadenas, 1997). Ello me lleva a diferenciar una forma de violencia, a la que llamo necesaria, de su hipertrofia, deslinde no siempre claro porque representa esa oscilante balanza de lo que excede al sujeto.

Desde el enfoque que quiero subrayar, la más importante fuente de violencia temprana tiene que ver con la experiencia de vida y proviene de las vivien-

* (1997) II Encuentro Psicoanalítico Anual: Crisis, violencia y transgresión. Caracas, Celarg. (1998) XXII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis. Cartagena, Colombia.

cias familiares iniciales. Greenson (1968) señala que la falta de una relación amorosa sostenida, la ausencia de una persona confiable que cuide en términos de amor, preocupación, alimento, compasión y comprensión, pone en marcha la agresión libre flotante, la hostilidad y la violencia. Es así como los padres jugarán un rol principal en la fundación de problemas que conciernen a la violencia, sin olvidar por ello que la sociedad contribuye significativamente. Hablar de padres y de sociedad en forma separada parecería una imprecisión, en tanto la segunda está conformada por individuos que formulan sus leyes y pautas de funcionamiento, pero lo digo de esta manera para diferenciar distintos niveles y razones de ser de la violencia.

Un punto de partida me lleva a considerar que, desde el primer momento de su existencia, el sujeto se halla frente a un encuentro violento. La vida irrumpe en un organismo frágil con una variedad de sensaciones masivamente nuevas y, en tanto tales, perturbadoras. La respuesta casi automática es eliminar la tensión, rescatar una suerte de quietud en la que no se necesita, no se busca, no se es. Existió un lugar de fusión que no está más y la urgencia de la necesidad no tarda en llegar, necesidad que apunta a algo-alguien que está fuera de él y que sólo allí podrá tramitarse.

Kristeva (1989) afirma tener la impresión de que en el principio es el malestar. El sujeto, nos dice, adviene allí donde se diferencia del caos, es insoportable el límite entre el adentro y el afuera, entre un Yo y un Otro, entre nada y todo. Se trata de una oposición violenta pero permeable. Para el pequeño ser que comienza la vida con un Yo todavía no constituido, la violencia parte de la evidencia creciente de que él y el objeto no son lo mismo, pretendiendo, por así decirlo, conservar fronteras inciertas, mantener la indistinción. La violencia refiere a la intensidad perturbadora de aquellas vivencias que, al comportar separación, amenazan al sujeto. Pero ocurre una paradoja. La misma violencia que pretende desmentir el afuera, se vuelve necesaria al advertir la cualidad de lo externo, fuente de satisfacción, de placer, condición de vida. Cómo es metabolizada la experiencia, cuál es la cualidad del intercambio, cuánto es contenido en el vínculo, intervendrán para definir las variantes particulares de la violencia en cada sujeto.

Fragmentos de un poema de Pasolini señalan la presencia de escenas que, aunque olvidadas, testimonian significaciones imborrables:

(...) Sólo tú en el mundo sabes de mi corazón,
lo que siempre fue, antes de cualquier amor.
Por eso tengo que decirte lo que es horrible reconocer:
germina mi angustia en el seno de tu gracia.

Eres insustituible. Por eso está condenada
a la soledad la vida que me diste.
Y no quiero estar solo. Tengo un hambre infinita
de amor, del amor de cuerpos sin alma.
Porque el alma está en ti, eres tú, pero tú
eres mi madre y tu amor es mi esclavitud:
esclava fue mi infancia de este sentimiento,
alto, irremediable, inmenso el compromiso.
Era la única manera de sentir la vida,
el único color, la única forma. Ahora se acabó.
Sobrevivimos. No es más que la confusión
de una vida recreada al margen de la razón (...).

Las palabras muestran la condición que arroja al sujeto a un nuevo orden de relación, tránsito violento pero indispensable que se continuará con otras rupturas. Persistirá el anhelo de restablecer el ser fusionado de los orígenes y sobrepasar así la discontinuidad. El encuentro amoroso sexual promete esa recuperación imaginaria, claro está, en una suerte de apropiación del otro.

Hacerse sujeto supone un desgarramiento que abre para siempre esa falla, a la que hacíamos referencia, en todo el centro de nuestro diseño narcisista. Así lo recoge Vasse (1985): “La arbitrariedad que nos hace sujetos nos desvía del objeto imaginario en el que nos complacíamos y en el que se hace oír el grito de un sujeto desconocido. El espejo se rompe y su rotura nos abre los oídos al canto de una palabra hasta entonces cautiva del reflejo.”

El objeto desconocido, ese otro inaugural, empieza a ser registrado con su respuesta. Su ausencia significará quedar expuesto a la falta de ese suministro que, de mantenerse, acelerará una desesperación creciente. Nos movemos en el terreno de la sobrevivencia y en el comienzo de la constitución de un aparato psíquico. Hay un telón de fondo de irrupción, y la propia violencia del bebé con sus gritos y con su cuerpo, intentará liberarse de ella expulsando de sí lo que es sentido como daño. Kaës (1991) señala que la psique queda obligada a efectuar operaciones de rechazo, de negación y desmentida para preservar alguna forma de organización. Si las vivencias se hacen intolerables ante lo fallido del encuentro, derivará en una violencia radical en aras de suprimir lo nuevo que ha irrumpido. Suprimir supone hacer desaparecer, se trata de destruir el vínculo y las formas incipientes de representación. Cabe referirnos aquí a la respuesta psicótica. Pretende rechazar una realidad que lo sobrepasa, extrañándose así de su deseo, de su identidad, de su discernimiento. Pero al mismo tiempo es un dramático esfuerzo por responder a esa realidad que le resulta incom-

previsible, marcado como está por el daño en sus registros. Primero fue el odio que el amor, nos dice Freud, entendiendo por tal la repulsa de la realidad al servicio de mantener el equilibrio narcisista. Bien podemos valernos de las imágenes inefables que nos trae Schlöndorff en su película *El tambor de hojalata* cuando muestra al bebé por nacer asomándose a un exterior muy violento al que accederá sólo con la condición de disponer de un tambor que blandirá con toda la fuerza y el ruido de su sentir. Recojo la frase de Lacan cuando habla de la pulsión de muerte como “el dolor de existir, la tendencia a deshacerse del peso de ser.” No parece excesivo insistir en el punto de que, hablando de comienzos, de gestas psíquicas, de hechos remotos para la mirada adulta, desde la que compartimos estas ideas, estamos apuntando a marcas estructurales determinantes. Utilizar esta palabra siempre arriesga una óptica reduccionista, pero quiero subrayar que si bien la organización psíquica inicial de todo individuo se conjugará con registros posteriores también significativos, interviene en el carácter que tendrán esos nuevos registros.

El pequeño ser conoce la realidad a través de dos experiencias, la de placer y la de sufrimiento. Cuál ocurre primero no es lo más relevante, lo que sí importa es que la realidad se impone siempre como violenta porque entre lo que aquel demanda y lo que le ofrecen hay divergencia. Que el objeto no esté a su disposición lleva a descubrirlo pero también a odiarlo. Recordemos que las vivencias tienen el carácter de vivencias límite y que lo no representable deja al sujeto expuesto a las fuerzas arrolladoras de su descarga. Todo aquello que lo sobrepasa en forma parcial o masiva se traduce en un efecto traumático que hará presencia en situaciones que se viven como similares. Acá no hay pensamientos ni palabras, comienzan apenas representaciones incipientes y él se irá articulando en función de como es pensado por un otro. Es esta otra vertiente que subraya lo ajeno. Si la realidad que se le impone es muy invasora deja una marca en la que sufrir e invertir van juntos.

La violencia del encuentro refiere al sufrimiento provocado por el riesgo de perder a ese otro necesario, por un estado obligado de dependencia, por la sordera de los que lo rodean. Pero no responde únicamente al espacio de la falta, “espacio abyecto” lo llama Kristeva. La marca narcisista refiere también a que el bebé está a merced de ese otro madre, es su pertenencia simbólica. El niño está capturado por su imagen, allí se reconoce. Ese es el comienzo. Encontrarse fuera de ese otro supone el peligro de saltar al vacío, el horror de perder la referencia. Se ejerce sobre el pequeño un discurso que se anticipa a todo posible entendimiento, de allí la violencia y la arbitrariedad que puede comportar el deseo de la madre. ¿De qué se trata la presencia del nuevo ser? ¿Viene a llenar una falta? ¿Es causa de angustias? ¿Es motivo de sufrimiento?

Llegamos así a la segunda parte de nuestras reflexiones: la violencia del discurso, del deseo y de la ley. Destacar la violencia que viene del exterior refiere al efecto que tiene en el sujeto la marca del encuentro. Hay que considerar que el campo del discurso ofrece particularidades que la favorecen en tanto tiende a desconocer la sincronía necesaria entre la significación que ofrece la madre y el registro que el bebé hace de ella y que a su vez significa. El niño carece de los medios de interpretación, es la madre la que asume las funciones de voz, pensamiento y palabra. La violencia se muestra como una condición inevitable. Hemos dicho que el deseo de la madre por el hijo pone en marcha su constitución como sujeto. Existe por pertenecer a otro y es a partir de esa pertenencia que podrá construirse un mundo propio. Desde esta perspectiva, sería una utopía pretender que la madre no confunde en el hijo su deseo. En el encuentro entre ese otro grandioso madre y el pequeño ser, acecha una relación de apropiación que incide en la sumisión y en la dependencia. La cualidad que define la violencia del vínculo es el ataque a la singularidad del otro. No es el insulto, ni la amenaza o el golpe los que determinan en última instancia la naturaleza violenta de una relación. Estos son únicamente los medios a través de los cuales se la ejerce, la violencia abusa del sujeto ignorándolo, señalará Vasse (1985). El ataque de los padres puede apuntar a la manipulación del pensamiento destruyendo así las propias ideas y dificultando la simbolización. Una suerte de “policía del pensamiento”, como lo llama Orwel en “1984”, que da cuenta del control, no al servicio de una escucha, sino de garantizar el orden que se trata de imponer. El deseo se excluye, se silencia el sufrimiento y se atiborra la necesidad. Se atiende la demanda de un cuerpo pretendiendo ignorar que allí hay también una mente. La sobreadaptación que asume el sujeto pretende evitar el desamparo, la ira o la impaciencia de la madre adoptando la manera de vivir que le proponen. Es un alto precio que paga para esquivar el golpe acusador que lo señala como responsable de las faltas de los padres. Si la construcción de un espacio posible para el pensamiento propio se detiene, el placer, la escogencia, la riqueza creativa, la fantasmaticación se interrumpen o hasta llegan a imposibilitarse. En este sentido, la violencia se traduce en la inhabilitación psíquica, no desear, no pensar, no imaginar.

La siguiente viñeta clínica nos muestra una historia incierta y llena de blancos, donde la presencia, la palabra y el afecto faltaron de manera central. El discurso del paciente muestra “como que le hubieran robado un trozo de su infancia”, nos diría Aulagnier, de sus representaciones, quedando en una suerte de desconexión temporal. De 39 años, soltero, inteligente y con una marcada dificultad para relacionarse fuera del área de trabajo dice:

En mi léxico no existe la palabra frustración o felicidad. Éxito es un término

recién aprendido pero no sé vivir la prosperidad, no la sé respirar. Quiero contarle un sueño: Soñé que iba desnudo y vi a Blanca vestida pero con mucho frío. A mí no me importaban el frío, ni lo que dijera la gente. No sentía ni frío ni calor. Lo entiendo como una falta de conexión. Ni siquiera lo veo como algo metafórico sino como algo real. Me veo y compruebo que estoy medio desnudo, viviendo de a poquito, no sé qué necesito o qué quiero. Descubrir las palabras es como que estoy empezando. De ahí van a nacer subpalabras o frases, pensamientos o ideas.

Significaciones cerradas por la falla en el discurso muestran a un paciente capturado en la inmovilidad, en la fijeza que aprisiona la pregunta. La vida en estos casos parece ocurrir por una especie de azar, por error o por deber. Aulagnier (1986) lo define como que hay un mandato de no ser y de no nacer, que se ha transgredido puesto que se vive. Conflicto identificatorio de su primera vida, nos dirá la autora, resolución cerrada que complica la existencia y la supervivencia.

Es en el registro del pensar donde, en la relación madre hijo, se libraré una lucha decisiva en cuanto a que aquella pueda reconocer o negar la diferencia, la singularidad de alguien que ha tenido que ser marcadamente dependiente para sobrevivir. Se trata del derecho del niño a no tener que repetir un pasado perdido sino a vivir la aventura singular de un destino desconocido. Así lo señala Aulagnier al tiempo que advierte que la condición de ser pensante, de dar sentido y de escoger, es una suerte de veredicto que marca al Yo desde el comienzo en la escena psíquica.

En el origen de la inserción del sujeto a un orden, origen a su vez de la sujeción a una organización cultural y a un sistema de parentesco, la violencia radica en que lo que se proclama es desde una posición de poder. Le revela que el mundo no le pertenece, no lo puede cambiar sino muy parcialmente y a largo plazo.

La fuerza y la violencia forman parte de todos los sistemas de dominación. La ley pretende ordenar el intercambio del sujeto dentro de la organización familiar y cultural con miras a normatizar el impulso sexual y destructivo. Se trata de regular el deseo humano por cuanto no puede satisfacer todo aquello que lo impulsa. Lacan plantea que la estructura edípica transmitida a través del lenguaje opera desde el nacimiento. El deseo y la ley van juntos porque la satisfacción natural de la sexualidad es rechazada por la prohibición paterna y limitada socialmente para salvaguardar la solidaridad y el trabajo común. En las relaciones entre padres hijos se instituye así una sanción, la amenaza de castración representada como que el niño es, o será, privado de algo y refiere a que

las posibilidades de su deseo terminan con los límites que marca el deseo de los otros. Green (1992) lo define como la sanción de los fantasmas incestuosos y parricidas que inhibe todo intento de transgresión y empuja a la renuncia de los deseos edípicos. Vemos como la violencia se legitima en función del orden, se la entiende como un medio, no un fin, y define que otro pensamiento sabe lo que refiere al deseo, la ley, el bien y el mal, que defiende un ideal común y promete la compensación de la convivencia. Lo que no queda tan explícito es el plus de ganancia que ofrece el poder. Recogerá el sacrificio personal de la libertad y la autonomía, revirtiendo en otros eso de lo cual, un individuo o un conjunto de ellos, no pocas veces pretenden zafarse. Su ejercicio será tanto más arbitrario cuanto más retenga una mala resolución de la propia conflictiva entre lo que puede y lo que pretende. Aplastar el deseo del otro y reducir las demandas a lo que un otro formula, muestra el ejercicio de la violencia a ultranza.

Al final de estas líneas recojo lo que he querido subrayar. Pensar la violencia desde el ángulo del deterioro, de la caída de los valores, de la descomposición social, de la disposición pulsional del individuo, forman parte, entre tantas otras, de consideraciones de incuestionable importancia, pero puede llegar a desconocer que la violencia siempre está. Es inherente al sujeto humano en tanto piensa, desea, se vincula con otros en la divergencia y en la oposición. La pretensión de suprimir la violencia es un imposible. Ir en su búsqueda abre la posibilidad de reconocer su presencia y la vía necesaria y excesiva por la cual circula.

Referencias

- Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu, 1988.
- _____ (1986). *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____ (1991). "Nacimiento de un cuerpo, origen de una historia" en *Cuerpo, historia, interpretación*. Buenos Aires: Paidós, pp. 117-170.
- _____ (1994). *Un intérprete en busca de sentido*. México: Siglo XXI.
- Baranes, J.J. (1991). "Desmentida, identificaciones alienantes, tiempo de la generación" en *Lo Negativo*. Buenos Aires: Amorrortu. pp. 103-129.
- Ferrater Mora, J. (1994). *Diccionario de filosofía*. Barcelona: Ariel, 4, pp. 3701.
- Freud, S. (1927). *El porvenir de una ilusión*. Buenos Aires: Amorrortu, 21.

- _____ (1930). El malestar en la cultura. Ob. Cit.
- Green, A. (1992). El complejo de castración. Buenos Aires: Paidós.
- Greenson, R. (1968). “*The fascination of violence*” en *On loving, hating, and living well*. Boston: Inter. Univ. Press, 1992.
- Juranville, A. (1992). Lacan y la filosofía. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Kaës, R. (1991). “El pacto denegativo en los conjuntos trans-subjetivos” en *Lo Negativo*. Buenos Aires: Amorrortu, pp. 130-169.
- Kristeva, J. (1988). Poderes de la perversión. México: Siglo Veintiuno Editores, 1989.
- Kernberg, O. (1994). La agresión en las perversiones y en los desordenes de la personalidad. Buenos Aires: Paidós.
- Nasio, J.D. (1993). Cinco lecciones sobre la teoría de Jacques Lacan. Barcelona: Gedisa.
- _____ (1993). Enseñanza de 7 conceptos cruciales del psicoanálisis. Barcelona: Gedisa.
- Orwell, G. (1993). 1984. México: Destino libro 54.
- Pasolini, P.P. (1982). “Súplica a mi madre” en *Poesía en forma de rosa*. Madrid: Visor.
- Vasse, D. (1985). El peso de lo real, el sufrimiento. Barcelona: Gedisa.

Resumen

El presente trabajo refiere a la violencia como una presencia inherente a la constitución del sujeto que interviene en su más temprana organización psíquica. El enfoque subraya que la más importante fuente de violencia tiene que ver con la vida misma y proviene de las vivencias familiares tempranas. Registrar al otro y acceder a la realidad conllevan experiencias teñidas de placer y de sufrimiento en niveles de intensidad que marcan un registro invasor. Depender de un otro muestra la prevalencia de un orden ajeno definido desde una posición de poder. El deseo humano es regulado por una ley que señala que las posibilidades del deseo propio termina con los límites que marca el deseo de los otros. La violencia del vínculo refiere al desconocimiento de la singularidad de lo que es cada quién y del ejercicio arbitrario de uno o más individuos.

Summary

This paper refers to violence as inherent to the subject's constitution and that intervenes on its earliest psychic organization. The approach underlines that the most important source of violence is linked to life itself and emanates from the early familiar experiences. To register the other and to have access to reality brings about events of pleasure and suffering with levels of intensity that point at an invading register. To depend and belong to another show the supremacy of a foreign order which is defined from a position of power. The human desire is regulated by a law that defines that the possibilities of one's own desire end with the limits marking the desire of the others. The violence of the link refers to the ignorance of the singularity of each one and the arbitrary exercise of one or more individuals.

Violencia, individuo y cultura. Sus modos y relaciones con las transgresiones y las crisis*

Serapio Marcano

Comenzaremos definiendo a la violencia como un conjunto de tendencias que se hacen presentes en la conducta humana, tanto individual como colectiva, y que se expresan a través de las fantasías o en acciones concretas de apropiación o apoderamiento por parte de un sujeto hacia otro sujeto que es tratado como objeto. Etimológicamente, violencia proviene del latín “violentia”, significando fuerza, poder. A nuestro modo de ver, sería muy limitante constreñir la conceptualización de la violencia al orden semántico y reservarla para aquellas situaciones límite, en las cuales la fuerza y el poder son utilizados para someter la voluntad de un individuo o un grupo de ellos.

Consideramos a la violencia como un fenómeno inmanente a lo humano, lo que nos hace estar de acuerdo con Alexis Márquez Rodríguez (1979) cuando dice que “cierto tipo de violencia resulta consustancial con la vida del hombre en sociedad, en la medida que ésta supone el sometimiento del individuo, por una parte, a una determinada noción de interés colectivo, y por otra a un grado determinado de interés individual, manifestado este último en el necesario respeto al derecho ajeno, por definición de tipo individual”. Esto nos lleva a considerar que el ser humano, al nacer, ya viene señalado para ser transformado en sujeto de la cultura, siendo insertado en las leyes del orden de lo simbólico que gobierna el mundo de los hombres, ya se trate del lenguaje o del simbolismo socio-cultural.

La cultura se apropia del niño, cuya naturaleza es vejada por una fuerza superior que, a la vez, le impone desconocer la violencia con la cual ha sido sujetado en el proceso de convertirlo en sujeto, y de ese modo funda el inconsciente al negarle el acceso al re-conocimiento de su sometimiento. Es la repre-

* (1997) II Encuentro Psicoanalítico Anual: Crisis, violencia y transgresión. Caracas, Celarg.

sión inaugural que coloca al individuo en una situación de incompletud, de carencia, de desconocimiento de sí.

Freud nos dice en “Psicología de las Masas y Análisis del Yo” (1921) que hay un *hecho básico*, y es que, en una masa, el individuo está *sujetado*, a través de su influencia, a experimentar una profunda alteración de su actividad anímica, reduciéndose su capacidad intelectual. Más adelante insiste, al agregar que “cada individuo es miembro de muchas masas, está sujeto por ataduras de *identificación* y ha edificado un *Ideal del Yo* según los más diversos modelos”. Esto es lo que podría llamarse la producción de individuos dentro de sistemas sociales de producción. Es evidente que la inserción del individuo en una masa, lo empobrece y embrutece al enajenarlo de sí. Estos modelos, en tanto que “ideales del Yo”, se constituyen, según el decir de Freud (1921), “en el *Otro* (subrayado mío) que cuenta, con toda regularidad, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo, la psicología individual es al mismo tiempo psicología social.”

En “Las Pulsiones y sus Destinos” (1914) nos da Freud una visión esquemática de este *proceso* apoyándose en el par de opuestos sadismo-masoquismo. Allí expone lo que sería el nivel fundante de los vínculos humanos en los cuales, como primer paso: a) identifica como sadismo a la acción violenta que, como afirmación de poder, se dirige a otra persona como objeto. En un segundo momento, b) el objeto es abandonado y sustituido por la persona propia. En esta resignación está implícita la renuncia, o la sumisión, a la voluntad de otro. Se cambia el fin activo en pasivo. En un tercer paso, c) se busca de nuevo, como objeto, una persona ajena, que, a consecuencia del cambio de fin, toma sobre sí el papel de sujeto. Aunque Freud utiliza las denominaciones de sujeto y objeto, no las está utilizando en el sentido que luego van a adquirir, al conformarse una relación de objeto más discriminada.

En este *proceso*, el infante, apoyándose en sus necesidades, dirige su acción de apropiación hacia un objeto para satisfacerse, pero, simultáneamente quiere borrar las diferencias que lo separan del otro, pues son causa de su malestar. Desea restituir un estado de satisfacción narcisística y lo hace apoderándose del objeto, incorporándolo y haciéndolo cuerpo con él, es decir, *identificándose*. En este mismo movimiento es donde la cultura, reflejada a través del objeto incorporado, realiza su propia violencia de incorporación devoradora de sujetos, introduciéndose dentro de los mismos, a la vez que los incorpora dentro de ella sin que éstos lo perciban, como fue magistralmente plasmado para la inmortalidad en el lienzo “Saturno devorando a sus hijos” de Goya. Es lo que entendemos en el decir de Lacan: “el deseo del

hombre es el deseo del Otro”. Es la modelización, desde el Otro de la cultura, del deseo del sujeto deseante. Ese deseo lo que busca es la satisfacción plena que consistiría en la repetición de la satisfacción primaria, en la reunión indiscriminada con la madre.

A este nivel de estructuración, la “felicidad” corresponde a la satisfacción más bien repentina e irrestricta de necesidades retenidas, con alto grado de estancamiento, y por su propia naturaleza sólo es posible como un fenómeno episódico (Freud, 1929). Pero también, al ser incorporado, se va a establecer la diferencia entre la satisfacción obtenida y la buscada, marcando una carencia que sustentará el eterno deseo que vuelve una y otra vez y que se expresa hacia un otro, cabalgando sobre una demanda de amor. Individuo y cultura buscan disolver las posibles diferencias con el fin de restituir el estadio inicial de no diferenciación. Todo lo que es diferente es odiado. Es una forma de relación primitiva donde lo odiado es considerado extraño y, por ende, rechazado. Es el mundo de las relaciones de objeto parciales que conforman lo que Melanie Klein (1946) caracterizó como la posición esquizoparanoide. En ella se producen intensas ansiedades de aniquilamiento, contra las cuales el Yo primario, poco integrado, desarrolla una serie de mecanismos de defensa, algunos de los cuales hemos ido esbozando, así por ejemplo, la introyección y la proyección. Como resultado de la escisión entre lo “bueno” y lo “malo”, entre lo amado y lo odiado, aparecen los objetos parciales idealizados o persecutorios, separados entre sí, no reconociéndolos como cualidades pertenecientes a un mismo objeto, pues la persecución es tan intensa que se hace insostenible y la fantasía en que se basa es la de total destrucción. Si estas defensas se mantienen, traerán como consecuencia una pobre discriminación de los valores que regulan las relaciones humanas. También tales valores tienden a trastocarse, idealizándose el objeto persecutorio, que al transformarse en un objeto amado, como Ideal del Yo, es sustituto del narcisismo perdido.

Simultáneamente a la constitución del Ideal del Yo, se establecería la formación de un Superyo primario, severo y cruel, apoyándose en la imagen de los objetos persecutorios, generando intensos sentimientos de culpa, también persecutorios. La constitución en el interior del Yo de estos ideales, y del Superyo, es desconocida por el sujeto. Las leyes por las cuales se rigen son muy severas, sea que se trate de leyes particulares de los individuos, como las de los sistemas sociales en los que predominan dichos estados mentales. La violencia con la cual se castigan las *transgresiones* a los mandatos que rigen sus ideales, bien sean privados o colectivos, es brutal. Ello se observa en cierto tipo de suicidios y homicidios, o en los regímenes políticos totalitarios tiránicos, algunos, muy actuales, integrados dentro de algunas ideologías religiosas

universales, como el caso del islamismo ayatólico, o de pequeños grupos religiosos, o sectas, que proponen una violencia implacable hacia aquellos que no se adscriben incondicionalmente a sus normas y que, cuando dicha violencia no puede ser ejercida contra otros, es volcada hacia los miembros de las sectas, terminando en suicidio o en locura individual o colectiva.

En su progresivo proceso de integración, el infante se va a interrelacionar en otros niveles, tanto con sus estructuras intrapsíquicas, como con el entorno social en el cual se desenvuelve su existencia. Los niveles mentales y sociales precedentes van a ser transformados dentro de las nuevas estructuras, pero quedan sus memorias, a las cuales puede regresar bajo diferentes circunstancias externas o internas de frustración que hacen crisis.

Si la existencia se desenvuelve en condiciones favorables, las diferencias son experimentadas como menos violentas, tanto para el medio ambiente cultural como para los individuos que lo conforman. El odio cede lugar y los impulsos de apoderamiento no tienen la fuerza destructiva que caracteriza a los niveles menos estructurados. Por tanto, disminuye la ansiedad y el terror persecutorios, al disminuir también la proyección de los sentimientos e impulsos destructivos, y junto con ello se minimiza el poder atribuido al objeto. Los mecanismos de escisión y de idealización se hacen menos intensos. Esto conduce a que se pueda reconocer e integrar en un todo, como perteneciente a un mismo sujeto y a un mismo objeto, tanto las características bondadosas y gratas, como las indeseables. La “felicidad”, que era planteada como la regla de vida más tentadora, anteponiendo el goce a la precaución, ahora es transformada en un sentimiento de ligero bienestar. El modo de obtener placer se metaboliza desde el principio del placer-displacer, que busca el goce, en un placer dentro del principio de la realidad.

Estas transformaciones implican el pasaje desde un tipo de vínculo con los objetos basado fundamentalmente en el narcisismo, a una relación objetal más discriminada, en la cual se establecen las diferencias entre sujeto y objeto, lo que conduce a una “individuación, personificación y a la identidad” (Bleger, J. y otros 1973.). Se produce, en consecuencia, una reformulación de las identificaciones, que ya no estarán soportadas por las idealizaciones sino por la identificación introyectiva de las características más elevadas de los objetos, ahora vivenciados como una totalidad integrada, al igual que se siente integrado el sujeto. Este proceso modifica las características del Ideal del Yo, que ya no estará basado en las idealizaciones sino en lo real posible, con tolerancia de aquello a lo que no se puede acceder. El Superyo que corresponde a este proceso integrativo, adquiere unas características muy diferentes a las que

imperaban en los niveles y estados mentales menos integrados. El odio y la crueldad dan paso a una actitud reguladora del deseo, imponiendo los límites a la satisfacción cuando la misma no acarree peligros innecesarios al sujeto, ni a los otros, hacia los cuales va dirigida la demanda de satisfacción. Es un Super-yo que cuida más que castiga, y sus normativas están más del lado de lo ético que de lo moral, al compartir, con un colectivo más universal, los principios que gobiernan las satisfacciones, que ya no son ilimitadas. Tampoco se tortura internamente cuando aparecen fantasías de transgresión de las normas establecidas, las que se comparten por convicción y no por sometimiento. Más bien apoya el desarrollo de actividades aloplásticas que busquen modificar el ambiente sociocultural y con ello también las normativas que lo regulan, para procurarse un placer más duradero que suplante al goce como modo de satisfacción inmediata.

A este grado de integración del sujeto corresponde un proceso de sujeción con características diferentes a las que se establecen en los grados precedentes. El individuo es capaz de tomar mayor conciencia de su ser sujetado y de los procesos que desde la sociedad civil y la sociedad política le han sido impuestos, y a la vez puede denunciarlos sin que ello conduzca a acciones violentas, crueles, indiscriminadas desde él hacia la sociedad, y desde ésta hacia él. Es cierto que sigue siendo un sujeto dominado por la clase dominante, que es aquel sector de la sociedad que posee la riqueza social y que lo inserta dentro del orden social, adaptándolo a los intereses del conjunto de personas que constituyen dicha sociedad. Pero también es cierto que en este nivel el individuo se da cuenta de que su poder individual no posee, como ente aislado, la fuerza y el poder necesarios como para que él solo pueda transformar las estructuras sociales que lo sujetan, por lo cual se potencia en sus posibilidades transformadoras, des-sujetadoras, o si se quiere, re-sujetadoras a un nivel diferente, al buscar un camino mejor. En una experiencia institucional recogida en el libro *Terrorismo de Estado y Violencia Psíquica* (Marcano, S. 1987) expusimos algunas observaciones sobre este proceso.

En “El malestar en la cultura” (1929), Freud nos decía que el mejor camino hacia la transformación consiste en que: “como miembro de la comunidad y con ayuda de la técnica guiada por la ciencia, pasar a la ofensiva contra la naturaleza y someterla a la voluntad del hombre. *Entonces se trabaja con todos para la dicha de todos*” (subrayado mío). En otras palabras, es descubrir el espíritu revolucionario. Es la *violencia revolucionaria* útil y necesaria como instrumento para modificar la superestructura política. “Es la violencia que a partir de la filosofía de la Ilustración adquiere estatus jurídico, como expresión del derecho a la resistencia y a la insurrección dirigida a reivindicar un patrimo-

nio de derechos que pertenecen al individuo como entidad independiente, que posee valores ético-jurídicos autónomos e inalienables frente a la usurpación o coerción de los mismos por parte de otra entidad “jurídica” (política) que se autoconforma a tal efecto (los poderes autocráticos en todas sus formas)” (Kohn, C. 1987). Se trata, como dice León Rozitchner (1979), del pasaje de la rebelión individual a la revolución colectiva como la única manera de enfrentar la realidad represora a nivel del sistema objetivo; esa rebelión es la única que enfrenta al Superyo colectivo oficial. Es una rebelión diferente a la *rebeldía* entendida como subterfugio para eludir la realidad, a la que Donald Meltzer (1974) caracterizó como uno de los tres estados mentales de los grupos que conforman la población política. Comprende a aquellos grupos relacionados con aquel grado del Complejo de Edipo en el cual la lucha contra la barrera del incesto está todavía en primer plano.

El otro estado mental, además del ya mencionado revolucionario, es lo que Meltzer denominó *conservadurismo*, que anhela la estabilidad a como dé lugar, lo que lo lleva a sacrificar el crecimiento y desarrollo, del mismo modo que sacrifica la pasión sexual por la comodidad. Es la “normalidad” que acepta como absoluto tanto al Superyo individual como al colectivo, y se pliega a sus normas afuera y adentro.

Freud, en “El malestar en la cultura” (1929), nos había precisado las diferentes técnicas o métodos que se utilizan para alcanzar la felicidad y mantenerla. Algunas de ellas son gobernadas por el principio del placer, y por tanto, son falsas salidas, lo único que procuran es el goce, como dijimos antes. Otras son regidas por el principio de la realidad, en el cual se transformó el principio del placer bajo el influjo del mundo exterior y ante la presión de las posibilidades de sufrimiento. Entre los métodos que eluden la realidad externa podemos encontrar las intoxicaciones, las religiones, las neurosis, las psicosis, y el aislamiento de todo vínculo con la realidad social. Todos ellos son falsas salidas, al fin y al cabo, rebeliones desesperadas que terminan conservando el *establishment* social sin posibilidad de transformación alguna, y en donde la violencia es ejercida contra los propios sujetos, o contra otros, de un modo indiscriminado, con lo cual se pierde la fuerza útil transformadora que conduzca a la revolución permanente de cada día. Esta revolución es la que propone el ser humano cuando no renuncia al placer sino que lo integra dentro de la realidad. Es el estado mental en el que predomina el amor que contiene la violencia, y le busca salidas a la misma por vías sublimatorias que implican el ejercicio de la capacidad creativa transformadora, y el disfrute que incluye el predominio del placer sexual genital que integra lo pregenital.

Veamos, finalmente, cómo se interrelacionan todos estos criterios con el concepto de *crisis*. Empecemos por decir que el concepto de crisis, que proviene originalmente de la medicina para designar un momento culminante y de decisión con respecto a la enfermedad, ha sido utilizado con una amplitud tal que, como dice Heinz Sonntag (1988), su uso “ ha experimentado (...) una rápida devaluación y ha perdido, en el contexto de las ciencias sociales, su significado concreto”. Hoy en día se habla de muchas crisis: crisis política (que incluye la crisis del comunismo y del capitalismo), crisis económica, crisis moral, crisis del psicoanálisis, crisis de identidad, crisis familiar, crisis de la adolescencia, crisis de la edad media, etc.

Para nuestros fines vamos a conceptualizarla como una condición psicológica o social, caracterizada por una inestabilidad inusual causada por un stress excesivo debido a que se siente comprometida la continuidad de las estructuras del individuo y/o de su grupo o clase sociopolítica. Partiendo de esta definición, diremos que las diferentes clases sociopolíticas y sus individuos van a experimentar las crisis de acuerdo a sus diferentes estados mentales y niveles de integración de su realidad psíquica.

El desarrollo de la crisis en Venezuela

La ruptura de la estabilidad económica, más o menos sostenida, que habíamos experimentado en el país hasta finales de los años sesenta y comienzos de los setenta, producto, a su vez, de la crisis que venía padeciendo el sistema capitalista mundial, trajo como consecuencia que nuestros líderes asumieran una actitud de negación de la crisis del sistema económico, promoviendo la fantasía colectiva, a través de una coyuntura ficticia de ingresos extraordinarios, de una riqueza inagotable y de promesas de felicidad. Junto con ello apareció una asombrosa capacidad de derroche y acceso fácil al consumo, lo que produjo un sentimiento de goce y de felicidad que embruteció, aniquilándola, la capacidad de reconocimiento de la violencia que el sistema, a través de sus líderes, estaba ejerciendo sobre los individuos que lo conforman. Los componentes hostiles, en este momento del proceso, fueron mitigados o desviados de sus fines, y cuando no lo estaban y se mostraron abiertamente, fueron reprimidos con violencia hacia quienes no compartían, por identificación, los ideales de grandeza narcisística. Cuando ya no se pudo seguir sosteniendo la negación y comenzaron a incrementarse las frustraciones, se cayeron los ideales y las identificaciones que las sustentaban. En tales circunstancias se abren los caminos para que se instalen las técnicas para satisfacer individualmente las pulsiones, o también, como dice Freud (1929), *para matarlas*, cuando, en

situaciones extremas, el mundo exterior nos deja en la indigencia al rehusarnos la saciedad de nuestras necesidades. Las expresiones concretas de tales técnicas son, entre otras, la corrupción y el incremento de la delincuencia organizada y no organizada. Ello contiene una tendencia al trastocamiento de la legitimidad de las normas institucionales, lo que corresponde al concepto de anomia (Merton, R. 1987), tomado de la teoría funcionalista. Estas técnicas marchan de la mano con el comercio y consumo de drogas, destructivas de la capacidad de tomar conciencia de los procesos de sujeción, pero también destructivas de los cuerpos.

Lo que va a diferenciar a una clase sociopolítica de otra, y a los individuos, en este movimiento regresivo, es el uso en mayor o menor grado de estas diferentes técnicas para buscar la felicidad en el goce y para descargar la violencia en forma indiscriminada, transgrediendo las leyes que rigen el intercambio entre los individuos.

En determinados momentos han habido manifestaciones sociales de rebeldía en forma de violencia no organizada, como expresiones de descarga de las tensiones originadas en la violencia que las clases socio-económicas y políticas dominantes ejercen contra los dominados. La revuelta social ocurrida en la capital del país y en otras ciudades importantes, y que fue bautizada como el “sacudón del 27 de febrero” de 1989, es uno de los ejemplos más significativos de estas manifestaciones a las cuales se respondió con una violencia sujecionadora aún mayor.

Existe un malestar social generalizado originado tanto por la frustración de satisfacción de las necesidades básicas, como de las demandas que buscan objetos que suministren amor. Como respuesta a este malestar también aparecen, desde diferentes clases socioeconómicas y políticas, proposiciones para una transformación de la violencia indiscriminada, tiránica, en una fuerza real, colectiva, que pueda enfrentar la realidad represora del Superyo colectivo oficial.

En estas circunstancias, y en cualquier otra, nos corresponde a los psicoanalistas procurar en los individuos que se analizan, el develamiento de los procesos de violencia sujecionadora e inconcientizadora que el Superyo cultural ha institucionalizado dentro de los Superyos individuales, prohibiendo, represión mediante, el acceso al placer dentro del principio de realidad. Sólo así podrá abrirse el psicoanálisis desde la cura individual personalista, a la cura colectiva. Entonces, los individuos encontrarán en sus actos creativos la fuerza y el poder necesarios que les permitan trabajar con todos para la dicha de todos.

Síntesis y conclusiones

En esta presentación he querido teorizar y reflexionar acerca de mi praxis como individuo producido y productor en una cultura y sus instituciones. A la vez, he nutrido mis observaciones con las reflexiones que otros autores han formulado desde sus propias praxis. La violencia, como fenómeno inmanente a lo humano, asume diversidades cualitativas y cuantitativas en la interproducción de los individuos y sus culturas. La constitución de sujetos-sujetados es planteada como un proceso y un *continuum* que nunca es unívoco y que se moviliza entre los polos de una mayor a una menor integración, con toda la mezcla posible de estados intermedios. El resultado de este proceso es la configuración de estructuras particulares de acuerdo a las idiosincrasias propias de cada región cultural y de cada caso individual. Así como dentro de los grupos sociales existen instituciones que se constituyen en los diversos poderes intermediadores de las diferentes formas de violencia, también en la mente de cada individuo, inserto en las mismas, se reproducen dichas instituciones. Su resultado es la modelización de tres formas diferenciadas de clases socio-políticas a las que corresponden equivalentes estados mentales. Nunca existen en forma pura sino en diferentes mezclas de predominancia, alternancia y simultaneidad.

El psicoanálisis, práctica dirigida fundamentalmente a los individuos, podrá hacer sus aportes a la cura colectiva en tanto contribuya a rescatar desde el inconsciente individual un saber acerca de los procesos de sujetación que, por represión, sus instituciones internas mantienen, y de la manera cómo interactúan con las correspondientes de la cultura. Así, procurando las transformaciones posibles que conduzcan a un placer sin goce mortífero, dentro de la realidad, se constituirá en una praxis.

Referencias

- Bleger, J. (1973) "La Identidad del adolescente. Fundamentos y tipicidad" en La Identidad en el adolescente", J. Bleger y otros. Buenos Aires: Assapia. Col. Paidós
- Freud, S. (1914) Pulsiones y destinos de la pulsión. O.C. A.E. Vol. 14
- _____ (1921) Psicología de las masas y análisis del Yo. O.C. A.E
- _____ (1929) El Malestar en la Cultura. Vol 21. Op. Cit
- Klein, M. (1935) "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresi-

- vos” en *Contribuciones al Psicoanálisis*. Buenos Aires: Ed. Hormé, 1964
- Klein, M. (1946) “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides” en *Desarrollos en Psicoanálisis*. Buenos Aires: Ed. Hormé, 1962.
- Kohn, C. (1987) “La violencia política en el pensamiento filosófico” en *Terrorismo de Estado y violencia psíquica*. H. Calello; H. DaRuos; C. Kohn; S. Marcano y S. Neuhaus. Caracas: Tropykos
- Marcano, S. (1987) “Autocracia y violencia política en la institución psiquiátrica”, en *Terrorismo de Estado y violencia psíquica*. Op. Cit.
- Márquez R. A. (1979) “Agresión y violencia en la prensa de Caracas” en *Sadismo en la enseñanza*. J. Aray y otros. Caracas: Monte Avila Editores
- Melter, D. (1968) “Tiranía” en *Estados sexuales de la mente*. Buenos Aires: Kargie-man, 1974
- Merton, R.K. (1987) *Teoría y estructuras sociales*. México: F.C.E.
- Rozitchner, L (1979) *Freud y los límites del individualismo burgués*. Siglo XXI Editores.
- Sonntag, H. (1988) *Duda, Certeza, Crisis*. Caracas: Edit. Nueva Sociedad

© Serapio Marcano
Calle San Rafael, Quinta Shuruata
Urb. Santa Fe Norte
Caracas 1080, Venezuela

Resumen

El proceso de constitución y producción de sujetos-sujetados nunca es unívoco y resulta en la configuración de estructuras mentales particulares de acuerdo a las idiosincrasias propias de cada región cultural y de cada individuo. La violencia, fenómeno immanente a lo humano, asume diversidades cualitativas y cuantitativas en la interproducción de los individuos y sus culturas. Las instituciones, intermediadoras de las diferentes formas de violencia, se reproducen en las mentes de los individuos constituyendo estados mentales equivalentes a las diferentes clases sociopolíticas.

Summary

The process of constitution and production of subjected-subjects is never univocal and results in the configuration of particular mental structures, accordingly with every cultural region's own idiosyncrasies an of each individual. Violence, an immanent phenomenon to the human being, assumes qualitative and quantitative diversities in the production of individuals and their cultures. Institutions, as intermediaries of the different kinds of violence, are reproduced in the individuals's minds thus constituting equivalent mental states with different sociopolitical classes.

Aproximaciones psicoanalíticas al tema de la violencia: planteamientos freudianos en *El malestar en la cultura**

Marysol Sandoval de Sonntag

Crisis, violencia y transgresión es el tema de las Jornadas que hoy nos reúnen. En este espacio analizaremos estos fenómenos desde la mirada del psicoanálisis y aprovecharemos la oportunidad de establecer un contacto más amplio con un público que tiene diferentes intereses y proviene de distintas disciplinas. Mis expectativas apuntan por ese camino, el del encuentro y el intercambio, y así acercarnos a problemas muy complejos.

El tema de la violencia moviliza muchas interrogantes: ¿Es la violencia un problema social, individual, de pequeños grupos? ¿Es actual o de todos los tiempos? ¿Emerge fundamentalmente en las crisis? ¿Pertenece a la paz o a la guerra? ¿Es una expresión de la acción humana, una forma de relación, un acto de sobrevivencia? ¿De cuál violencia hablamos?

Comencemos por hacer las cosas un poco más complejas, indicando distintos hechos considerados actos o expresiones de violencia. Me apropié de una clasificación utilizada por Jean Claude Chesnais¹ en su texto “Historia de la violencia” (1981). Plantea dos grandes divisiones: por un lado, la violencia privada y, por el otro, la violencia colectiva (individual-colectiva o privada-pública).

1) *Violencia privada*

1.1 Criminal

1.1.1 Mortal: homicidios (parricidios, filicidios), ejecuciones capitales, envenenamiento, etc.

* (1997) II Encuentro Psicoanalítico Anual. Crisis, violencia y transgresión. Caracas, Celarg.

1. Aquí citado según Gerardo Guthmann, Los saberes de la violencia y la violencia de los saberes. Los discursos científicos de la violencia y el control social, Montevideo, 1991 (Ed. Nordan Comunidad).

- 1.1.2 Corporal: golpes y heridas intencionales
- 1.1.3 Sexual: violaciones
- 1.2 No criminal
 - 1.2.1 Suicidios y sus tentativas
 - 1.2.2 Accidentes

2) *Violencia colectiva*

- 2.1 De los ciudadanos contra el poder: terrorismo, huelgas, revoluciones.
- 2.2 Del poder contra los ciudadanos: terrorismo de Estado (torturas, desaparecidos), violencia industrial
- 2.3 Las guerras

Guthman, quien reseña a este autor, se pregunta si esta clasificación responde a su punto de vista o al de los organismos de seguridad, sobre todo por lo referido a la violencia colectiva. Parecerían problemáticas de los años setenta. Sin embargo, Chesnais incluye otro parámetro que amplía y actualiza el cuadro al distinguir la “violencia oficial”, que tiene que ver con el incumplimiento de las leyes y ordenamientos sociales, de la “violencia oculta” (para la legalidad) donde se incluirían las enfermedades de la pobreza y de la contaminación, la discriminación de género, la discriminación racial, los crímenes ecológicos, etc. (hoy en día hay legislación en algunas de estas áreas).

Ante este panorama no puede existir un concepto único que englobe situaciones y hechos tan variados. Es por ello que el término de violencia se ha convertido en inaprensible, impreciso y vago, lo que hace que la reflexión e investigación sobre hechos de “violencia” se muevan entre el lugar común y la sofisticación excesiva (que ya no explica nada). En cuanto a las explicaciones encontramos una gran variedad, pero podrían englobarse en dos posiciones fundamentales, al menos en el campo del psicoanálisis, aun cuando entiendo que están presentes en otras disciplinas.

La primera posición concibe la violencia como algo innato al ser humano. Constitucional. Estructural. Pulsional. Freud y Melanie Klein han sustentado este aspecto destructivo y agresivo de la pulsión presente en los seres humanos. La otra posición considera la violencia como algo reactivo. Protectora del sí mismo y de la identidad. Una reacción ante los conflictos de adaptación, de frustración, de amenaza narcisística (Winnicott, Guntrip y otros). Ambas posturas dejan fuera diversas situaciones y plantean algunas interrogantes como las siguientes: ¿podría haber una agresión de vida? El innatismo de lo pulsional, ¿es objeto de estudio de la biología o del psicoanálisis?, ¿cómo explicar el enañamiento en algunos crímenes? Basándonos en la observación de bebés,

¿cómo explicar la diversidad de reacciones ante frustraciones que aparentan ser similares?

Mi interés hoy es aproximarme a determinados planteamientos freudianos presentes en “El malestar en la cultura” (1930), por lo siguiente:

1) Es en esta obra donde explícita Freud la presencia de una pulsión de destrucción autónoma e independiente en el ser humano y que deriva de la pulsión de muerte.

2) Se ha señalado esta obra como una de las expresiones del pesimismo freudiano, argumentándose que esta posición respondió más a sus problemas personales (duelos, cáncer) y los de su entorno (preámbulo de la guerra, persecución a los judíos) que a su visión acerca del hombre y su civilización.

3) Este texto nos ubica en el problema que tratamos de dilucidar: la agresión, la destructividad, la violencia. No sólo al considerar la destructividad primaria en el hombre sino también su lugar en la cultura y su motivación de vivir.

Tres años antes de “El malestar en la cultura” había aparecido “El porvenir de una ilusión” que podría antagonizarse como una obra “optimista”. Ubica en la razón, en la capacidad de observar y pensar, en la ciencia, las bases para la convivencia y la regulación de los vínculos de los hombres entre sí y de éstos con la naturaleza. Hay en este texto una crítica feroz y muy bien pulsada hacia las creencias religiosas, consideradas como un aspecto primitivo e inmaduro del ser humano, las cuales promueven una ilusión (cumplimiento de deseos). El hombre, desde su incapacidad y desvalimiento, aspira a la existencia de un “otro poderoso” (como el de la infancia), el de la divinidad que resuelva todo, “un dios creador del universo y una providencia bondadosa, un orden moral en el mundo y una vida en el más allá” (p. 33). Freud se interroga, sin embargo, si toda esta apuesta por el uso de la razón y la esperanza en la ciencia no es también una ilusión. Esto llevaría a la pregunta de si hubiera alguna vía de reconciliación entre el hombre y su civilización. “El malestar en la cultura” está escrito en ocho capítulos en los cuales se hace algo más que plantear la destructividad innata del hombre. ¿Cuál es el sentido de la vida? Afirmo que para el hombre la vida es conseguir la felicidad y mantenerla. Esta motivación está comandada por el principio del placer (buscar el placer y evitar el displacer), con todas las vicisitudes que esta búsqueda implica. Hay más impedimentos para el encuentro con el placer, el sufrimiento es más usual. Este nos viene de la naturaleza, desde el cuerpo, desde el vínculo con los otros. Pero lo que menos manejamos, donde tenemos más fracasos, es en lo social, el haber construido una cultura que ni nos satisface ni nos protege. El hombre puede expresar: la cultura nos hace infelices.

Este es un discurso, una aproximación explicativa bastante común también en la época actual. Pero deja muchos cabos sueltos, por lo que continúa Freud por otros caminos: el examen de la cultura. La define como un conjunto de operaciones y normas que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres. Describe aquellos aspectos que conforman lo cultural, lo construido, lo que han significado los avances del hombre sobre la naturaleza. Llama a este “dios-prótesis”, como si alargara su vista hacia el universo, su motilidad a través de los continentes, su palabra hasta la informática. Un aparte especial de la cultura lo tienen sus modos de regulación, es decir, el camino que lleva (o debería llevar o llevará) el poder de lo individual (fuerza bruta) al poder de la comunidad (el derecho). Un orden jurídico a ser aplicado con justicia.

Ante este desarrollo cultural, ante esta organización societal, el compromiso será sacrificar lo individual, lo pulsional-individual². La libertad individual, el individualismo, no es patrimonio de la cultura. Aquí empiezan a complicarse las cosas y el problema que queda planteado es el logro del equilibrio entre las demandas individuales y las exigencias culturales. ¿Cuáles son las salidas? Una primera salida está en la renuncia del sujeto a lo pulsional. ¿Es posible esta renuncia? La pregunta queda abierta. Freud recurre a la mitología para aproximarse a ella y encontrar aquel primer momento donde la civilización se impone a los impulsos individuales. “Tras vencer al padre, los hijos hicieron la experiencia de que una unión puede ser más fuerte que el individuo.” (p. 98) En los orígenes de la civilización está el parricidio (ampliamente trabajado en “Totem y tabú” [1913]). En “El malestar en la cultura” agrega dos aspectos más a la base de la construcción de la sociedad: la compulsión al trabajo necesaria para el dominio de la naturaleza, y el amor, tanto el sensual, genital, entre los padres como el fraternal-filial, de meta inhibida entre hermanos, y entre padres e hijos.

Hasta aquí, y en la búsqueda de ese equilibrio sujeto-cultura, tenemos a un ser humano que precisa renunciar y una conformación de lo social distinta a aquella de los orígenes. Esta sociedad basada en el trabajo, en el amor, y fundada en la ley, va a complejizarse y aparecerán en ella los elementos disruptivos y conflictivos: la violencia. Basándose en el análisis de un precepto religioso que reza “amarás al prójimo como a ti mismo”, Freud plantea que esta exigencia de la sociedad para promover lazos de afecto, de auto-control, de buena voluntad, es una expresión de amor reactivo frente a lo que considera una hostilidad primaria y recíproca entre los seres humanos. “El interés de la co-

2. Pulsión: “proceso dinámico consistente en un impulso (carga energética, factor de motilidad) que hace tender al organismo hacia un fin...”. J. Laplanche/J. B. Pontalis, Diccionario de psicoanálisis. Barcelona: Ed. Labor, 1977

munidad de trabajo no la mantendría cohesionada, en efecto, las pasiones que vienen de lo pulsional son más fuertes que unos intereses racionales. La cultura tiene que movilizarlo todo para poner límites a las pulsiones agresivas de los seres humanos, para sofrenar mediante formaciones psíquicas reactivas sus exteriorizaciones.” (p. 109).

La sociedad debe protegerse, ya no sólo normar el amor sexual sino también la pulsión agresiva. Eros busca la unión de los individuos aislados y Tanatos se opone a ello. Hay entonces un sujeto de la renuncia y una cultura de la restricción. Todo esto pleno de prohibiciones y exigencias que generan infelicidad. Esto se complejiza cuando inicia la interpretación propiamente psicoanalítica de cómo la cultura maneja la pulsión agresiva. Ahora este sujeto de la renuncia será convertido por el psicoanálisis en sujeto de la culpa. Y así “la cultura yugula el peligroso gesto agresivo del individuo debilitándolo, desarmándolo y vigilándolo mediante una instancia situada en su interior, como si fuera una guarnición militar en la ciudad conquistada.” (p. 120). La conciencia de culpa será el precio que el hombre paga por el progreso cultural.

Entonces, la conciliación del hombre con la cultura queda registrada en esta lucha entre una ley que ordena y un deseo que puja. Un sujeto que funciona entre el principio del placer y el principio de realidad. El primero exige la satisfacción inmediata de las necesidades pulsionales (libidinales y agresivas), el segundo, el aplazamiento de la satisfacción individual.

Adicionalmente quisiera puntualizar y enfatizar un aspecto de este texto que podría quedar de lado frente a los análisis de la relación hombre-cultura, de las renunciaciones, las prohibiciones, las cargas destructivas, y que considero pertinente para la reflexión que hoy nos reúne. Se trata de un aspecto que viene desmantelándose desde la crítica de Freud a la religión. Cuestiona la meta, la motivación para la vida que el ser humano aspira, la búsqueda de felicidad, de una felicidad montada sobre el dominio, el saber, el poder y la idea de una convivencia armónica entre los seres humanos. Esto sería pesimista sólo desde el lugar de la ilusión. En tiempos de crisis, por definición, tiempos de profundos cambios, este cuestionamiento pone en entredicho las bases mismas de la relación de los seres humanos. Con ello la renuncia es aún más importante. Renunciar a esta ilusión de felicidad nos proporciona una vía real y secular a la verdad (seguramente menos feliz). Y en esto tiene un lugar muy importante el psicoanálisis que busca esta verdad, la de conocer, sin disimulo, nuestras necesidades pulsionales, nuestra crueldad, nuestras vías de satisfacción, conocidas y por conocer.

Una postdata: después de leer mi texto unas cuantas veces me preguntaba

si, en ese acompañarme ustedes por el malestar en la cultura, habían quedado claros dos puntos. Primero, la importancia de aceptarnos como seres de agresión –en sus distintas acepciones– y el peligro de negarlo. Segundo, la necesidad de reflexionar y cuestionar tanto la idea de ser feliz como el mandato de ser bondadosos.

Referencias

- Braunstein, Nestor A. (1985) “Nada que sea más siniestro (unheimlich) que el hombre” en él mismo (editor). A medio siglo de El Malestar en la Cultura de Sigmund Freud, México: Siglo XXI.
- Calello, Hugo; Da Ruos, Hector; Kohn, Carlos; Marcano, Serapio, y Neuhaus, Susana (1987) Terrorismo de Estado y violencia psíquica. Caracas: Fondo Editorial Tropykos.
- Deigh, Jhon (1996) “La última teoría de la civilización de Freud : cambios e implicaciones”, en NEU, Jerome (Comp.) Guía de Freud, USA, Cambridge University Press.
- Freud, S. (1927). El porvenir de una ilusión. Buenos Aires: Amorrortu, 1976
- _____ (1930 (1929)) El malestar en la cultura. Buenos Aires: Amorrortu, 1976
- Lemlij, Moises (Editor) (1994). Reflexiones sobre la violencia. Perú: Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.
- Likierman, Meira (1987). La función del inconsciente en el conflicto humano. Libro Anual de Psicoanálisis 1987, Londres - Lima, The British Psycho-Analytical Society, Ediciones Psicoanalíticas Imago S.R.L.
- Mitscherlich, Alexander (1971). La idea de la paz y la agresividad humana. Madrid: Taurus.
- Paul, Robert A. (1996) “La antropología de Freud: una lectura de los libros culturales” en NEU, Jerome (comp.) Guía de Freud, USA, Cambridge University Press.
- Segal, Hanna (1986). Acerca de la utilidad clínica del concepto pulsión de muerte. Libro Anual de Psicoanálisis 1987, Londres - Lima, The British Psycho-Analytical Society, Ediciones Psicoanalíticas Imago S.R.L.

Resumen

Al señalar la amplitud del tema de la violencia y el hecho de que moviliza muchas interrogantes, la autora opta por aproximarse a él revisando algunos planteamientos freudianos presentes en “El malestar en la Cultura”, en los cuales no sólo se considera la destructividad primaria en el hombre sino también –y fundamentalmente– su lugar en la cultura y su motivación de vivir.

Summary

Pointing out the extent of the theme of violence and the fact that it raises many questions, the author approaches it by a review of some of Freud's arguments in “Civilization and Its Discontents”. They consider not only the primary destructivity of mankind, but also –and fundamentally– its place in culture and its motivation for living.

TEMAS DE INFANCIA Y ADOLESCENCIA

En esta sección incorporamos textos presentados en las actividades coordinadas por la Dra. Esther Aznar, Directora del Departamento de Niños y Adolescentes.

Un caso clínico*

María Teresa Arostegui de Blanco

Intentaremos revisar el lugar de los afectos en el psicoanálisis de niños, mirar no sólo desde el vértice del paciente, la transferencia, entendiéndola como la movilización de los afectos inconscientes relacionados con los objetos primarios internos –papá y mamá–, sino también la acción de los afectos sobre el terapeuta, y lo que esto puede movilizar en el analista como contratransferencia. En la práctica psicoanalítica de niños, por su propia peculiaridad, que se basa en la técnica de juego, y en la que el sujeto es el niño, se produce una gran permeabilidad entre el consciente y el inconsciente, así como la capacidad de captar en el otro lo que siente: el analista del niño y el niño del analista.

El psicoanálisis de niños debe ubicarse en un punto intermedio entre la flexibilidad y el manejo de los límites. No es posible trabajar con ellos rígidamente. El niño se expresa jugando y en ese jugar interviene el analista para darle sentido a su mundo inconsciente. La primera relación del niño es dual, con la figura de la madre, y esta relación es llevada a las sesiones de terapia, a veces en situaciones muy regresivas. El analista debe entonces cumplir la función de contener y sostener las angustias del paciente.

Veamos una ilustración de un caso clínico:

Patricia es una niña de cinco años que asiste a la consulta por presentar intensas angustias de separación de la figura materna, dificultad en la aceptación de los límites, en el manejo de su mundo afectivo, temores y celos en relación a sus hermanita de dos años. Toda esta problemática estaba relacionada con la separación de sus padres y posterior divorcio, que se produjo de manera conflictiva. Inicia el tratamiento, después de las sesiones de evaluación, tres veces por semana.

* (1998) III Encuentro Psicoanalítico Anual: Los afectos al diván. Caracas, Hotel Paseo.

Sus padres: La mamá es una persona que presenta serias dificultades en el manejo de sus impulsos, con dos crisis desorganizativas severas, que fueron presenciadas por Patricia. Pasa de ser cariñosa y de intentar llenar las carencias afectivas de ella con regalos, a situaciones de franca agresión. Es percibida por la niña como una figura amada y odiada, persecutoria y severa. El papá de Patricia es cariñoso, muy pasivo, con problemas en la postura de límites, y algunos problemas de adicción. El intentaba manejar la situación con promesas y con la proposición de que cuando cumpliera la mayoría de edad legal, se podría ir con él.

En las sesiones iniciales, Patricia actuaba las angustias de separación y la necesidad de controlar el objeto perseguidor con gritos, peticiones de que la mamá esté presente, angustias de que la dejaran y no la vinieran a buscar. Al principio sus dibujos eran poco estructurados, y la figura femenina es una figura gorda “que se come todo” (Fig. 1). “La gorda que se traga a las niñas”, que representa a la madre devoradora, a la que teme, por ser en lo real agresiva, y reconfirmarle las consecuencias de la retaliación. Juega con pinta dedos y grandes hojas de papel, que llena con las pinturas, no siendo éstas suficientes para contener el mundo angustioso de Patricia.

Las sesiones se van desarrollando entre las pinturas y la necesidad de escuchar mi voz, contándole cuentos. Mi voz y presencia representaban la voz de la madre que ella necesitaba, ser para ella la que la acompaña de modo que pueda desarrollar la capacidad de jugar sola. Dice Winnicott al respecto:

Esta capacidad, si bien es fruto de diversas experiencias, sólo una de ellas es fundamental, que de no darse en grado suficiente impide el desarrollo de dicha capacidad: se trata de la experiencia vivida en la infancia y en la niñez de estar solo en presencia de la madre: así la capacidad para estar solo se basa en una paradoja (estar solo cuando otra persona se halla presente, la madre).

Según Melanie Klein, la capacidad para estar solo depende de la existencia de un objeto bueno en la realidad psíquica del individuo, la relación de la persona con los otros y sus objetos interiorizados, junto con su confianza hacia las relaciones interiorizadas. Esto proporciona suficiencia para la vida, así el individuo será capaz de sentirse satisfecho, incluso en la ausencia temporal de objetos y estímulos externos. En términos negativos, el individuo debe estar relativamente libre de delirio o angustia persecutoria. La ausencia del objeto que queda, llena de persecución y se produce una devastación del mundo interno.

Al comienzo, Patricia no me permitía la intervención en sus juegos, necesitaba reconstruir su mundo interno, presentaba temores y fobias en la noche, se pasaba a la cama de la madre; esta situación se está trabajando, aunque el proceso es lento. De manera progresiva en las sesiones, Patricia, me fue introduciendo en sus juegos, y la figura femenina, representante de la madre, se empezó a definir. La analista, al ser depositaria de sus agresiones y temores, le permite ir reconstruyendo unos objetos internos diferentes, menos persecutorios.

Para Patricia, las noches la colocan en una situación de escena primaria sádica, la cual intenta anular colocándose en el lugar del padre, ocupando el vacío en la cama y asumiendo posiciones de control. En las sesiones manifestaba su rabia, colocaba a la madre y a la analista como el objeto perseguidor, demostrándolo a través de notas donde expresa su rabia con palabras como “estúpida, loca”; el padre pasaba a ser el objeto idealizado ausente, aunque en algunas sesiones se ha logrado trabajar la rabia hacia él. Un período muy particular se presentó aproximadamente como a los dos años y medio del tratamiento. Patricia comenzó a presentar una intensa fobia en las noches y temor al “chupacabras” (Fig. 2). Había visto programas de él en televisión, y se comentó en el colegio. Tenía sueños relacionados con momias que la perseguían. Inicialmente surgió la idea de que estas manifestaciones representaban a la figura del padre que atacaba a la madre en la cama, en la escena primaria, pero en las sesiones siguientes se fue develando que la figura del “chupacabras” representaba a la pareja combinada, y posteriormente, a la madre asesina que viene de noche porque desea al padre, quiere estar con él, y por sus propios ataques agresivos.

En ese período, la paciente me llamaba de noche, no podía dormir, llena de angustias y terrores. Muchas noches tuve que contarle cuentos y conversar con ella por teléfono, hacerle interpretaciones y calmarla. Para Patricia, esas comunicaciones, ese vínculo conmigo, le permitió rescatarse de la sensación de destrucción. En relación a lo que yo como analista sentí ante este caso, me producía una vivencia de ser una niña desvalida y rabiosa, con poca capacidad para manejarse ante sus objetos reales e internos. Tuve así que ocupar el lugar de una madre contenedora para que ella pudiera desarrollar su capacidad de estar a solas consigo misma, lo que depende de la existencia de un objeto bueno interno, y que haya gozado de una madre lo suficientemente buena.

En otras oportunidades, Patricia no podía hablar de las situaciones de intensa angustia, y entonces lo escribía en cartas o en el pizarrón. Mencionaré a continuación un sueño: Patricia se encuentra en un sitio, se sienta, la mamá le

dice, “ven acá, un señor maluco, está jugando con Martha”, el señor la amarra y la quiere matar, pero no con un cuchillo, sino con dinamita. Entonces se despierta. Le interpreto su miedo en la noche, a quedarse sola, que piensa sobre el papá con su pene-dinamita que viene a atacarla. Ella es Martha amarrada, con sus angustias. Dice que después pasa algo, es como si el señor se hace amigo de ella, hay una televisión, dan a Ren y Stimpy, yo le pregunto si estaba en peligro. Luego dice, “bueno, no, mamá dice que los sueños los tiene uno en el cerebro”.

En otro momento relata que la noche anterior tenía miedo, la madre la acompañó un rato, luego se fue a su cama, y estaban dando la propaganda de la película “La Danza de la Muerte”. Le interpreto que esas son películas para asustar y que se vinculan con sus miedos. Me responde que pasan lo mas feo en las propagandas para que la gente se emocione y lo mire.

Patricia permaneció en tratamiento durante cuatro años, logrando mejorar sus relaciones interpersonales y expresar mejor sus afectos tanto amorosos como hostiles. Hacia el final del tratamiento, estaba muy agobiada con tantas actividades en la tarde: música, tenis, equitación, flamenco, además de las sesiones, lo que hizo que comenzara a no reconocerse como objeto interno acompañante sino como un objeto persecutorio aliado a la madre y que le impedía irse con su padre. Apareció entonces una situación de desesperanza ante el cambio de la noche, me decía que no le importaba lo que yo hiciera y hablara con su madre, que ella no me hacía caso. Esta situación fue elaborada para poder realizar el proceso de separación y que Patricia siguiera su camino.

Referencias

- Aberastury A (1987) Teoría y técnica del psicoanálisis en niños. Buenos Aires: Paidós
- Dolto, F. (1988) Psicoanálisis y pediatría. Editorial Siglo XXI
- Freud, S. (1905) Tres ensayos para una teoría sexual. Obras Completas, tomo 2, Editorial Madrid: Biblioteca Nueva, 4a ed., 1981
- _____ (1908) Teorías sexuales infantiles. Op. Cit.
- _____ (1909) La novela familiar del neurótico. Op. Cit.
- _____ (1909) Análisis de la fobia de un niño de cinco años. Op. Cit.

- _____ (1914) Introducción al narcisismo. Op. Cit.
- Klein, M. (1926) Principios psicológicos del análisis infantil. Obras Completas, tomo uno. Buenos Aires: Paidós, 1997.
- _____ (1931) Situaciones tempranas de ansiedad y su efecto en el desarrollo del niño. Op. Cit
- _____ (1945) El complejo de edipo a la luz de las ansiedades tempranas. Op. Cit.
- Winnicott, D.W. (1965) El proceso de maduración en el niño. Editorial Laia, 1975
- _____ (1971) Realidad y juego. Barcelona: Editorial Gedisa, 1982
- _____ (1980) Clínica psicoanalítica infantil. Buenos Aires: Editorial Horme
- _____ (1991) Exploraciones psicoanalíticas. Buenos Aires: Paidós

© María Teresa Arostegui de Blanco
Edificio Ileana PH-1. Ave. José María Vargas
Urb. Santa Fe Norte
Caracas 1080, Venezuela
E-Mail: eblanco@reacciun.ve

Resumen

La autora presenta algunas viñetas del análisis de una niña de cinco años en las cuales se ilustra la presencia de intensos afectos de rabia y temor, así como las respuestas contratransferenciales y el uso de las mismas en el proceso analítico.

Summary

The author presents several vignettes of the analysis of a five-years-old girl, whose aggressive feelings and phobias are illustrated, as well as the countertransference respond and the use of the analyst's feelings in the therapeutic process.



Figura 1: Mamá Gorda.

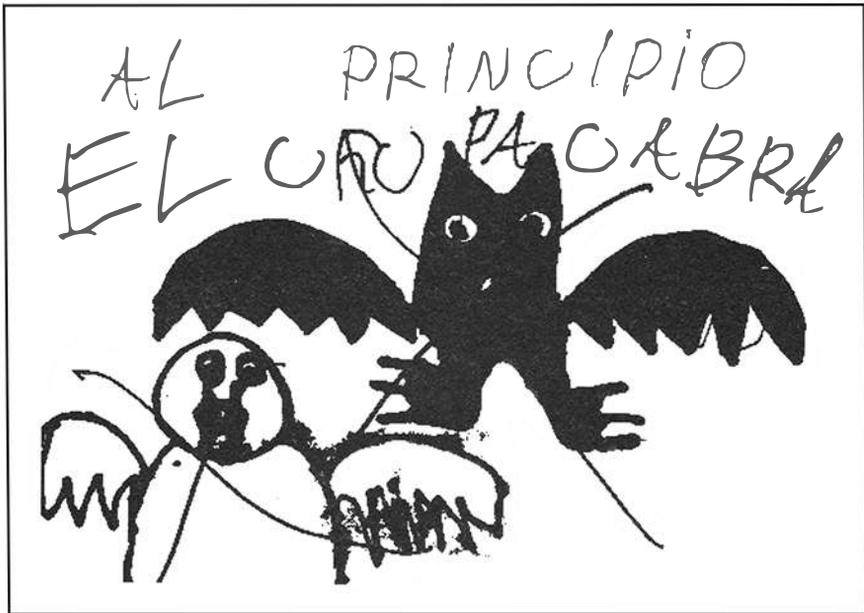


Figura 2: "Chupacabras".

**DOCENCIA Y FORMACION
PSICOANALITICA**

Aportes a la metodología de la docencia psicoanalítica: una investigación

José Meliá Alamar

Introducción

La docencia psicoanalítica es una tarea impuesta para la realización de un modelo de psicoanalista, presente en la conciencia colectiva, y deseado en la medida en que representa los ideales del conjunto comunitario.

La labor formativa contiene siempre un cúmulo de esperanzas y, también, una porción de incógnitas y riesgos. En la actualidad la docencia entra, cada vez más, por la senda de las ciencias sujetas a la precisión de conceptos, a la experiencia, a la planificación, y a las previsiones. Ya no podemos considerar el proceso educativo como fruto de la intuición, de la improvisación, o de la inspiración artística -aunque también sea un arte-. Esta tarea de conceptualización científica, de precisión y de sistematización, está invadiendo todas las manifestaciones del proceso de la formación humana, tanto en el dominio de los medios como en el de los fines, ya sean generales o específicos. Esto no significa desconocer los aportes positivos logrados anteriormente, sino por el contrario, es su continuación en profundidad. No existe un camino fácilmente transitable hacia el resultado final. La finalidad es lo que convierte a la función docente en un desafío a la capacidad creadora y a la auténtica vocación profesional del docente. De aquí que las tareas docentes no pueden ser asumidas sino por hombres que, además del conocimiento, deben aportar su voluntad e idoneidad para cumplir su cometido.

En el presente trabajo nos proponemos exponer y validar una metodología de la docencia que permita superar las múltiples dificultades que surgen en la realización de la tarea.

En una reunión científica de la Asociación Venezolana de Psicoanálisis,

presenté, con F. Gómez, un trabajo titulado “Metodología en la Enseñanza Psicoanalítica. Consideraciones sobre una experiencia” (1980). Lo que allí afirmábamos sigue teniendo igual vigencia hoy en día, como lo demuestran las evaluaciones que en contextos diferentes hacen los alumnos de 1980 y los de los años 1997-98.

La primera muestra a que nos referimos evalúa la aplicación de la metodología docente propuesta, cuyos resultados fueron testeados con dos bloques de seminarios de 1º año, en una sociedad que en ese momento tenía graves conflictos que afectaban tanto al cuerpo docente como a los alumnos, circunstancias que interferían el proceso de docencia-aprendizaje. La aplicación de la metodología que propusimos ayudó a superar los obstáculos que se presentaban en ese proceso. La segunda muestra fue tomada con el fin de elaborar un trabajo presentado en las Jornadas del Instituto de Psicoanálisis de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, titulado “Consideraciones acerca de las evaluaciones realizadas por el alumnado del Instituto de Psicoanálisis” (1998), en el cual se revisaron los registros donde los alumnos expresaban su punto de vista acerca de la docencia que reciben de cada uno de sus profesores, los cuales no utilizan una metodología estandarizada. Incluimos en la revisión dos semestres de 1997 y uno de 1998. Se trata de la opinión de un grupo de profesionales exigentes, que pertenecen a una sociedad en crecimiento, donde no existen conflictos importantes entre los educadores. El lapso estudiado corresponde a un período en que el grupo había logrado una buena colaboración entre pares, después de superar problemas de competencia y rivalidad. Los profesores que recibieron una puntuación más alta emplearon para el desarrollo de sus seminarios la metodología que se propuso en el trabajo del año 1980.

1. Marco teórico

1.1. Antecedentes históricos de la I.P.A.

Francois Roustang (1976), a través de un análisis de la correspondencia Freud-Abraham (1907-1926), nos muestra, a través de múltiples detalles, las características de las relaciones entre los analistas de la primera época y Freud, poniéndose en evidencia, continuamente, la lucha entre los discípulos para ser reconocido cada uno como único por el maestro, lo que complementa la lucha de Freud por mantener a cada uno de ellos en su estatus. Esta modalidad de vinculación transferencial hacia el padre constituyó una de las formas a través de las cuales Freud mantenía su poder, y ha ejercido un gran peso en el movimiento psicoanalítico. Con la marca de esta modalidad relacional, en 1910

Freud funda la Asociación Psicoanalítica Internacional (I.P.A.) sociedad que tendría un jefe, que después de la desaparición del fundador, sería su sucesor, el cual tendría “la autoridad de aconsejar y desaconsejar” a la Asociación, escogería un comité que tendría el poder de declarar “todas estas absurdidades no tienen nada que ver con el psicoanálisis, no son psicoanálisis”. Postula, además, que entre los partidarios del psicoanálisis existirán “relaciones de amistad y soporte mutuo”, y como objetivo de la Asociación, “cultivar y hacer avanzar la ciencia psicoanalítica fundada por Freud.” (Freud, 1914). Los analistas quedan así reunidos por estatutos altamente conservadores, donde la autoridad somete a los miembros a la ley de la obediencia, fundándose así una organización científica con lineamientos eclesiásticos, y reeditándose los vínculos inconscientes que él mismo había analizado en “Psicología de las Masas y Análisis del Yo” (1921).

Es muy evidente que esta estructura contiene un grave conflicto entre la institución y la teoría que ésta sustenta, entre la praxis institucional y la praxis clínica: la transferencia, que en la clínica debe ser disuelta para liberar al paciente de su conflicto y de la persona del analista, en este modelo de institución es un vínculo propiciado y mantenido para ejercer y mantener el poder. El grado que alcanza esta dependencia se hace muy evidente en una carta que Abraham escribió a Freud cuando se iban a discutir trabajos de Ferenczi y Rank: “le prometo, de antemano, querido Maestro, que por mi parte todo acontecerá bajo un estilo desprovisto de polémica, en forma puramente objetiva, con el solo fin de servir a vuestro interés y a nuestra causa, que es idéntica a vuestra persona.” (Roustang, 1976) Con lo anteriormente señalado, se intuye que las asociaciones psicoanalíticas exigían adherirse a las teorías descubiertas y sostenidas por Freud en una forma que no admitía contradicción, pues lo que estaba en juego era una relación transferencial y de poder.

En forma similar podemos observar en el ámbito social que existen agrupaciones políticas revolucionarias que se crean para promover cambios violentos en la sociedad, pero que internamente, dentro de su propia organización, no toleran ninguna modificación y tienden a estructurar un cuerpo de doctrina, una ortodoxia. “La organización psicoanalítica en su totalidad sufre, desde hace tiempo, este proceso de ortodoxia...” (Bleger, 1969), lo que la llevó, durante un largo período, a promover cambios en el mundo exterior, mediante la aplicación de la teoría que sustenta, y a evitar, fóbicamente, la promoción de cambios que la adaptasen a los nuevos tiempos y a los progresos de otras ciencias. Este factor de ortodoxia es un obstáculo que han tenido que enfrentar y resolver todas las generaciones de analistas, y se pone particularmente en evidencia cuando las instituciones crecen, o cuando se logran aperturas nove-

dosas en el campo de la teoría. Cualquier texto de epistemología nos muestra que esta misma problemática se da en todas las ramas del saber humano, pues existen siempre momentos en que las teorías se transforman en fe y dogmas, pretendiendo eliminar la incertidumbre en el saber humano.

La muerte de Freud no cambió mucho el panorama, ya que la fidelidad a Freud sigue identificando a las sociedades psicoanalíticas, por lo tanto lo que debe resolverse es la forma en que Freud es aprendido y transmitido, y cómo es utilizado cuando se le cita en un trabajo. Cabe resaltar que muchas citas bibliográficas parecen estar destinadas a crear una ilusión de continuidad entre los puntos de vista del autor y un texto teológico (Freud, Klein, Lacan, etc.). Cada vez que alguien pretenda sostener que hay un solo teórico en una época determinada, debemos entender que se está precipitando el psicoanálisis en el campo de la religión, del sometimiento, del oscurantismo y de la opresión.

Lo anteriormente expresado se manifiesta en el campo de la docencia, cuando la institución está dominada, o contiene, grupos o personas que sustentan teorías ideologizadas que introducen, a través de una educación de tipo bancario, dentro de una relación maestro-alumno, sometedor-sometido, para usar los términos de Freire (1973). La tendencia a limitar la enseñanza dentro de una sola línea teórico-ideológica tiene limitaciones, no sólo dificulta al candidato la posibilidad de ampliar su acervo teórico con conocimientos nuevos, sino que también obstaculiza la evolución de un yo crítico, capaz de discernir y aprender lo nuevo (Langer y col., 1967).

Sólo a través de la cooperación y el diálogo, concebidos en los términos en que los plantea Freire, cuando nos habla de la educación dialógica como opuesta a la educación bancaria, es que podemos liberarnos de la transferencia infantil frente a los autores o teorías. A tal fin consideramos que es de incalculable valor ubicar lo estudiado en un nivel epistemológico y metateórico, que ayude no sólo a aprender las teorías, sino también a cómo se hacen las teorías. Pensamos que el binomio educador-educando, en la interacción dialéctica que debe darse entre maestro y alumno, buscarán como objetivo el dialogar con los conceptos, el autor, la teoría, la forma y la época en que fue concebida, para que luego los educandos-educadores, en su praxis, puedan crear y recrear la teoría, dentro de la especificidad del campo relacional analítico; esta es una manera a través de la cual podemos ser consecuentes con nuestro pasado, y abrirnos hacia el porvenir. (Gaymonat, 1972) En síntesis, debemos de seguir la línea de pensamiento que inició Freud, pero sin ser esclavos de ella, abrirnos hacia el porvenir, sin perder la especificidad de nuestro campo de trabajo.

1.2. Sobre las teorías y la transmisibilidad de las mismas.

Al dedicarnos a la docencia sabemos que estamos tocando este nivel tan complejo como es el de transmitir conocimientos establecidos a través de una larga cadena de aproximaciones y constataciones, siempre relativas, nunca absolutas, que sabemos están determinadas tanto por el hombre que las realiza, con su mundo interno a cuestas, como por el contexto histórico-social en que éstas se producen. Debido a que la naturaleza del conocimiento, que tenemos que transmitir como docentes, es una teorización que toca el acontecer humano, existe una fuerte tendencia a ubicar a los padres de esta ciencia en el lugar de la persona que detenta el saber, cayendo fatalmente, cuando esto sucede, en el ocultismo, la magia y la fe.

Iniciaremos nuestra exposición sobre las teorías, y su transmisibilidad, refiriéndonos al hecho incontrovertible de que las hipótesis teóricas de cualquier campo de la ciencia son entes abstractos, a veces muy alejados de la observación de los hechos concretos, y que la formulación de dichas teorías está fundada en los conceptos de la ciencia vigente en ese momento. Vemos también que los fenómenos que se pretenden explicar y resolver, determinan una selección de cuál es la parcela de la realidad que se va a tomar en cuenta, y cuál se va a desechar. En nuestra disciplina inciden inevitablemente en esta escogencia las fantasías del paciente y del terapeuta, así como el contexto en que la situación quede encuadrada; “en resumen, para apresar la realidad se empieza por apartar información, luego se agregan elementos imaginarios -o más bien hipotéticos- pero con una intención realista. Se construye así un objeto modelo esquemático, que para dar frutos deberá insertarse en una teoría susceptible de ser confrontada con los hechos” (Bunge, 1975).

Estrechamente ligado a lo anterior están “los problemas de las relaciones entre la teoría y la práctica”; en efecto, en el campo del psicoanálisis “la teoría desarrollada y explicitada no siempre coincide con la teoría implícita en la práctica” (Bleger, 1969). A esta contradicción se agregan otras dentro de una misma teoría, o entre teorías de distintos autores.

La teoría psicoanalítica en Freud es predominantemente histórico-genética, dinámica, y atendida a los principios de la lógica formal, mientras que la teoría implícita en la práctica del mismo autor es situacional, dramática, y responde a la lógica dialéctica. Si tomamos en cuenta todo lo anterior, vemos que es una simple fantasía, sustentada por muchas personas, quienes piensan que si comprenden la teoría comprenderán el material del paciente; esta concepción convierte a la teoría en un obstáculo para comprender el campo transferencial, de

la misma forma que la ausencia de teoría bloquearía la resolución de la transferencia (Roustang, 1976).

Pensamos que la contradicción teoría-praxis es superada en la medida en que incluimos las pulsiones con un enfoque histórico-genético, que se reedita en el campo interpersonal, ya que al resolver este campo, inscribimos una historia de las pulsiones. Coincidimos con Bleger en que es un enfoque reduccionista y contradictorio concebir que las fuerzas pulsionales predominan, y aún determinan los sucesos humanos. No debe, pues, confundirse la dinámica, que es un modelo, un símbolo que explica un fenómeno del acontecer vivencial, a través de conceptos de fuerzas, pulsiones, cantidades, etc., con la dramática que es en sí el ser humano en relación con sus características, su vida, y su comportamiento humano. (Bleger, 1969)

Para lograr la posibilidad de transmitir una teoría consideramos que, aparte de lo anteriormente señalado, es necesario inclinar el binomio fe-ciencia, anteriormente analizado, en función de esta última. Para este fin específico, deben cumplirse dos pasos metodológicos:

a) Las teorías deben ser evaluadas, para develar las contradicciones e incoherencias –para así echar por tierra el mito de la teoría vista como sistema y totalidad– al mismo tiempo que se hace un aprendizaje de los conceptos y del trabajo de teorización realizado por el autor.

b) Tratar la teoría como un síntoma, contextualizándola: época histórica, praxis del autor, remontándose, en la medida de lo posible, a sus fantasías generadoras. Quien pueda analizar una teoría constituida, transmitida, e inicialmente aceptada sin crítica, tiene la oportunidad de hacer evidentes en esa labor de análisis de lo ya estructurado, incluso sus propios mitos y fantasías, para así echar por tierra la fe en los autores.

En síntesis, el interés central de las teorías analíticas es que, una vez aprendidas y conceptualizadas, pueden y deben ser analizadas críticamente; primero, en un plano lógico, y en un segundo tiempo, en un nivel fantasmático. El virtuosismo -arte- del analista debe, necesariamente, desenvolverse sobre la base de un arduo y continuo aprendizaje. Este debe dejar un remanente de “deuteroaprendizaje” (aprender a teorizar como lo hicieron otros), que al estar convenientemente desvinculado de una transferencia infantilizante y dependizante con respecto a un determinado autor o teoría, permita que el analista pueda retomar los sucesos específicos y las particularidades inicialmente inteorizables, que acontecieron en el campo transferencial, dán-

doles una explicación -teoría- que puede ser la misma, o no, de los que le precedieron. (Roustang, 1976).

El substrato ideal para la transmisibilidad de la teoría analítica sería la abolición, la liquidación de la fe, de la creencia en otro, situación sobre la que se apoya la transferencia. El poder dejar de creer en el poder y en el saber de un determinado autor, a través de la liquidación de la transferencia, crea un vacío, del cual surge la necesidad de pensar. Cuando se pueden vivenciar como infundadas todas las formas de confianza, surge la necesidad vital de crear y recrear el análisis, pero un análisis específico que explique y resuelva el campo relacional en que el psicoanalista está sumido con un determinado paciente.

Si el psicoanálisis renunciara a la necesidad de ser una ciencia transmisible, independiente de quien lo haya fundado -Freud- y de aquellos que la refundan con sus teorizaciones -Klein, Hartman, Lacan, Bion, Winnicott, etc.- caería fatalmente en el ocultismo y la magia. Consideramos que este es un mensaje que preserva nuestra ciencia y nuestras mentes, y, de llevarlo a cabo, evitaría enfrentamientos innecesarios.

Siendo nuestro interés central la buena calidad de la docencia, examinaremos a continuación algunos parámetros que consideramos importantes.

a) No creemos que todos los analistas tengan ni la vocación, ni las condiciones necesarias, para desempeñar una docencia que exige cada vez más el aprendizaje de metodologías técnicas y disciplinas no analíticas. Pensamos que la práctica psicoanalítica y la enseñanza teórica son campos totalmente distintos, y que no necesariamente todo analista didacta tiene preparación y condiciones como docente; por lo tanto, consideramos que, en la medida en que nuestra sociedad crezca, se hará necesaria la creación de un campo específico dedicado a la docencia, con exigencias y escalafones distintos de los que son necesarios para desempeñarse como didacta. En este punto coincidimos con Langer y col., al plantear que, cuando un analista se dedica a la enseñanza, debe “ser capaz de comunicar ideas ajenas” (1967). Por lo tanto, “no debería decidirse la elección del profesorado, sino por su talento sintético, y sus dotes como profesor”.

b) “El viraje que se ha dado en el campo de la pedagogía, inspirado en Rousseau, Pestalozzi, Fröbel, y el idealismo alemán, consistió en radicalizar algo tan trascendental como perogrullesco, pues se trasladó la ciencia pedagógica del saber y del maestro al discípulo” (Ortega y Gasset, 1940). Al modificar la puntuación de los hechos, poniendo el acento en los alumnos, se permitió aplicar un criterio económico en la enseñanza, tomando en cuenta que el

principio de la instrucción debe ser el de la escasez, que surge de conjugar el tiempo disponible, conocimientos a transmitir, preparación previa, tanto de educandos como de educadores, así como otros factores que perturben o estimulen la tarea. Hay que tener siempre en cuenta la limitación que existe en la capacidad de aprender. Nuestra selección sobre un tema implica que no se puede enseñar sino lo que realmente se puede aprender, por tanto, es un deber ineludible de los cuerpos docentes desarrollar técnicas para solucionar adecuadamente la acumulación de saber que hoy poseemos. Cumplidas las exigencias enumeradas para reducir el aprendizaje a un mínimo de calidad y cantidad, que a la vez es el máximo capaz de ser aprendido, el órgano docente deberá ser inexorable en sus exigencias frente al estudiante (Ortega y Gasset, 1940). Para cumplir estos pasos, será indispensable conocer técnicas de evaluación que nos sirvan de guía, tanto a los docentes como a los alumnos, una de ellas, elemental, y sin la cual cualquier tipo de tecnología se estrellaría, es la posibilidad de que exista un diálogo entre educadores-educandos con sus educandos-educadores. En síntesis, se trata de gerenciar el conocimiento, adecuándolo al contexto y a los receptores del mensaje.

c) El vínculo debe estar centrado en el trabajo, partiendo de la base de que los educandos han venido a aprender en grupo, y esperan del equipo docente un diálogo no interpretativo, que tome en cuenta la dinámica grupal, a través de una conducción que permita superar las dificultades, así como la aportación de elementos novedosos que faciliten la tarea, por ejemplo, nombrar conductores de la temática a los alumnos más silenciosos; suspender los resúmenes, si éstos son utilizados como un escudo para evitar la discusión; evaluar y tomar acciones para que los posibles desacuerdos no se conviertan en vehículos de ofensa o descalificación entre los compañeros; evitar que el estudio de la teoría se convierta en una serie de ejemplificaciones clínicas, etc.,

d) Tomando en cuenta lo señalado anteriormente, los docentes deberán tener una visión global de la temática propuesta, jerarquizando su importancia y haciendo una distribución que permita cumplir las metas programáticas en el tiempo establecido. Los conceptos del o de los autores en estudio serán analizados tomando en cuenta su origen, es decir, su base empírica, que engloba el contexto en que fue dada, su contrastación con otras teorías, si abre o no enfoques novedosos del tema en estudio, y su posibilidad de ser incluida en otros contextos más generales y abstractos, es decir metateórico.

Todo lo antes señalado remite a un modelo de docencia antidogmática, que se atiene estrictamente a las bases filosóficas y conceptuales que hemos sostenido a lo largo de esta exposición.

2. Evaluación de dos experiencias docentes

2.1. Primera experiencia: año 1980.

Se trata de un grupo de alumnos que reciben una educación de tipo bancario, conceptual y acrítica, y mantienen una relación sometedor e impositiva con buena parte de los docentes. (Freire, (1973). Un ejemplo patético de este tipo de aprendizaje fue dramatizado en las primeras clases de un seminario, cuando un alumno que pretendía discutir algo de Freud fue reprendido por su profesor, quien le señaló: “en los seminarios no se viene a discutir a Freud, sino a estudiar lo que él dice.” Este sello, predominantemente autoritario y jerárquico de la enseñanza, da rapidez y eficacia para el cumplimiento de la tarea de aprendizaje conceptual, pero dificulta la elaboración y la adquisición de un juicio crítico en los discípulos, con lo que se estimula la posibilidad de que egresen como seudocientíficos, que llenos de fe, defenderán una determinada teoría, su autor o su representante. Para ese momento, la I.P.A. había reconstruido artificialmente la pasada escisión de la unidad societaria, lo que perpetuaba la lucha subterránea en terrenos administrativos, reglamentarios, teóricos, modalidades de docencia, y selección de candidatos. La conflictiva en el ámbito más alto, vino ahora a expresarse en el nivel más bajo, de una manera similar al fenómeno que observaron Stanton y Swartz en los pacientes de instituciones psiquiátricas donde existían conflictos entre los otros estamentos del hospital, médicos, enfermeras, personal directivo, etc., como lo señalan Langer y col. (1967) en su trabajo “Enseñanza del Psicoanálisis”. Se reproducían de esta forma los problemas que los miembros de la sociedad habían tenido en el momento de la separación frustrada: tensión grupal, manejo maniqueísta de las teorías, descalificaciones solapadas o directas dentro y fuera del aula; en esta forma las ansiedades propias del aprendizaje quedaban vehiculizadas a través de este tipo de conflicto.

Enfrentamientos de este tipo se presentan en cualquier universidad, en cualquier rama de la ciencia, con la ventaja de que los alumnos no son pacientes ni supervisandos de sus docentes, y mantener un punto de vista divergente no tiene el significado de traicionar o atacar el narcisismo de su analista y sus supervisores. Cuando la marcha de la docencia queda perturbada en esta forma, ésta puede llegar a ser una tarea casi imposible de resolver, a menos que se logre rescatar la tarea docencia-aprendizaje de la interferencia que amenaza con desvirtuarla, a través de una metodología como la que hemos planteado.

Nuestra evaluación se basó fundamentalmente en los comentarios de los alumnos que asistían al seminario que estábamos en ese momento dictando. Hay que destacar que nuestra metodología y objetivos nunca fueron explicita-

dos. La mayor parte de las respuestas hicieron referencia a que el grupo tenía dificultades, que existían resquemores y agresión, reconocían que esas rivalidades habían infiltrado el campo de la teoría, y que, en muchas ocasiones, la integración grupal fracasaba. En cambio, el equipo docente funcionaba en forma integrada y mantenía una unidad de propósito. Reconocieron que sus dudas y planteos habían sido escuchados por los conductores del seminario. Percibieron la forma en que se contextualizaban los conceptos, y el recorrido diacrónico que se hacía de los mismos. Dos de los alumnos hubieran preferido que la secuencia de la programación se hubiera organizado en otra forma, además hubieran deseado aplicar los conceptos a un material clínico concreto, lo que trasciende los límites de un seminario teórico. Por nuestra parte observamos mayor participación, revisión de bibliografía complementaria, y las tres páginas de síntesis conceptual que se solicitaron al final mostraban que las ideas centrales del tema habían pasado a formar parte de su bagaje teórico. Dadas las circunstancias contextuales en que se realizó la evaluación de este modelo de docencia, los resultados pueden considerarse favorables.

2.2. Segunda experiencia: años 1997-98

La sociedad donde se hace el registro de esta segunda experiencia tiene la particularidad de ser una de los pocos institutos de psicoanálisis donde la docencia impartida es evaluada por los alumnos. Dicha información ha sido utilizada fundamentalmente para que cada docente tenga un *feed back* de su desempeño y pueda corregir sus fallas. Los alumnos del grupo estudiado son exigentes y críticos, lo que sin duda ha contribuido a mantener alto el rendimiento de los docentes. El procesamiento de la información correspondiente a los semestres 4º, 5º y 6º, nos permitió precisar una serie de sugerencias que hará más eficiente e ilustrativo el instrumento utilizado al efecto. Estos cambios son algunos de los objetivos del trabajo presentado en las Jornadas del Instituto de Psicoanálisis 1998.

En esta ocasión nos referiremos a aquellas respuestas sobre metodología de la exposición y transmisión de las teorías analíticas. Como cada uno de los profesores utiliza distintas modalidades de trabajo, los informes reflejan el modelo que mejor resultado les ha dado, y que transcribimos a continuación.

Los alumnos aprecian particularmente aquellos seminarios donde los docentes han contribuido a que:

a) Se destaquen y profundicen los conceptos básicos, y que su exposición sea clara y precisa.

- b) Se ubique cronológicamente el pensamiento del autor.
- c) Se precisen los fundamentos teóricos de los conceptos en estudio, y se correlacionen con diversos aspectos de la teoría y de la praxis.
- d) Se cuestionen los planteos del autor.

Con respecto a la distribución del tiempo establecido para dictar cada grupo de seminarios, los alumnos consideran que en el 66% de los casos es muy buena, ya que eso les permite en algunas oportunidades ver la bibliografía obligatoria, la complementaria, y alguna actualización del tema. Cuando esto último sucede, los comentarios suelen ser muy favorables. El grado de insatisfacción (45%) frente a algunos seminarios es relativamente alto, lo que atribuimos a la naturaleza del material y el tiempo disponible, a veces sólo 2 o 3 seminarios. Estos temas corresponden al 6° semestre: Proceso analítico, *acting*, reacción terapéutica negativa, *impasse*, fin de análisis, Bion, Winnicott, Meltzer. En estos temas también se presentan reclamos (50%) por no haberse podido incluir bibliografía complementaria. Esta información permitirá al Instituto modificar los programas o la técnica de exposición, a fin de superar las dificultades captadas a través del instrumento de evaluación aplicado, evitando los problemas de la inercia, y facilitando la creatividad. En esta segunda experiencia apreciamos que los alumnos escogen como la metodología de la enseñanza que mejores resultados les ha dado, aquella que esbozamos en el marco teórico de este trabajo.

2.3. Contrastación de los modelos teóricos con la praxis

Los aportes epistemológicos, filosóficos y metodológicos sobre docencia y transmisibilidad de las teorías en ambientes académicos, o en las instituciones analíticas, propugnan una serie de principios que nos permitieron diseñar un modelo que supere las dificultades implícitas en la transmisión ideologizada de las teorías, y las limitaciones que impone la educación bancaria. Cien años de psicoanálisis han implicado, igual que en otras ciencias, una multiplicidad de enfoques teóricos, ninguno de los cuales es verdadero de por sí, razón por la cual el objetivo de la docencia debe apuntar a la posibilidad de tomar una postura crítica frente a los autores, y a tener un conocimiento de como éstos construyeron sus teorías. La aplicación del modelo en un grupo conflictuado por una situación contextual nos permitió más de una vez abocarnos en una forma eficiente a la tarea de transmitir conocimiento, evitando las interferencias. Esta razón nos llevó a pensar que el modelo era válido.

Años después, en otro grupo, y en circunstancias más alentadoras, donde los conflictos son sólo los clásicamente descritos en un grupo de analistas en formación, nos encontramos con que los alumnos, a través de instrumentos de evaluación abiertos y anónimos, tabulados a lo largo de tres semestres, dan como resultado la escogencia del modelo descrito, el cual es usado por varios de los profesores del Instituto, como el más ventajoso y eficiente. En distintas épocas, algunos miembros de nuestra sociedad (I. Fernández, R.Lander, A.L.Lustgarten, S.Marcano, y C.Valedón) han publicado trabajos que coinciden, en uno o varios aspectos, con los planteamientos que hemos venido haciendo desde 1980.

Queremos llamar la atención de que disponemos de un instrumento que evalúa solamente la labor de los profesores, en cuanto son agentes que transmiten conocimientos teóricos y técnicos, lo que excluye la evaluación del área más laboriosa y delicada de la formación analítica, como son las 540 horas de supervisión que exige el currículum del Instituto (38 horas de rotatoria, 342 horas de colectiva, y 160 horas de supervisión oficial), a lo que hay que agregar las 800 horas de análisis didáctico, de las que el Instituto no está informado, por Estatutos, ya que ni los didactas ni los alumnos informan sobre la tarea que realizan. Se pone así en evidencia que un enorme sector de esa formación tan *sui generis* que recibimos los psicoanalistas -cuando se la compara con otras profesiones- que desconocemos lo que sucede, ya que los formularios que permiten evaluar el desempeño de los docentes no abarca ni el terreno de las supervisiones colectivas ni las individuales. Sólo a partir del 5º semestre, por influencia del 40avo Congreso Internacional de Barcelona, donde, dialógicamente, supervisandos y supervisores pudieron expresar sus puntos de vista sobre esta tarea que compete a ambos, empezaron a aparecer en los formularios de evaluación algunos comentarios espontáneos sobre la supervisión colectiva, y/o sobre la experiencia clínica que transmite el supervisor, aunque no existe un espacio diseñado para esos fines. Vale la pena recordar que Didier Anzieu (1959) sustenta en forma fehaciente que así como el autoanálisis inspiró y motorizó el desarrollo de gran parte de la obra de Freud, un conocimiento profundo de nuestro inconsciente nos brinda mejores oportunidades de soportar las incógnitas y sostener una espera que permita una captación y despliegue del inconsciente de nuestros pacientes, conjugándose en esos momentos la técnica, la artesanía y la creatividad. Respecto a este punto, Inaura Carneiro de Leao (1998) y Guillermo Sánchez Medina (1998) están de acuerdo en que “la formación psicoanalítica es eminentemente clínica”, y “las fallas hay que buscarlas desde la clínica del análisis personal”. Después de todo, el principal instrumento que utiliza el analista para captar el inconsciente de sus pacientes es su propia persona.

Las supervisiones colectivas o individuales ponen en contacto al supervisando con sus capacidades, sus puntos ciegos, lo enfrenta indirectamente a sus conflictos, que inciden en su forma de percibir e interpretar el material. El grupo de supervisión, en este sentido, puede ser muy productivo, ya que, en el mejor de los casos (cuando no deriva en una competencia hostil) introduce ópticas novedosas y creativas, emanadas de la capacidad intuitiva de cada uno de los participantes, que ven la situación desde un vértice que se enraíza en su personalidad total. ¿Podría elaborarse una metodología que haga más eficiente y operativo el intercambio de conocimientos y de experiencia tan personal que se da en la supervisión? Sin duda alguna, el Instituto y los supervisores respectivos quedarán informados a través de dichas evaluaciones de las limitaciones, aciertos y desaciertos del procedimiento que están empleando. Una muestra del interés que despierta el tema son los trabajos presentados por profesores y alumnos en unas jornadas previas al citado 40avo Congreso de Barcelona, que versan sobre su experiencia en las supervisiones rotativas.

Conclusiones generales

A partir de un marco teórico, epistemológico, filosófico y metodológico, elaboramos un modelo de transmisibilidad de las teorías. El modelo probó su operatividad al ser aplicado a un grupo de alumnos cuya tarea de aprendizaje estaba fuertemente afectada por los conflictos no resueltos a nivel de los didactas y del resto del cuerpo docente de esa institución. Dieciocho años después, en un grupo de alumnos no interferidos por conflictos societarios, que informaban y evaluaban a sus profesores a través de un instrumento medible, al hacer un estudio diacrónico de sus elecciones a lo largo de tres semestres, pudimos detectar que seleccionaron a los docentes que utilizan el modelo que describimos, ya que consideraron que es el más operativo. Al coincidir estos resultados, en circunstancias y ámbitos tan diferentes, consideramos que la praxis confirma la utilidad y operatividad del mismo.

Al examinar el instrumento con el cual los alumnos de la segunda institución evalúan a sus profesores, se nos hizo evidente que no son tomadas en cuenta las supervisiones. Nos planteamos un interrogante: ¿Podría diseñarse un modelo de intercambio que optimice el desempeño, tanto de los supervisores como de los supervisandos? Quizás el diseño de un instrumento de evaluación anónimo, que permita recoger el punto de vista de los supervisandos, aportaría nuevos elementos de juicio.

Referencias

- Anzieu, D (1959) El autoanálisis de Freud. México: Siglo XXI, 1979
- Bleger, J. (1969) Teoría y Práctica en Psicoanálisis. Montevideo: Revista Uruguaya 3/4, 1969
- Bunge, M (1975) Teoría y Realidad. Barcelona: Ed. Ariel
- Carneiro Leao, I (1998) *Características Essenciais da Formação psicoanalítica no final do século XX*. Revista Latinoamericana de Psicoanálisis. Fepal 1998
- Freire, P. (1973) Pedagogía del Oprimido. Buenos Aires: Siglo XXI
- Freud, S. (1914) *On the History of the Psychoanalytic Movement*. Londres: Hogarth Press SE 14:42-43, 1974
- _____ (1921) *Group Psychology and the Analysis of the Ego*. Londres: Hogarth Press SE 13:65-145, 1974
- Gaymonat, L (1972) El pensamiento científico. Buenos Aires: Eudeba, 6ª ed.
- Langer, M, y col. (1967) Un enfoque metodológico para la enseñanza del psicoanálisis. Buenos Aires: Revista A.P.A. 24:3, 1967
- Meliá, J. , Gómez, F. (1980) Metodología en la enseñanza psicoanalítica. Consideraciones sobre una experiencia. Instituto de Psicoanálisis de la Asovep el 15-7-1980. (inédito)
- Meliá, J. (1998) Consideraciones acerca de las evaluaciones realizadas por el alumnado del Instituto de Psicoanálisis. Jornadas del Instituto de Psicoanálisis de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, 1998 (inédito).
- Ortega y Gasset, J. (1940) "La misión de la Universidad" en El libro de las misiones. Buenos Aires: Espasa, 1950
- Roustang, F. (1976) *Un destin si funeste*. París: Ed. Minuit
- Sánchez Medina, G (1998) La formación a comienzos y finales del siglo: inercia y creatividad. Revista Latinoamericana de Psicoanálisis de Fepal, 2: 1. 1998.

Resumen

Partiendo de un marco teórico donde se mezclan varias líneas de pensamiento, elaboramos un modelo de transmisibilidad de las teorías que supera la utilización ideológica de las mismas. Se pudo demostrar la operatividad del modelo a nivel de la praxis, como lo demostraron dos experiencias efectuadas con una diferencia de 18 años, en distintas instituciones, y en condiciones opuestas. El autor propone que los supervisandos expongan las dificultades y aciertos de sus supervisores, para que en el diálogo educandos-educadores puedan conocerse mejor los problemas que se plantean en ese terreno, y posteriormente eso permita teorizar y, quizás, elaborar modelos más operativos.

Summary

Starting from a theoretical frame, in which various trends of thought are mixed, the author built a model of transmissibility of theories which surpasses their ideological utilization. The practical operativeness of this model was demonstrated by two experiences brought about within 18 years of difference, in different institutions and opposite conditions. The author proposes that supervisees expose their supervisors's difficulties and achievements in order to facilitate the understanding of problems that emerge within the students-educators dialogue, an initiative which would promote a latter theorization on this subject and, perhaps, the construction of more operative models.

Transferencia, contratransferencia y contaminación en los análisis didácticos*

Carlos Valedón

En un trabajo anterior definí la contaminación “como la resultante de todo encuentro o relación entre analista y analizando fuera de la situación analítica, capaz de originar manifestaciones conscientes y/o inconscientes que pueden alterarla y que ameritan ser tramitadas analíticamente para lograr la restitución de dicha situación, permitiendo así la continuación del desarrollo del proceso analítico” (Valedón, C. 1995).

Podríamos preguntarnos a qué nivel debe producirse dicha contaminación para que sea capaz de provocar estas consecuencias, en otras palabras, qué es lo que se contamina en la situación analítica para que la marcha del proceso se detenga. Considero que lo que se contamina y se altera es *la posición de neutralidad del analista*, imprescindible para sostener el análisis de la neurosis transferencial que ella misma, además de los otros aspectos del *setting*, favorece en su desarrollo, permitiendo así su resolución, por medio de la interpretación. No está demás plantear que dicha *neutralidad*, no sólo se refiere a la equidistancia de las instancias psíquicas del analizando, sino también de sus vicisitudes cotidianas y de su curso vital.

Tratando de ser aún más puntual, para que se altere la posición de neutralidad del analista, al punto de comprometer momentánea o definitivamente el análisis de la transferencia, las alteraciones por contaminación deben producirse a nivel de la contratransferencia, incrementando y cronificando su papel de obstáculo en detrimento de su función como campo y su utilización como instrumento. De esta manera la dinámica transferencia-contratransferencia pierde su papel de freno-motor por efecto de esta contaminación y opera sólo como un freno que detiene el proceso.

* (1996) XVI Pre Congreso Didáctico de Fepal. Monterrey, México

Si los efectos de freno son momentáneos o transitorios porque la posición de neutralidad no está alterada, o se rescata por acción del trabajo analítico en la dinámica transferencia-contratransferencia, podemos hablar de contaminaciones tipo A o reversibles, que en numerosas oportunidades sirven de material de estímulo para la marcha del análisis.

“Muchos han enfatizado que los contactos extra analíticos y otros eventos de la realidad, movilizan material importante y pueden revitalizar el proceso analítico. Los analistas también han reconocido cómo los factores de la realidad externa pueden provocar interrupciones del trabajo analítico y pueden generar ciertos problemas que resultan más difíciles para ser analizados” (Inderbitzin L.B. y Levy, St. T. 1994). Si por el contrario los efectos son permanentes o definitivos, por las mismas razones expuestas anteriormente, hablaremos de contaminaciones tipo B, o irreversibles, que detienen y pervierten la marcha del proceso, transformándolo en un pseudo proceso o pseudo análisis.

Si tomamos la definición anteriormente citada de contaminación, “como la resultante de todo encuentro o relación entre analista y analizando fuera de la situación analítica, etc.”, podemos concluir, sin temor a equivocarnos, que todo análisis didáctico es *in status nacendi*, un análisis contaminado, debido a la presencia, con todo su peso y rigor, de la institución psicoanalítica, la cual establece sus condiciones y características por las que tiene que regirse para que tenga lugar, y que tienen que ser acogidas y respetadas, tanto por el demandante como por el oferente. Una vez que se constituye el demandante en candidato y el oferente en su analista didáctico, (situación analítica didáctica) y se inicia la formación propiamente dicha, las posibilidades de contaminación se incrementan, debido a las actividades institucionales que propician encuentros entre analistas y candidatos. Esta inevitable, y hasta ahora insalvable, contaminación, ha llevado a algunos analistas a proponer la idea de que para preservar el propósito terapéutico, que también es el fundamental en el análisis llamado didáctico, la formación debería llevarse a cabo una vez que el análisis termine, o en su defecto, que los analistas didactas sólo se ocupen de la conducción de éstos y las supervisiones oficiales, eximiéndose de cualquiera otra actividad que favorezca dichos contactos. Ambas propuestas lucen bastante ideales y por consiguiente con pocas o ninguna probabilidad de ser aplicadas en la realidad, particularmente en sociedades o grupos medianos o pequeños como la nuestra, y además, parte del supuesto de que todo contacto o relación extra situación analítica *per se*, tendría suficiente impacto para comprometer la neutralidad y pervertir el proceso, lo que daría origen, en quienes sostienen estas ideas, a prácticas discriminatorias e infantilizadoras con los candidatos, y en cuyas motivaciones son muchas otras las causas con las que podemos encontrarlos.

Cada día se hace más inevitable este tipo de contaminación, a medida que crece el número de analistas y agrupaciones psicoanalíticas que incorporan a los candidatos al mayor número posible de actividades, por lo cual, en lugar de convertirla en una fuente de pesimismo y escepticismo en cuanto a los resultados terapéuticos que podemos esperar de un análisis didáctico, debemos transformarla en un reto que nos obliga a los analistas didactas a ser más cuidadosos y a estar conscientemente alertas acerca de los múltiples riesgos o peligros que acechan estos propósitos terapéuticos, o si se quiere decir, la conducción de la cura psicoanalítica, como prefieren llamarla los franco parlantes.

Esta mirada de atención tiene que ser dirigida a los aspectos más vulnerables de dicha contaminación, para que ésta pueda tener sus consecuencias, y como trataré de ilustrarlo en los párrafos siguientes, en la dinámica *contratransferencia-transferencia* (Neyraut, M. 1980), con el único y, si se quiere, modesto propósito de impedir la aparición de contaminaciones tipo B, y si por alguna razón éstas llegaran a producirse, en la medida que las considero irreversibles, detectarlas y no titubear para poner en práctica la única medida aconsejable en esos casos: la interrupción del análisis, rescatando al analista y analizando para una nueva oportunidad.

Conflictos no resueltos, aspectos psicopáticos, psicóticos o perversos, procesos degenerativos del sistema nervioso central (Alzheimer, arterioesclerosis, senilidad), pueden originar comportamientos en el analista que no tienen su origen en la dinámica transferencia-contratransferencia, los cuales, al desbordar la situación analítica, provocan contaminaciones tipo B, que tienen la ventaja relativa, por lo aparatoso que resultan, de que terminan por ser puestas en evidencia y permiten aplicar medidas correctivas por parte del analizando-candidato, o por el instituto, al provocar la interrupción del análisis. En estos casos la mirada de atención no puede ser ejercida por el mismo analista, quien es arrastrado al “pasaje al acto” por la envergadura de dicha patología; es el candidato y el entorno institucional quienes tienen que ejercer esa mirada de una manera premeditada o espontánea.

En otras ocasiones, y considerando que el analista en función didáctica no es sinónimo de analista absolutamente liberado de conflictos a pesar de sus años de experiencia, se pueden originar manifestaciones contratransferenciales, derivadas exclusivamente de la transferencia del candidato, capaz de provocar respuestas del analista que, desplegándose fuera de la situación analítica, adquieren un carácter contaminante al cristalizar como un acto entre analista y analizando, que luego se revierte sobre la situación analítica, de la cual se originó. Esto me obliga a diferenciar dos tipos de contaminaciones, según el

lugar en el cual se inicia el fenómeno. La primera, que podemos llamar periférica, tiene su origen en la periferia de la situación analítica (consultorio, instituto, realidad externa) y de ahí se infiltra en la situación analítica provocando sus efectos. La segunda la llamaríamos nuclear porque se inicia a nivel de la situación analítica en la dinámica transferencia-contratransferencia y, al transformarse en acto entre analista y analizando, posteriormente se devuelve hacia ella. No podemos conferirle por su origen una categoría de contaminación tipo B o irreversible, porque muchas de ellas, quizá la mayor parte, pueden ser resueltas analíticamente a posteriori (contaminaciones tipo A). Las relaciones extraanalíticas inherentes a la vida institucional de naturaleza docente, científica o social, facilitan que tanto las manifestaciones transferenciales del candidato como las contratransferenciales del analista, sean utilizadas más allá de los límites considerados como saludables o convenientes, provocando contaminaciones tipo A, ante las cuales debemos estar atentos y vigilantes para evitar su transformación en tipo B. El proyecto del Código de Ética (Kernberg P. et al, 1992) en el Aparte 3, Contacto Social, llama la atención en ese sentido. La sutileza con la cual se pueden provocar este tipo de contaminaciones y las gratificaciones conscientes e inconscientes entre analista y candidato, como también la tolerancia y facilitación del medio institucional, pueden hacer difícil, si no imposible, su identificación y desmontaje analítico, con el agravante de que por no ser aparatosas, tampoco pueden ser percibidas ni denunciadas externamente, con el riesgo de transformarse en una contaminación nuclear tipo B, que detiene el proceso y origina un pseudo análisis. En ocasiones en las cuales el candidato puede darse cuenta de que algo extraño ocurre con su analista por la conducta que asume éste en la relación con él y las consecuencias que se provocan en su tratamiento, las ansiedades persecutorias despertadas en la relación transferencial, al igual que la transferencia idealizada, pueden comprometer, y en ocasiones impedir, que se atreva a denunciar analíticamente este asunto al llevarlo a su análisis, o extra analíticamente, llevándolo a la institución.

Si tomamos como una definición de contratransferencia el criterio extensivo que toma como punto de partida la hipótesis de que el analista, en efecto, no sólo es requerido por la transferencia, sino por todas las demandas que engendra la situación analítica, dentro de las cuales ocupan lugar importante las que provienen de sus propios pensamientos y exigencias (Neyraut M. 1980), entonces podemos definirla “como la totalidad de las ideas, fantasías, sentimientos, interpretaciones, acciones o reacciones que surgen en el analista” (Neyraut M., 1980) que coincide con el concepto de contratransferencia totalística o total (Racker H. 1969), (Kernberg, O. 1979), y que podría incluir el concepto de contratransferencia indirecta propuesto por Racker (Etchegoyen

R.H. 1988). De acuerdo a este criterio, según Michel Neyraut, la contratransferencia precede a la transferencia, para lo cual tomo como referencia una frase de Oscar Wilde que dice “que las preguntas llegan con frecuencia mucho tiempo después que las respuestas”. De acuerdo con el criterio clásico (Kernberg 1979), contratransferencia directa (Racker 1969), (Etchegoyen R.H. 1.988) o restringido (Neyraut 1980), la contratransferencia del analista es la respuesta a la transferencia del paciente, por lo tanto, siempre se opondrá a la transferencia y aparecerá después de ésta, será determinada por ella y será esencialmente secundaria y reaccional (Neyraut M. 1980).

En el análisis didáctico, particularmente, el uso de este concepto extensivo es sumamente importante, porque antes de que el posible candidato aparezca, ya existe en el analista una *manifestación contratransferencial* frente a esa potencial y esperada demanda, matizada particularmente por sus propias exigencias, pensamientos e ideas, al igual que por sus expectativas y deseos dentro de la vida institucional; en mi opinión, esto puede promover una transferencia en el candidato que privilegia de manera inconsciente unos aspectos sobre los otros en la búsqueda de ser aceptado, ser querido, ser preferido, ser promovido, en la que coinciden ambos miembros de la pareja y que garantiza la permanencia de la misma, originando gratificaciones inconscientes narcisistas, al igual que satisfaciendo aspiraciones más conscientes de naturaleza personal e institucional. Sabemos que las características de la personalidad de cada analista puede favorecer la aparición de ciertas manifestaciones transferenciales distintas a otros analistas, como también que tanto analista como candidato tienen intereses y propósitos que desbordan los objetivos terapéuticos del análisis: por parte del candidato, continuar su formación y graduarse; por parte del analista, conservar el candidato y de esa manera conquistar o consolidar su prestigio como didacta. Esta prospectiva privilegia el logro de estos objetivos externos sobre la situación analítica y los alcances del análisis terapéutico, transformándolo, en lugar de un fin, en un medio para obtener dichos objetivos institucionales. Creo que estos deseos no están ausentes en ningún análisis didáctico y además prestan un gran servicio a la resistencia. El riesgo de contaminación surge cuando la preexistente contratransferencia por estas ideas, pensamientos, expectativas y deseos del analista, determinados por la situación institucional, se mantienen como lo privilegiado, anulando el aspecto obstáculo-instrumento de la relación contratransferencia-transferencia e impidiendo el desarrollo del proceso analítico. Insisto en llamarla contaminación, porque sus efectos conscientes e inconscientes provienen de la colusión entre analista y candidato, derivados del logro de objetivos que están afuera, en la institución, y para lo cual el desarrollo del proceso analítico se puede hasta convertir en una amenaza. Quizás ésta podría considerarse como

la más nefasta contaminación tipo B, porque generalmente es indetectable, tanto por la pareja analítica como por la institución; lamentablemente las consecuencias de tales “análisis” son acogidas por la misma institución, que las sufre. Es inevitable que este acuerdo consciente-inconsciente no dé origen al establecimiento de acuerdos y relaciones que por vía nuclear incrementan aún más la contaminación. Es necesario puntualizar que, aun cuando muchos de estos acuerdos o contactos se den en el ámbito del consultorio, son extra situación-analítica por su misma naturaleza: no forman parte de los propósitos para desarrollar una tarea común que es el análisis, y más bien, subvierten las reglas muy precisas de comportamiento a las que tienen que someterse para llevarlo a cabo, y que garantizan la ubicación en sus roles bien definidos de analista y analizando.

Quizás es útil recordar que no todos los fenómenos que pueden alterar la situación analítica, y por su efecto, detener la marcha del proceso, derivan de la contaminación; para hablar de la misma deben tener las características particularmente ligadas a su origen y sus efectos señaladas para ser denominadas como tales.

Referencias

- Etchegoyen R. Horacio (1988) Los fundamentos de la técnica psicoanalítica. Contratransferencia y proceso analítico. Buenos Aires: Amorrortu
- Indertbitzin, Lawrence B and Levy, Steven (1994). *On Grist for the Mill. External Reality as Defense*. Journal of the American Psychoanalytical Association. Vol. 42, Nº 3
- Kernberg, Otto (1979) Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico. Buenos Aires: Paidós.
- Kernberg, Paulina et al. (1992) Proyecto de Código de Ética para la I.P.A.
- Neyraut, Michel (1980) *Le Transfert*. Paris: P.U.F
- Racker, Heinrich (1969) Estudios sobre técnica psicoanalítica. Buenos Aires: Paidós
- Real Academia Española (1970) Diccionario de la Lengua. Madrid: Decimonovena Edición.

Valedón, Carlos (1995) Riesgos de contaminación en las sociedad medianas. Trabajo inédito presentado en el Congreso Nacional de Psicoanálisis. Asoc. Psic. Mexicana. Morelia, México

© Carlos R. Valedón
Calle San Luis. Quinta Porsiacaso, No. 52.
Urb. San Luis, El Cafetal
Caracas, Venezuela.

Resumen

El autor plantea que los análisis didácticos son análisis contaminados desde su origen, por su condición y característica institucional, lo cual compromete al analista didacta a estar muy atento a su evolución y desarrollo para evitar la aparición de contaminaciones tipo B. Las contaminaciones tipo A, tanto periféricas como nucleares, tienden a producirse con mayor facilidad y frecuencia que en los análisis no didácticos, por la existencia de relaciones y encuentros institucionales. Sus efectos en la alteración de la situación analítica se producen a través de la pérdida momentánea o definitiva de la neutralidad analítica, mediante la dinámica transferencia-contratransferencia. Su resolución o cronificación también se producen a través de esta dinámica, fenómeno al que es necesario estar atentos.

Summary

The author proposes that training analyses, because of their institutional conditions and characteristics, are contaminated analyses from the beginning. This fact compromises the training analyst to be very aware of its evolution and development in order to avoid the apparition of type B contaminations. Type A contaminations, both peripheral and nuclear, tend to appear more easily and frequently than in non training analysis, because of the existence of institutional relationships and encounters. Its effects on the alteration of the analytic situation emerge from the momentary or definite loss of the analytic neutrality through the transferrence and countertransference's dynamic, a phenomenon to which we must necessarily be alert.

LOS SUEÑOS DE LA GRADIVA

Sección titulada en homenaje al primer artículo que Freud dedicó enteramente al análisis de las manifestaciones culturales.

Reflexiones psicoanalíticas acerca de la creación poética*

Aurelio Calvo

El material de la poesía es el lenguaje. El poeta destaca entre los artistas de la lengua por la sutileza y el rigor con el que trabaja la forma, sobre todo en cuanto a la elección y la combinación de las palabras, como diría el poeta Pérez Perdomo (1991) "... está sometido a una prueba de fuego". La meta se insinúa como un intento de sensibilizar "al placer del texto", para ello dirige su mayor esfuerzo realzando la vertiente musical o intensificando las imágenes sensoriales evocadas. La música, por ejemplo, desencadenaba en Baudelaire insólitas permutaciones de sensaciones luminosas, espaciales y corporales, decía: "cada movimiento rítmico corresponde a un movimiento conocido de tu alma, cada nota se transforma en palabras y toda poesía entra en tu cerebro como un diccionario dotado de vida" (citado por Sacristán, J. M. S/F). El poeta se ciñe tan próximo a la sustancia de las palabras que su acto parece concertar un sinfín de acrobacias misteriosas que, luego, transmiten la impresión de luces permanentes, desencadenando así ese "efecto suprasensual" que solemos llamar "la elevación artística".

Aunque no es materia de esta exposición profundizar en la base psíquica que subyace al habla lingüística común, creo que vale la pena diferenciarla, al menos esquemáticamente, de la elaboración poética. Con Jean Guillaumin (1974) podríamos inferir que "*el habla común* parece someterse a una economía de las cargas semánticas promedio y tiende a evitar los giros expresivos más originales". La lengua común, obviamente se aleja de lo más ideográfico, rechaza lo no convencional y suele preferir la comodidad denotativa a la diversidad connotativa. Por supuesto, esta tendencia tiene justificaciones sociales ya

* (1998) Poesía y Psicoanálisis. Encuentro de la Sociedad de Candidatos del Instituto de Psicoanálisis de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, en el que participó como invitado el poeta Octavio Armand.

que su esencia es la de ser un compromiso práctico entre los hombres donde la belleza es sacrificada al “buen entendimiento comunitario”.

El poeta, por su parte, trata al lenguaje de otro modo, sólo sostiene la significación promedio para “sacarle la lengua y desafiarla en duelo”. Puede también aislar una palabra única de su contexto habitual para desconcertar la catexis semántica y liberar su sentido, con ello obliga al receptor a ensanchar su escucha y a convocar un delta de significaciones. Se trata, en síntesis, de una verdadera invasión del vocablo que pasa de ser un mero filtro convencional para convertirse en un espacio de sentidos múltiples y una trampa para las emociones. Stephane Mallarmé decía que “la poesía compensa la imperfección de las lenguas”. Coincido con O. Mannoni (1983) en que la acepción más acorde sería “recompensa” ya que lo que el poeta hace es recompensarse de la imperfección de las lenguas, es decir, aprovecharse de su pluralidad y su equivoicidad. Es en ese aspecto en el que intuyo el punto de sintonía entre el análisis y la poesía. ¡Sorpresa! Creímos que el lenguaje nos fue dado como un medio para comunicar nuestro pensamiento y repentinamente descubrimos que el lenguaje también es un obstáculo entre el sujeto y lo que piensa, es decir, nuestro instrumento natural nos traiciona porque siempre que hablamos decimos de más o decimos diferente de lo que suponemos, es como nuestra sombra, no la podemos adelantar. Creo que tanto el análisis como el poema convocan al equívoco: el análisis con la libre asociación, el poema con sus giros, tropos y metáforas. En cierto modo ambos arman y desarman una jauría de voces, puesto que atienden a una escena donde la palabra dice más, justamente de aquello de lo que el sujeto no quiere saber. La palabra no es sólo carne libre sino también carne reprimida. El psicoanálisis también rompe las cargas semánticas medias de la lengua común, las formaciones del inconsciente como los lapsus, los sueños, los silencios, etc., cumplen su función desestabilizadora, incomodan la linealidad del discurso en sesión y obligan al analizando a escuchar “esa su voz imprevista”. Se podría decir que un análisis consistiría en reinventar un lenguaje olvidado, como diría Mario Benedetti “un olvido lleno de memoria”, en re-introducir la experiencia pulsional en un aparato saturado por los excesos de la socialización y conseguir así un balance soportable entre el valor expresivo íntimo y las concesiones interpersonales de la comunicación. Me atrevo a sospechar que ese podría ser un sendero de la poesía: una recreación vital plena de sentido.

Como la poesía, el análisis construye nuevas huellas para hacer caminos, comparten una vena lúdica y crean realidades insospechadas. Según Juana Berezin (1996) “el psicoanálisis tiene poesía en sí, cuando busca en la sesión los términos ambiguos, abundantes en sentidos múltiples, cargados de conno-

taciones acumuladas en el transcurso de los tiempos; tiene poesía porque altera el orden habitual de las palabras, las frota unas con otras como piedras a las que le sacan chispas”.

El análisis como el poema es una creación vincular y no apenas lo que uno dice y el otro interpreta. En la poesía, el lector es esencial, como dice el poeta Octavio Armand (1987), “que cada uno halle su verdadero nombre donde mejor lo roce el filo del sentido...”.

Ahora bien, ¿cuál es la fuente de la creación poética? Para empezar, quizá Marcel Proust pueda echarnos una mano. Según Hanna Segal (1965) “Proust propone que el artista está obligado a crear, por su necesidad de recuperar su pasado perdido”. Describe esas asociaciones casuales que él llama “intermitencias del corazón” y refiere que son recuerdos que emergen y luego desaparecen sin dejar rastro. Pues bien, según él, para darles vida permanente hay que crear una obra de arte. Sólo el pasado perdido y los objetos muertos pueden transformarse en una obra de arte. Segal lo interpreta dinámicamente como un proceso de duelo en el cual los objetos externos son abandonados, restablecidos en el Yo y luego recreados en la obra. Conviene recordar aquí que Freud, al proponer la sublimación como una transacción lujosa entre fuerzas opuestas, en la que la pulsión sufría un cambio de meta y de objeto, estaba dando por sobreentendida la necesaria renuncia que el sujeto debía realizar en esta operación, que él suponía como el motor del acto creador. Para Segal, esta “renuncia productiva” sólo puede ocurrir bajo un proceso de duelo ya que, para ella, cada renuncia pulsional es una repetición y, al mismo tiempo, una reviviscencia del abandono del pecho. Puede ser fructífero, como en el caso de la sublimación, sólo si el objeto abandonado se asimila al Yo y es reparado internamente, así podría convertirse en un símbolo dentro del Yo.

El planteamiento de Segal, en mi opinión, arroja cierta luz sobre el proceso creador, sin embargo, el concepto de reparación me parece necesario pero no suficiente para explicar la emergencia de una obra artística. En los análisis se observa que algunas personas logran un grado considerable de elaboración en sus duelos y consiguen “reparar” sus objetos dañados, pero, aun así, no todos activan un rendimiento creativo trascendente. Creo personalmente que la facultad artística entra en el terreno enigmático del *don*, suerte de pocos, que se alimenta entre otras cosas de la inevitable neurosis, pero que no puede ser reducido a ella. La búsqueda del tiempo perdido de Proust pudo haber sido en vano si no fuera por su indudable genio.

Ahora quisiera retomar los puntos de unión entre la poesía y el psicoanálisis para agregar un aspecto que me parece revelador. Creo que en ambos existe la

pretensión de lograr lo que Vattimo (citado por Torres, 1996) llama “una estética de la verdad”. Aquí mi planteamiento es para el poema y la interpretación analítica, no me refiero a una verdad en el sentido positivista donde la meta sea el isomorfismo semiótico-pragmático entre la proposición y la cosa, sino más bien de “la aspiración a una propuesta de sentido que ilumine -como dice Torres (1996)- al sujeto y le produzca un efecto de relevancia, un efecto de verdad”.

Desde mi perspectiva, ambas disciplinas tienen esa intención más allá del anhelo científico de Freud. En el trabajo clínico diario encontramos que la formulación de una interpretación tiene mucho más de encuentro íntimo entre dos subjetividades, que podrían coincidir en un efecto de sentido, que de una emisión de formulaciones veraces lanzadas por un sujeto de saber a un sujeto de ignorancia. Creo que esa atmósfera que, a veces, ocurre en los análisis emula esa rara perla de complicidad que conecta eventualmente al poeta con su lector. Pero no todo son semejanzas, las diferencias son evidentes y necesarias. Desde mi ingenuidad veo al analista más interesado que apasionado, el poeta, en cambio, parece escenificar un parto, como diría Balint (citado por Guillaumin, 1974) “principio del fin de esa sintonía milagrosa entre el creador y su obra-criatura”. El analista, por cierto, podría caer en el espejismo de considerar al paciente obra suya, como decía Nietzsche, “¿si existe Dios cómo soportar no serlo?”, pero su encuadre suele salvarlo. Sospecho que el poeta diviniza su obra, se exige perfección y se enamora cuando la percibe acabada; el analista acecha los falsos dioses, si no, corre el riesgo de convertirse en uno. El poeta se fascina y alimenta de lo múltiple, el analista por supuesto, atiende a la variedad, si esta brilla mucho se tapa los ojos y sólo escucha. A.T.Torres (1985) diría que “es un buen oficio para un ciego”; su misión es buscar lo repetido en lo que parece distinto y encontrar la novedad en un cuento trillado. Sabe que al “Yo” le gusta disfrazarse, su vocación es desenmascararlo, y luego desaparecer para que el otro protagonice su intimidad. El poeta puede nadar en su objeto, éste le pertenece, es su prolongación; el analista no puede confundirse con el goce del otro, debe desmarcarse del deseo ajeno. La transferencia es su material de trabajo, no su objeto de recreación.

Referencias

- Armand, Octavio (1987) *Origami*. Caracas: Editorial Fundarte
- Berezin de Guiter, J. (1996) El poder de la palabra. *Revista de Psicoanálisis de la APA*. Número Especial N° 5.
- Guillaumin, Jean (1974) “La creación artística y la elaboración consciente de lo inconsciente con consideraciones particulares sobre la creación poética” en *Psicoanálisis del genio*. D. Anzieu, M. Mathieu, M. Besdine, E. Jaques y J. Guillaumin. Buenos Aires: Editorial Vancu
- Mannoni, Octave (1985) “Un Mallarmé para los analistas” en *El trabajo de la metáfora*. J. Kristeva, O. Mannoni, E. Ortigues, M. Schneider y G. Haag. Barcelona: Editorial Gedisa
- Pérez Perdomo, Francisco (1991) Entrevista con el poeta. Caracas: *Revista Imagen* N° 100-80
- Sacristán, José M. (S/F). *Genialidad y psicopatología*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Segal, Hanna (1965) “Un enfoque psicoanalítico de la estética” en: *Nuevas direcciones en psicoanálisis*. M. Klein, P. Heimann y Money Kyrle. Buenos Aires: Editorial Paidós,
- Torres, Ana Teresa (1985) “Sobre el oficio de ser o no ser psicoanalista” en *Elegir la neurosis*. Caracas: Editorial Psicoanalítica, 1992
- _____ (1996) “El psicoanálisis como relato” en *Territorios Eróticos*. Caracas: Editorial Psicoanalítica, 1998

© Aurelio Calvo

Edif. Torre Financiera. Piso 2, Ofic. 2-C.

Cruce calle Beethoven y Sorbona. Urb. Bello Monte

Caracas, Venezuela.

Resumen

En el presente trabajo el autor incluye ciertas reflexiones que sugieren analogías y diferencias entre la poesía y el psicoanálisis. Pone un especial énfasis en el efecto de sentido que persiguen ambas disciplinas y las peculiaridades metafóricas que se desprenden de cada una a partir de un supuesto núcleo común: el equívoco.

Summary

In this paper the author includes certain reflections that suggest analogies and differences between poetry and psychoanalysis, and specially emphasizes the effect of meaning, which both disciplines pursue, and the metaphorical peculiarities which emanate from each one of them starting from a supposed common nucleus: the equivocate.

COLABORACIONES INTERNACIONALES

Sección abierta a las colaboraciones de nuestros colegas de otras sociedades y agrupaciones.

Las fronteras en el proceso analítico. El marco analítico y el objeto analítico*

Eva P. Lester

Sociedad Psicoanalítica Canadiense / Montreal

Traducción de Dolores Salas de Torres

El término *frontera* se utiliza en dos contextos claramente diferentes: como un término físicamente concreto que denota una estructura o un límite que separa objetos, países etc., y de una manera figurativa que implica una cercanía o similitud abstracta, pero no una identidad, entre dos ideas, conceptos, posiciones teóricas, etc. Freud utilizó el término “fronteras” básicamente en un sentido figurativo al describir al psicoanálisis como una ciencia limítrofe entre la biología y la psicología, y al instinto “como un concepto en la frontera entre lo mental y lo somático” (1915: 121-122).

En años recientes, el término ha sido usado figurativamente pero dentro de contextos en cierto modo divergentes. Así, estamos tratando con fronteras dentro del marco analítico, fronteras en relaciones fiduciarias, fronteras éticas definidas por los cuerpos profesionales o institucionales, fronteras dentro y entre grupos sociales, etc.

En los últimos diez a quince años, se han reportado y extensamente discutido las transgresiones de fronteras dentro del marco analítico. Mirando hacia atrás, lo que resulta particularmente inquietante es que las transgresiones sexuales y no sexuales entre los analistas y sus pacientes eran bastante comunes en los primeros años del movimiento analítico. Los episodios de Jung/Spilrein, Jones/Loe Kann, Ferenczi/Alma son los ejemplos más conocidos de violaciones sexuales de las fronteras, pero otras transgresiones no sexuales, menos conocidas pero igualmente significativas, eran más comunes y probablemente igual-

* (1997) Presentado en la Sociedad Psicoanalítica Canadiense, Montreal.

mente perjudiciales. En 1912, Freud aceptó en análisis a Loe Kann, la amante de Jones. El 23 de Junio, en respuesta a la carta de Jones en la cual se la refería, Freud le escribe: “Estaré muy complacido de expandir mucha libido sobre ella”. En la medida en que el análisis progresaba, el vínculo entre Freud y Loe Kann se hizo más fuerte; la invitó a pasar la noche de Navidad con su familia. Tal como documenta Paskauskas (1993), Freud, en sus cartas a Jones, le informaba detalladamente sobre el análisis de Kann así como lo había hecho con Ferenczi mientras analizaba a Alma, la amante de éste. Por supuesto que las violaciones no sexuales más flagrantes fueron cometidas por el mismo Freud y por Melanie Klein al analizar a sus propios hijos.

Esta temprana “laxitud” en las prácticas analíticas, y la aparente falta de preocupación por sus posibles efectos nocivos sobre los analizados y sobre el mismo proceso, probablemente podría ser comparada a los tempranos años de la práctica quirúrgica sin una adecuada asepsia. Freud pudo haber sentido esto, es decir, que esta nueva ciencia todavía no había desarrollado los “procedimientos” necesarios para salvaguardar una práctica correcta, cuando al escribirle a Jung el 18 de Junio de 1909, dice: “En vista de la clase de materia con la cual trabajamos, siempre será imposible evitar pequeñas explosiones de laboratorio. Quizás no inclinamos suficientemente la probeta, o la calentamos demasiado rápidamente. De esta forma, aprendemos cual parte del peligro yace en la materia y cual surge de la forma como la manejamos.”

En esta presentación me restringiré al concepto de fronteras, de cómo éste se desarrolló en la literatura psicoanalítica, y qué entendemos hoy en día por frontera. Luego discutiré su papel en el proceso analítico y, en particular, la influencia de éstas en la libre asociación y en el recuerdo de los sueños. Finalmente, me ocuparé brevemente de los efectos del propio análisis sobre las fronteras, vistas como una dimensión específica de la personalidad.

Las fronteras del Yo

El término *fronteras del Yo* fue introducido inicialmente en 1918 por Victor Tausk en su trabajo “Sobre los orígenes de la Máquina de Influencias en la Esquizofrenia”. Sin embargo, no fue sino a finales de 1920, con la presentación del trabajo de Paul Federn, “El Yo como Sujeto y Objeto del Narcisismo”, cuando el concepto de fronteras del Yo emergió como un tema de interés teórico.

Así, comenzando con Federn, podemos distinguir tres fases en la evolución de este concepto, correspondiendo *grosso modo* a los tres cambios más

importantes en la teoría. En el primer período Federn definió y elaboró las fronteras como una función y un atributo del Yo. Con el cambio de la teoría estructural y de la Psicología del Yo a las teorías de relaciones objetales, las fronteras fueron vistas como la demarcación entre las representaciones del *self* y las del objeto. Finalmente, en años recientes, el estudio de Ernest Hartmann sobre un número de sujetos que presentaban evidencia de lo que él llama fronteras gruesas o finas *en la mente*, introdujo una nueva fase en el estudio de este concepto. A diferencia de Freud, quien estaba interesado en el sueño y su relación con la vida psíquica del individuo, Federn dirigió su atención a los estados transicionales, es decir, la transición entre el dormir y el despertar o el despertar y la ensoñación y, en general, a los diferentes niveles de vigilancia en el Yo. De acuerdo con Edward Weiss, en su introducción al libro de Federn titulado “La Psicología del Yo y las Psicosis”, Federn describió al Yo como “una experiencia, como una sensación y un conocimiento del individuo sobre la continuidad duradera o recurrente del tiempo, del espacio, de la causalidad de su vida mental y corporal. Esta continuidad es sentida y aprehendida como una unidad”. Este Yo-experiencia fija e integra el flujo de sensaciones provenientes del exterior e interior, y de esta manera evalúa tanto la separación del mundo externo como la distancia del material inconsciente e interno. Esta distinción entre las fronteras internas y externas hecha por Federn, ha sido reintroducida y reexaminada más profundamente por Hartman en los últimos años.

Federn utilizó la metáfora de la ameba para describir la fluctuación continua entre la expansión y contracción de las fronteras, como cambios que se disparan por las catexias fluctuantes dentro del Yo. La experiencia esquizofrénica, en la cual no existe demarcación entre las fantasías inconscientes, los recuerdos, u otros estados mentales y la realidad externa, fue vista por Federn como el paradigma de fronteras débiles, y conceptualizó las fronteras del Yo, no como una línea concreta de demarcación, sino como una función, una metáfora para la distinción entre lo que es interno y lo que es externo, al igual que para los sentimientos conscientes del Yo y las fantasías inconscientes.

Sin embargo, a pesar de las protestas de Federn, a medida que los conceptos estructurales se entretrejieron en la literatura psicoanalítica, las fronteras del Yo fueron vistas cada vez más como entidades concretas dentro del aparato psíquico. Aun cuando Freud nunca habló explícitamente sobre este tema, parecía estar más cercano a Federn cuando en 1930, en “El malestar y la cultura” señala: “La patología nos ha puesto en contacto con un gran número de estados en los cuales las líneas fronterizas entre el Yo y el mundo externo son dudosas, o en los cuales éstas han sido trazadas incorrectamente. Hay casos en que las partes del cuerpo de una persona, y hasta porciones de su propia

vida mental –percepciones, pensamientos y sentimientos– aparecen extraños para él como si no le pertenecieran a su Yo (...) así, hasta el sentimiento de nuestro propio Yo está sujeto a perturbaciones, y las fronteras del Yo no son constantes”. (66). En este pasaje es interesante ver como Freud parece aludir a los procesos de identificación e introyección antes de que éstos fuesen propuestos y elaborados por Melanie Klein.

Influenciados por Melanie Klein, algunos miembros de la escuela británica de las Relaciones de Objeto, tales como D.R. Winnicott y W.R.D. Fairbairn, giraron el foco del discurso teórico desde la teoría de la libido y el modelo estructural a la naturaleza de las relaciones interpersonales y su contribución a la construcción gradual de las representaciones del *self* y del objeto. En su libro de 1964 “El *Self* y el Mundo Objetal”, Edith Jacobson enfoca nuestra atención hacia las fronteras del *self*; de ella Mitchell y Greenberg (1983, 305) opinan que “de todos los teóricos postfreudianos del modelo pulsión-estructura, ha sido la más dispuesta a extender su indagación al corazón de la metapsicología psicoanalítica... para alinear el punto de vista económico con la fenomenología de la experiencia humana”. Primordialmente interesada en los procesos de internalización y de estructuración del *self*, Jacobson enfocó su atención en la demarcación entre las representaciones del *self* y del objeto, a través de la cual las personas establecen la separación entre la experiencia del *self* y la experiencia simultánea del objeto. Durante el desarrollo, propone esta autora, las representaciones del *self* y del objeto sufren fusiones y desfusiones repetidas, pero un resultado normal “presupone la constitución de representaciones del *self* bien definidas, separadas por fronteras precisas y firmes de las representaciones igualmente realísticas de los objetos de amor.” Jacobson focalizó su interés enteramente en las fronteras interpersonales o “externas”. Sus puntos de vista influenciaron a muchos teóricos que se interesaron en la estructuración gradual de las representaciones intra-psíquicas del *self* y objeto, y de su interacción a través del desarrollo. Así, el concepto de simbiosis como un estado del desarrollo descrito por Mahler en 1975, implica la ausencia de cualquier demarcación entre el *self* y los objetos durante los tres primeros meses de vida postnatal. Recientemente, Daniel Stern (1985: 105) ha argumentado que el concepto de simbiosis, o de una “fusión primaria” existente antes de la diferenciación, es una noción desarrollista errónea, “una conceptualización secundaria, patomórfica y retrospectiva”.

En la literatura psicoanalítica de los años 70, aparecieron muchas publicaciones intentando una definición más precisa del concepto de fronteras, así como también buscando métodos para medirlas. Así, utilizando el Rorschach, Bernard Landis (1970) examinó a un amplio número de individuos buscando

evidencias de permeabilidad e impermeabilidad de las fronteras del Yo. Dentro de esta polaridad, identificó dos grupos radicalmente opuestos, que ocupaban los extremos de una gama de “tendencias conscientes al control interno y externo”. Landis fue algo vago al describir la estructura de la frontera como un proceso de cristalización del modo individual de desarrollo, o de modos de adaptación a las experiencias vitales. Su investigación se dirigió, primordialmente, a las fronteras externas o interpersonales.

La tercera fase en el desarrollo del concepto de fronteras fue introducida por Ernest Hartmann (1991) con la publicación de su libro *Boundaries in the Mind* (“Fronteras en la Mente”). Mediante la reintroducción de la distinción de Federn (1952) entre las fronteras internas y externas (interpersonales), y basando significativamente sus conclusiones en hallazgos clínicos experimentales en una amplia y diversa muestra de individuos, Hartmann abrió este concepto a una aplicación clínica más amplia. Más aún, al liberarlo de las consideraciones energéticas inherentes a la idea de fronteras del Yo, y hablando, en su lugar, de *fronteras de la mente*, evitó la controversia existente sobre este concepto, es decir, la de estructura versus proceso. Para Hartmann, las fronteras no eran ninguna de éstas, sino una cualidad o atributo medible de la mente, que se apoya finalmente sobre una base neurobiológica.

Como parte de su extenso trabajo sobre el dormir y el soñar, la investigación de Hartmann comenzó con el estudio de individuos que sufrían de pesadillas. Estos sujetos, en su mayoría sin una clara patología psiquiátrica, presentaron una fluidez y flexibilidad particular en sus identidades, una apertura y vulnerabilidad en las situaciones sociales y una falta general de defensas firmes. Concibió estas características como relacionadas con un rasgo de personalidad que él denominó “fronteras finas”, y sus opuestos (estabilidad y coherencia en la identidad del *self*, firmeza en las transacciones interpersonales y constancia en el funcionamiento general) fueron relacionados con la presencia de “fronteras gruesas”. Hartmann propuso estas “fronteras finas y gruesas como una manera amplia de ver las diferencias individuales, una nueva dimensión de la personalidad” (p. 7), al igual que como un aspecto de la organización general de la mente, evitando así una definición precisa y estrecha de fronteras.

Cualesquiera que sean dos entidades de nuestra mente o de nuestro mundo de las que estamos hablando, éstas pueden ser conceptualizadas como relativamente separadas por una frontera gruesa entre ellas, o en comunicación a través de una frontera fina (21).

Hartmann intenta una formulación neurobiológica:

De este modo, la hipótesis más sencilla sería que las fronteras finas podrían referirse a una mayor comunicación entre dichas entidades, procesos o funciones, y las gruesas podrían referirse a una mayor separación o a una menor comunicación entre ellas... tendríamos que postular estas diferencias básicamente en el cerebro anterior, especialmente la corteza cerebral, cuyos billones de neuronas asumen la mayoría de los procesos que nos interesan. Las fronteras que buscamos serían las fronteras o conexiones entre ensamblajes de células de algún tipo -probablemente entre sistemas neuronales ampliamente distribuidas, y no entre neuronas colindantes (233).

Continúa diciendo:

Pienso que la norepinefrina y la serotonina puedan ser especialmente importantes. Yo sugiero que el aumento de la actividad general de estas dos aminas en la corteza, lo cual en un sentido produce una situación similar a la de la vigilia alerta, está asociado con un relativo engrosamiento de las fronteras, mientras que la reducción de su actividad, la cual produce una situación más similar a la del dormir REM, está asociada con un relativo adelgazamiento de las fronteras (240).

El Cuestionario sobre Fronteras (CF), un amplio instrumento experimental diseñado por el equipo de Hartmann, fue probado en un gran número de pacientes no psiquiátricos. Este extenso cuestionario fue construido para evaluar y “medir” los atributos de personalidad relacionados con el concepto de fronteras internas (dentro de la personalidad) y externas (el campo interpersonal). Basado en los hallazgos de la administración de estas pruebas, Hartmann dice: “Está claro, por lo tanto, que el CF no es una medida general para la enfermedad o la patología. Las personas con fronteras finas no se muestran más “neuróticas” o “introvertidas” que aquellas con fronteras gruesas” (100).

Hartmann relacionó ambos tipos de fronteras tanto con los factores constitucionales como con las experiencias tempranas. El trauma temprano, ya sea sexual o causado por abuso, deprivación o un ambiente temprano caótico, puede predisponer (aun cuando no consistentemente) al desarrollo de fronteras finas. Durante la infancia temprana las fronteras son relativamente finas y comienzan a solidificarse en la latencia. Sobre la base de los hallazgos del CF, de historiales clínicos y baterías de pruebas psicológicas, el equipo de Hartmann trató de correlacionar ambos tipos de fronteras con otras dimensiones de la personalidad, planteando la hipótesis de que la delgadez o el grosor de las fronteras se relacionan tanto con factores constitucionales como con expe-

riencias tempranas traumáticas. Los desordenes de la personalidad *borderline*, y los variados tipos esquizoides, usualmente muestran fronteras finas, mientras que las personalidades con rasgos obsesivos compulsivos caen en la categoría de gruesas. Como mencioné anteriormente, el CF distingue entre fronteras internas y externas. Las fronteras internas relativamente gruesas y bien establecidas promueven una función psicológica normal, mientras que las fronteras externas algo finas y permeables fomentan las interacciones sociales al facilitar la sensibilidad del individuo a la realidad psíquica del otro. Contrastando con esto, las fronteras internas finas y las externas gruesas pueden promover una actitud defensiva y paranoide hacia los otros. Los seguidores de cultos, propone Hartmann, pueden mostrar este tipo de constelación.

Para resumir, pensamos que a esta altura de nuestro conocimiento, estaríamos justificados para mantener una visión bastante general referente a que las fronteras internas se relacionan con las conexiones neuronales, es decir, con comunicaciones fluidas o impedidas entre los ensamblajes de células, y con patrones rígidos o flexibles en el flujo de excitación, etc. Las respuestas a interrogantes más profundas en esta área probablemente vendrán de los estudios neurobiológicos y neuro-endocrinos. Por otra parte, en el caso de las fronteras interpersonales, una mayor comprensión estará sujeta a los avances en el área de investigación infantil.

En las últimas dos o tres décadas, los investigadores de este campo han desviado su atención de la observación del bebé en sí mismo, a las observaciones de las interacciones más tempranas de éste con su cuidadora (una modalidad bidireccional de influencia). Este nuevo enfoque investigativo ha producido una sólida evidencia de que el bebé está biológicamente equipado, desde el comienzo, para comprometerse con su medio ambiente mediante una interacción activa. (Emde, 1988). Igualmente, se ha encontrado que posee capacidades representacionales importantes durante su primer año de vida y antes de que el pensamiento simbólico se haya establecido. Tiene la habilidad para percibir rasgos, para transferir información de una modalidad a otra, para percibir contingencias en las respuestas de la persona cuidadora y para apreciar cambios en estas respuestas. Más aún, es capaz de desarrollar, categorizar y recordar expectativas, basado en lo cual eventualmente desarrolla *representaciones presimbólicas de sus variadas interacciones con el objeto primario*. ¿Estamos justificados en proponer que al inicio las fronteras interpersonales se estructuran como tales, o a nivel de las representaciones presimbólicas? El valor predictivo de estas representaciones presimbólicas, en relación al tipo de vínculo que el infante eventualmente desarrollará, puede estar apuntando a su más temprana función en el desarrollo de las demarcaciones interpersonales.

Las fronteras y el proceso psicoanalítico

El concepto de proceso psicoanalítico, al igual que el de fronteras, ha eludido una definición firme a pesar de la gran cantidad de discusiones teóricas sobre el tema. Después de largas deliberaciones sobre el tema, los participantes de un grupo de estudio de COPE llegaron a la conclusión de que una definición ampliamente aceptada es todavía elusiva para el momento actual del pensamiento psicoanalítico. La definición original de Freud (1913) permanece en el corazón de nuestras conceptualizaciones:

El analista puede, ciertamente, alcanzar resultados positivos muy importantes, pero lo que no puede es determinar precisamente cuales. Inicia un proceso, la resolución de las represiones existentes, y puede vigilarlo, propulsarlo, remover los obstáculos en su camino, o también, en el peor de los casos, perturbarlo. Pero en general, una vez iniciado, el proceso sigue su propio camino, sin dejarse marcar una dirección ni mucho menos la sucesión de los puntos que ha de ir atacando.

Patrick Casement (1994) distingue entre proceso (la búsqueda inconsciente del paciente de lo que necesita del análisis) y el procedimiento (la facilitación de este alcance por parte del analista). Algunos de los participantes del grupo COPE concluyeron que *estar en análisis* es una conceptualización simplificada pero clínicamente relevante. Loewald (1980) dio una definición similarmente inclusiva pero dicha con sencillez: “Por proceso psicoanalítico me refiero a las interacciones significativas entre el paciente y el analista que finalmente conducen a cambios estructurales en la personalidad del paciente” (p. 221)

Propongo discutir las fronteras en el proceso psicoanalítico bajo dos títulos: las fronteras relacionadas con la libre asociación y las fronteras relacionadas con el recuerdo de los sueños. En ambos casos, el término es utilizado dentro del contexto de Hartmann de fronteras finas y gruesas.

Fronteras en la asociación libre

En una carta escrita a Stefan Zweig el 7 de febrero de 1931, Freud comentó que la asociación libre ciertamente podía ser la contribución más fundamental del psicoanálisis. El término *no dirigidas* es probablemente más adecuado que *libres* ya que, según el teorema que Freud propone, las ideas intencionales conscientes son reemplazadas por otras intencionales escondidas cuando el analizando entra en análisis. Por lo tanto, las asociaciones evocadas, aun cuan-

do no son dirigidas, tampoco son, estrictamente hablando, libres sino determinadas porque “el paciente permanece bajo la influencia de la situación analítica aun cuando no esté dirigiendo sus actividades mentales hacia un tema particular. Estaremos justificados al asumir que nada le sucederá que no tenga alguna relación con la situación”. (Freud, 1925:40-41).

A pesar de su singular importancia para el análisis, la asociación libre nunca recibió la atención clínica y experimental que merece. Primordialmente, ésta se caracteriza por cierta laxitud en su contenido, en contraste con la compacta organización de éste en el discurso racional cotidiano. Así, nos referimos al flujo o a la corriente de asociaciones, pero usamos el término “esquema de argumento” para el discurso. Los significados de las asociaciones libremente producidas son múltiples y frecuentemente se solapan, son ricos y ambiguos, parecidos a las producciones artísticas. La libre asociación implica un acceso libre y espontáneo al material reprimido, *y una “laxitud” específica interna (barreras internas), de modo que se movilizan las “modalidades” más tempranas de comunicación con el objeto (el analista). Estas “modalidades” tempranas pueden ser entendidas como basadas en representaciones presimbólicas.*

En el análisis, la libre asociación es una actividad interpersonal tanto como intrapersonal que busca la evocación de la imaginación regresiva y la secuencia fluida del contenido mental, el cual es entonces relatado “libremente” al que escucha. El “decir todo” implica la habilidad por parte del sujeto para tolerar este tipo de funcionamiento mental y comunicárselo a otra persona. Sin embargo, este tipo de funcionamiento mental no implica desorganización del contenido mental sino más bien un tipo diferente de organización, o una modalidad representacional diferente. En un trabajo presentado hace varios años a la Sociedad Psicoanalítica Canadiense, Peter Knapp aseveró: “Una visión de las asociaciones como resultado de colisiones al azar de elementos movilizados por los recuerdos del que habla, propone, en cierta forma, una falsa dicotomía entre ‘método y locura’; ignora el descubrimiento revolucionario básico de la asociación libre de que hay un método eminente en su locura” (p. 15), Es más, al discutir las asociaciones libres en relación a la personalidad, Knapp pudo haber tenido una captación muy válida al decir que “la amplia variación en la manera como los individuos responden al reto de asociar libremente, sugiere que puede ser un potente instrumento de prueba proyectiva para la evaluación profunda de la personalidad (p. 23), Varios analistas se han preguntado si la “verdadera” asociación libre es realmente posible, mientras que otros (Merloo, 1952) han mantenido que solamente al final de un análisis exitoso el paciente está en posición para asociar libremente. Esta creencia, muy frecuente en los

grupos psicoanalíticos europeos, se extiende a considerar que la habilidad para asociar libremente es uno de los logros más importantes de un análisis exitoso. Esto, por supuesto, implica que la inhabilidad para ello yace enteramente, o predominantemente, en las resistencias inconscientes del paciente, una posición que ha sido cuestionada en años recientes. En nuestra experiencia, la habilidad para asociar libremente se relaciona, en un grado considerable, con ciertos factores de personalidad que pueden depender, o no, de las fuerzas que usualmente designamos como resistencias. Visto lo expuesto anteriormente, parece que las resistencias pueden interferir con el acceso al material reprimido, pero no con el acceso a modos específicos del funcionamiento representacional y mental.

Anton Kris (1982) considera la asociación libre como una aventura conjunta entre el paciente y el analista, y piensa que el mero proceso de asociar libremente es lo que constituye el principal factor terapéutico en el análisis. Las fantasías, producción de imágenes, ensoñación y bruscos cambios en el estado de conciencia son cruciales para el flujo de asociaciones libres, las cuales inciden no sólo en lo que es central para la conciencia, es decir, los símbolos léxicos precisos, sino también en lo que permanece en la periferia de dicha conciencia, donde los símbolos son usualmente ambiguos, más reflexivos y relacionados con el cuerpo. La presencia de barreras internas relativamente finas puede, por lo tanto, ser crucial para la libre asociación.

El proceso psicoanalítico se desarrolla dentro de una matriz de transacciones interpersonales complejas. Las fronteras internas y externas de cada participante influyen y, a la vez, son influenciadas por el proceso, y, además, el *interjuego* entre ambas puede ser útil al intentar comprender los asuntos relacionados con la libre asociación en análisis. Generalmente, una cierta fluidez de las fronteras externas (interpersonales), que apunta a la habilidad para comunicarse afectivamente con el otro, es una precondition necesaria para la capacidad empática del analista. Esta propuesta, sin embargo, no se extiende a sus fronteras internas las cuales, óptimamente, deben mostrar estabilidad y cohesión. Kohut hizo esta distinción cuando comentó que “el buen analista tendrá una personalidad que se caracteriza por una firmeza central y una laxitud periférica”. Por otro lado, con relación al analizando, aunque es también esencial una fluidez similar en las barreras interpersonales que le garantice la confianza en el analista, la función de las barreras internas puede ser particularmente significativa. Dos pacientes, en el lado opuesto del espectro (fineza-permeabilidad vs. grosor-impermeabilidad) ilustrarán este punto:

El caso de la Srta. A

Una mujer de 39 años de edad, soltera, académica, altamente inteligente, ansiosa, talentosa y de humor cambiante, buscó análisis porque pensaba que su vida personal era “un desastre”. Había tenido muchas relaciones sexuales íntimas con hombres, pero ninguna duraba más allá de un período de encantamiento. Después de iniciales fantasías de fusión, terminaba por sentir desconfianza, desprecio y disgusto por el hombre, dando fin a la relación.

Tenía muchos sueños y una pesadilla ocasional. En sus asociaciones traía un gran número de fantasías, ensoñaciones e imágenes, sumadas a abundantes recuerdos tempranos y recientes. El flujo de sus asociaciones fluía libremente aunque era capaz de permanecer silente durante toda la sesión, o faltar a alguna sin razón aparente.

La señorita A. provenía de una familia muy extensa. Ambos padres habían muerto. El padre fue descrito como impredecible, con un temperamento explosivo y excesivamente controlador. La madre, abrumada por muchos embarazos y por las responsabilidades de una numerosa familia, era depresiva, desorganizada y muy poco afectiva. La vida familiar era recordada como caótica, confusa, totalmente carente de orden e impredecible.

En el análisis, la paciente estaba perfectamente en sintonía con las interacciones con la analista, sensible a los movimientos corporales, a los usos del lenguaje y a cualquier cambio en el encuadre. La asociación libre o no dirigida parecía surgirle sin esfuerzo casi todo el tiempo. El mantener un encuadre claro desde el comienzo me pareció crucial para el desarrollo y curso del proceso analítico con esta paciente, la cual, yo sentía, era un caso claro de barreras internas finas y externas inestables y muy permeables. Pensé que esta “falla” en su desarrollo estaba relacionada con sus tempranas experiencias en un ambiente caótico y con la presencia de una madre deprimida, confusa e impredecible. Creo que una tal experiencia podría ser vista como traumática y responsable del desarrollo de barreras finas.

Además de Hartmann (1991), Tustin (1981) y Yarivi (1989) han señalado la importancia de la estabilidad, continuidad y ritmo predecible en las relaciones con el objeto primario para el desarrollo de una clara separación entre el *self* y los otros. Se piensa que una barrera rígida o patológica entre el niño y el objeto primario sería más fácil de negociar para un niño que una situación en la cual, tal como Yarivi plantea, “el niño, la madre y los objetos físicos se mantienen fusionados en una forma confusa y caótica” (p. 105). Más aún, se ha enfatizado que cuando no existe una clara demarcación entre el niño y la ma-

dre, el área del objeto transicional de Winnicot (1953) -en la cual tiene lugar el juego-, no se desarrollará adecuadamente. El desarrollo de este espacio potencial (transicional) se relaciona con la existencia de objetos transicionales – sustitutos lúdicos simbólicos- de la madre ausente. ¿Estamos justificados al proponer que el desarrollo del espacio potencial, es decir, el espacio entre el niño y la madre que permite al niño utilizar símbolos - el objeto transicional en el lugar de la madre ausente- es el primer estadio en el desarrollo de las barreras interpersonales e igualmente significativo en la estructuración de las barreras internas? La Srta. A., significativamente, comentó frecuentemente que su madre nunca fue juguetona, totalmente desinteresada, o posiblemente incapacitada para jugar con ella.

El caso de la Sra. B

En el otro extremo del espectro, podemos situar a la Sra. B., una profesional casada, de 41 años, que vino al análisis deprimida, enojada con su marido, ansiosa respecto a sus hijos y sintiendo que su vida se había detenido. Era la mayor de cuatro hijos en una familia muy tradicional, en donde creció sintiéndose envidiosa y competitiva con sus hermanos y compañeros de clase. Ambos padres, religiosos y muy convencionales, tenían reglas muy rígidas; ella se volvió complaciente pero resentida y amargada. Desde el comienzo del análisis, la total ausencia de sueños recordados y su inhabilidad para asociar libremente se convirtieron en un asunto importante durante sus sesiones. La paciente era altamente articulada y raramente permanecía silenciosa, pero el material que traía podría resumirse como descripciones de sí misma y de las personas cercanas, o el relato ordenado de los eventos de su vida presente y pasada, observando y reportando, pero incapaz de aflojar las constricciones internas que le permitieran un tipo diferente de auto-reflexión.

Mahony (1987) comentó sobre este tipo de asociación “libre” refiriéndose al paciente que *habla sobre algo* más que de *cómo es ese algo* o de *cómo está sucediendo* y afirmó que “hablar sobre algo carece de intimidad y señala hacia cierta conciencia de sí mismo por parte del que habla. En relación a esto, recordamos el postulado de los medievales místicos: “Si uno está consciente de que uno está orando, no es una oración perfecta” (p. 33).

En las asociaciones de esta paciente, las fantasías, imágenes, ensoñaciones, y cambios repentinos del estado de consciencia eran raramente observables. Lo que esencialmente faltaba era la habilidad para pasar sin esfuerzo de lo discursivo o verbal a los símbolos presentacionales (es decir, imaginativos);

del hablar ordinario y prosaico a la rica articulación del afecto y la fantasía imaginativa. La fugacidad, intermitencia e imprecisión de los símbolos presentacionales, son básicamente efectuadas por el ojo y el oído, y son los instrumentos primitivos de la inteligencia que probablemente pertenecen a la categoría primitiva de las representaciones presimbólicas. En la medida en que el pensamiento y las comunicaciones del individuo con los otros comienzan a apoyarse básicamente en el uso de lo verbal más que en los símbolos presentacionales (sensoriales), el sentido de dichas comunicaciones se hace más preciso pero, al mismo tiempo, la información lograda a través de los símbolos verbales inevitablemente se vuelve más restringida. Hartmann comentó sobre “el pensamiento lineal y directo” en el individuo con fronteras internas gruesas. Nosotros pensamos que este tipo de pensamiento, basado primariamente en símbolos léxicos, impide la libre asociación.

Durante la hora analítica, los pacientes como la Srta. A. entran en asociación libre sin ningún esfuerzo consciente particular. Los analizandos como la Sra. B, sin embargo, tienen dificultades para captar el significado de la asociación libre. Sin duda, la resistencia está operando aquí, a menudo reforzada por una renuencia consciente para exponer información personal. Sin embargo, el mero hecho de que la Sra. B. no podía ni siquiera *entender* lo que se le pedía que hiciera, apunta hacia una limitación más allá de la resistencia.

Fronteras y recuerdo de los sueños

A pesar del hecho de que el análisis de los sueños permanece central para la conducción del análisis, la habilidad para recordarlos, y su opuesto, la incapacidad de ciertos individuos para hacerlo, ha recibido poca atención en la literatura psicoanalítica. El estudio electro-encefalográfico de los estados del dormir y de los períodos REM ha establecido que el soñar es una importante función cerebral conectada a, pero no dependiente de, factores de personalidad. El sueño REM ocurre muchas veces durante la noche, pero tal como ha sido documentado, sólo un pequeño porcentaje de sueños (una media de dos o tres sueños semanales) son usualmente recordados por la mayoría de los individuos. (Belicki 1986). En la literatura psicoanalítica, la represión, es decir, la defensa del soñante contra derivados inconscientes pulsionales entretrejidos dentro del deseo central del sueño, ha sido considerada como una interferencia para recordar los sueños. Más aún, se ha propuesto que el recordar los sueños en el análisis está sujeto a resistencias adicionales como aquellas relacionadas con la transferencia y material predominantemente inconsciente. Se espera que dichas resistencias se debiliten gradualmente y que sean elaboradas even-

tualmente al final de un análisis exitoso, lo cual, sin embargo, no ha sido documentado confiablemente en la literatura psicoanalítica.

La pregunta acerca de qué es lo que facilita o interfiere el recuerdo de los sueños ha despertado mucho interés entre los investigadores de sueños. Resumiendo su extensa investigación sobre el tema, Belicki (1986) observa que “el recordar los sueños no está relacionado con la capacidad general de la memoria, (pero) probablemente está conectado con tipos específicos de memoria tal como la referida a imágenes y a experiencias sensoriales personales” (p. 197). Agrega que “hay una considerable evidencia de que los que los recuerdan frecuentemente tienden a ser más imaginativos y creativos que los que los olvidan” (p. 197). Cohen (1974), en el reporte de un amplio número de estudios, llega a conclusiones similares. Específicamente, la revisión de la literatura psicoanalítica señala que la represión y prominencia del contenido onírico no son particularmente relevantes para el recuerdo de los sueños. En su lugar, Cohen propone que la correlación más apoyada por los descubrimientos experimentales está entre el recordar lo soñado y la “superioridad de la imaginación” del soñante (p. 145). Las fantasías, ensoñaciones diurnas, el uso de la imaginación y la falta de pensamiento orientado hacia una tarea, fueron las características de personalidad más frecuentemente identificadas en los que recuerdan los sueños. El interés en lo soñado y el esfuerzo consciente para recordarlo y comunicarlo pueden ser beneficiosos pero no determinantes para lograrlo. En general, los descubrimientos experimentales parecen indicar que el recuerdo de los sueños es incrementado por la particular habilidad para usar la imaginación y la fantasía, así como para acceder a un pensamiento divergente, a la vez que, posiblemente, por la ausencia de defensas rígidas contra el material inconsciente. Ya hemos enfatizado que factores similares (fantasía, imaginación y ensoñación, al igual que cambios bruscos en el estado de conciencia) incrementan el libre flujo de asociaciones durante la sesión.

Basado en los hallazgos de un amplio número de sujetos a quienes se les aplicó el CF, Hartmann y su equipo llegaron a conclusiones similares: básicamente que existe “una fuerte correlación entre la delgadez de las fronteras internas y la frecuencia de sueños recordados” y “una correlación altamente significativa entre la delgadez de las fronteras y el número de sueños recordados” (p. 149). De acuerdo a estos hallazgos, los sujetos con fronteras muy finas recordaban sueños casi todas las noches. Dichos descubrimientos experimentales, sustentados por los datos clínicos, requieren que reconsideremos el lugar de los sueños y el análisis de los mismos en el proceso psicoanalítico.

Los sueños de la Srta. A. eran largos, en su mayoría basados en imágenes

visuales y sensaciones corporales. Los elementos del lenguaje y del pensamiento jugaban un papel secundario. “Soñé con mi padre... él está terriblemente viejo. Estoy en casa de mis padres, y hay muchas, muchas habitaciones y salas de baño. Mi padre está enfermo... tiene diarrea y está defecando por todas partes. Es horrible. Lo miro, pero no hago nada. Pienso para mí misma: es un viejo, déjenlo morir”. Además de los elementos pulsionales y la fuerte descarga afectiva, lo que sorprende de este sueño es lo vívido de las imágenes y los fuertes elementos sensoriales.

En contraste, la Sra. B. no reportó ningún sueño durante los dos primeros años de análisis. Ocasionalmente hablaba de “estar consciente” de haber soñado o, posiblemente, de haber tenido un pensamiento fugaz que, según opinaba, podría estar relacionado con un sueño donde tenía que tomar un examen. En el último año de análisis reportó el siguiente sueño: “Usted y yo estábamos allí con nuestros maridos... con mucha gente alrededor... nosotros estábamos caminando en el piso de abajo... era una atmósfera de fiesta. Servían comida”.

Fronteras analíticas y encuadre analítico. Transformaciones en el análisis

En general, en la literatura psicoanalítica de los últimos 10 a 15 años, el término fronteras ha sido relacionado con la noción de *fronteras profesionales* o, más precisamente, con la noción de *fronteras analíticas*, aquellas entre el analista y el paciente (Gabbard, 1995). Dentro de este contexto, el término de fronteras analíticas se ha relacionado con las existentes controversias tales como las referidas a la abstinencia y neutralidad analítica, respuestas contra-transferenciales, etc.

Las fronteras analíticas definen los parámetros de la relación analítica de manera tal que ambos participantes puedan estar a salvo pero también libres para ser espontáneos, y están íntimamente relacionadas con el concepto de encuadre analítico. Los códigos éticos, podríamos agregar, cuya meta es tanto la seguridad de ambos participantes como la conducción óptima del análisis dentro de un encuadre analítico, son esenciales y relevantes para la estructuración y el funcionamiento de las fronteras analíticas. En esta presentación tocaré brevemente este tema, finalizándola con la cuestión de las posibles transformaciones de fronteras durante el análisis.

Dentro del contexto de la teoría del encuadre, Vann Spruiell (1983) define el encuadre como los “elementos básicos inmutables o principios de organización que definen un evento social específico, y lo distinguen de otros eventos” (p. 9).

Una de las paradojas centrales de la situación analítica dentro del encuadre, es que las fronteras analíticas deben ser mantenidas para que ambos participantes tengan libertad de traspasarlas psicológicamente. Así, procesos tales como la empatía e identificación proyectiva oscilan de atrás para adelante, y viceversa, a través de la membrana semipermeable construida por la diada analítica. El analista espera que ocurra una regresión terapéutica en ambos miembros para que se posibiliten estados más primitivos de fusión e intercambio. Se ha sugerido (Meltzoff y Moore, 1992) que los bebés diferencian y desarrollan elementos de su identidad a partir de sus experiencias de transmisión de afecto con el objeto primario. Algunos de estos intercambios modales de afecto, similares a aquellos observados en bebés muy pequeños durante el período de relaciones pre-objetales, son eventualmente revividos en el análisis. Así, el analizando puede comunicar afecto, no a través de las palabras sino a través de sonidos no verbales y estados corporales.

Las fronteras analíticas aseguran que el analista pueda contener y procesar las comunicaciones sin actuarlas. De esta manera, podemos entender dichas fronteras como estructuras construidas dentro del encuadre que chequean, controlan y eventualmente *promueven* los afectos primitivos, u otro tipo de comunicaciones primitivas, al dominio del simbólico que surge de una fase del desarrollo caracterizada por relaciones de objeto más maduras. Las fronteras analíticas necesitan ser lo suficientemente firmes, pero a la vez flexibles, para permitir estas comunicaciones primitivas recíprocas entre paciente y analista. Comprender los efectos del análisis sobre las fronteras internas y externas (interpersonales) del paciente es de extrema importancia, ya que el análisis y las variadas psicoterapias dinámicas están siendo cada vez más aplicadas a individuos con severos disturbios de personalidad y serios defectos en estas áreas. A continuación presentaré dos casos con patología similar y los cambios observados durante el análisis.

Tanto C., hombre de 20 años, como V., mujer de 36, entraron en análisis en un estado regresivo y descompensado, marcado por ansiedades difusas y muchas quejas somáticas vagas, tales como dolores cambiantes, “sensaciones fugaces”, “debilidad” muscular e indigestión crónica. Aunque estas quejas eran consistentemente desechadas por los médicos al no encontrarles ninguna base de enfermedad física, esto no convencía a los pacientes. En análisis estos síntomas, siempre presentes, fueron finalmente comprendidos como una falta de integración del soma dentro de un objeto separado del *self* pero bajo cierto control de éste. Dentro del contexto de esta presentación, estos síntomas somáticos vagos y difusos podrían indicar la presencia de fronteras finas. Por lo tanto, las “sensaciones” somáticas menores –dolor, incomodidad, etc.– no

fueron procesadas como tales sino, en su lugar, como que estos síntomas se transformarían en estímulos para una respuesta ansiosa, difusa y generalizada la cual, a su vez, exagraría el desequilibrio físico del paciente.

Con respecto a las relaciones de objeto, al comienzo del análisis ambos pacientes estaban en un estado simbiótico, a menudo fusional, con parejas que presentaban fuertes rasgos *borderline*. C., un estudiante universitario, proveniente de una familia adinerada del oeste, parecía incapacitado para ejercitar su inteligencia en el trabajo y procedió con sus estudios. Las dinámicas edípicas eran bastante prominentes, pero lo más llamativo eran sus abundantes asociaciones en forma de preceptos imaginarios y fantasías, difusos y pobremente organizados, y frecuentemente marcados por un afecto doloroso. Estas asociaciones transcurrían paralelamente a sueños profusos que reportaba regularmente.

La vívida fantasía imaginaria, y a menudo sus sueños bizarros, con una ausencia total de contenido léxico, desaparecieron gradualmente en el curso de cuatro años de análisis, cinco veces por semana. Los síntomas físicos también desaparecieron, y los problemas de “salud” dejaron de ser una preocupación. C. pudo concentrarse en sus estudios, graduarse y ser aceptado en una prestigiosa universidad para hacer su postgrado.

V., una madre soltera, era una escritora *free lance* con un talento considerable, el cual, sin embargo, parecía incapaz de desarrollar totalmente. Durante su infancia había desarrollado una asma bronquial de modo que se había convertido en el objeto de la preocupación obsesiva, ansiosa y resentida de la madre. Durante la temprana pubertad disminuyeron los ataques de asma que eventualmente desaparecieron. Los años entre la edad de 14 y 22 solamente podrían ser descritos como totalmente caóticos. Se volvió altamente promiscua, (“dormí con más de 100 hombres en esos años”) consumió todas las drogas que pudo conseguir en la calle, se hizo anoréxica, y a la edad de 22 fue hospitalizada con un agudo episodio psicótico, el cual desapareció poco después y más nunca se ha repetido; volvió a sus estudios y dejó de ser promiscua.

A los 28 años, V. decidió tener un hijo y se embarazó de un hombre casi desconocido. Tuvo un embarazo difícil y resentía la carga de cuidar al niño. Sin embargo, el apego a éste eventualmente produjo una transformación importante en ella, ya que, según decía, su presencia la había “anclado” a la realidad. El niño por sí mismo, y la rutina de cuidarlo, la ayudó a organizar y centrar su vida. A pesar de esta estabilidad externa, sin embargo, V. permaneció ansiosa e insegura sobre su futuro. Tenía muchas quejas físicas por las

cuales frecuentaba clínicas y doctores, estaba obsesionada con el miedo a la enfermedad y a la muerte. Fuera de la relación con su hijo, su vida era bastante inestable y desorganizada, asemejándose a los individuos de fronteras finas caracterizados por Hartmann, los cuales “viven en una telaraña del pasado, presente y futuro sin claras demarcaciones; todo está interconectado; el futuro parece depender de tantos factores que es casi imposible saber lo que uno estará haciendo dentro de unos cuantos años” (p. 32),

Durante los primeros meses de análisis, la paciente frecuentemente se sentaba sintiéndose ansiosa, o sufría accesos de tos cuando se acostaba. Se quejaba de dolores de estómago y náuseas, temiendo tener un cáncer. En el diván, V. permanecía silente por largos trechos de tiempo y ante mi suave insinuación de que hablara, respondía irritada que no veía ninguna razón para decir nada: “qué sentido tiene todo esto después de todo”. A menudo mencionaba haber soñado profusamente la noche anterior pero, de nuevo, se negaba a relatar los sueños en la sesión. Pronto se hizo claro que temía entrar en un proceso de asociación libre, a “abrir los diques para la inundación”, como ella misma decía, y probablemente acercarse al estado de desesperanza e indefensión que había experimentado durante su corto episodio psicótico. Igualmente, en la transferencia revivió viejos estados afectivos de sentirse una niña pasiva e indefensa, sumergida en una enfermedad y en un dolor físico que sólo su madre podía aliviar. Estas quejas constantes, sin embargo, no le impedían venir regularmente a sus sesiones. Mis interpretaciones enfocaron básicamente su ambivalencia hacia el objeto primario, deseando, pero a la vez temiendo, ser cuidado por éste. En la repetición transferencial se sentía pasiva e indefensa, resistiéndose a responsabilizarse por su propia salud. En mis intervenciones era breve y directa, enviándole el “mensaje” de que el análisis le estaba brindando la seguridad del encuadre para comenzar a sentirse a cargo de su cuerpo y de su salud.

Durante varios meses habló muy poco en las sesiones más allá de sus quejas usuales y los eventos que la presionaban en su vida cotidiana. Sin embargo, gradualmente los “síntomas” físicos disminuyeron y, en una sesión reciente, anunció: “He terminado con la enfermedad, ese capítulo está cerrado ahora”. Y, ciertamente, dejó de traer las quejas físicas a las sesiones y paró sus interminables visitas a los médicos y a las clínicas. Terminó con su pareja cuando éste atravesó un serio episodio alcohólico y auto-destructivo.

En ambos pacientes hemos presenciado un definido espesor de sus fronteras internas, lo cual les permitió dedicarse más y mejor a cumplir con sus metas vitales. Es bastante legítimo el proponer que los intercambios entre

paciente y analista eran, al menos parcialmente, responsables de estas transformaciones.

Respecto a las funciones precisas de las fronteras analíticas, (es decir, funciones relacionadas con el encuadre y con los múltiples procesos interactivos en el análisis) la comprensión de las barreras internas y externas de ambos participantes es sólo el comienzo de este ejercicio. Nos parece esencial una comprensión más profunda de las interacciones complejas dentro de la diada.

A pesar de su larga historia, el concepto de fronteras todavía permanece algo elusivo. Tomar en consideración a las fronteras internas y externas dentro de la elaboración original de Federn, y la reciente de Hartmann, puede en última instancia ampliar nuestra comprensión de aspectos básicos tales como la asociación libre, el recuerdo de los sueños y los aspectos de cambios estructurales en el análisis.

Sin embargo, con respecto a las fronteras analíticas (aquellos relacionados con el encuadre y los múltiples procesos interactivos en el análisis), la comprensión de las fronteras finas y gruesas de ambos participantes está apenas en sus comienzos. Nos parece esencial una comprensión más profunda de las complejas interacciones de la diada.

Referencias

- Belicki, K. (1986). Recalling Dreams: An examination of daily variations and individual differences. In J. Gackenbach (Ed.), *Sleep and dreams: A Source book* (Vol. 296, pp. 187-206). New York: Garland.
- Casement, P.J. (1994). *Psychoanalysis as Process*. Paper presented at the meeting of the Quebec English Psychoanalytic Society, Montreal.
- Cohen, D.B. (1974). Toward a Theory of Dream Recall. *Psychological Bulletin*, 81, 138-154.
- Emde, R.N. (1988). Development terminable and interminable: I. Innate and motivational factors from infancy. *International Journal of Psycho-Analysis*, 69, 23-42.
- Federn, P. (1952). The Ego as a Subject and Object in Narcissism. In E. Weiss (Ed.), *Ego Psychology and the Psychoses* (pp. 283-322). New York: Basic Books.
- Freud, S. (1914a/1963). On Narcissism: An Introduction. In J. Strachey (Ed. and Trans.), SE: 14, pp. 67-102). London: Hogarth Press.
- _____ (1915a/1963). Instincts and their Vicissitudes. In J. Strachey (Ed. and Trans.), SE: 14, pp. 109-140). London: Hogarth Press.
- _____ (1915b/1958). Observations on transference-love (further recommenda-

- tions on the technique of psychoanalysis III). In J. Strachey (Ed. and Trans.). SE: 12, pp. 157-173). London: Hogarth Press.
- _____ (1930/1960) Civilization and its Discontents. In J. Strachey (Ed. and Trans.). SE: 21, pp. 57-145). London: Hogarth Press.
- _____ (1931/1960) Letter 258 to Stefan Zweig. In E. Freud (Ed.), *Letters to Sigmund Freud* (pp. 402-403; T. Stern & J. Stern, Trans.). New York: Basic Books.
- Gabbard, G.O. (1995c) Transference and Countertransference in the psychotherapy of therapists charged with sexual misconduct. *Journal of Psychotherapy Practice and Research* 4, 10-17.
- Hartmann, E. (1991). *Boundaries in the Mind: A new Psychology of Personality*. New York: Basic Books.
- Jacobson, E. (1964). *The Self and the Object World*. New York: International Universities Press.
- Kris, A.O. (1982). *Free Association: Method and Process*. New Haven: Yale University Press.
- Lester, E.P., Jodoin, R.-M., & Robertson, B.M. (1989). Countertransference dreams reconsidered: A survey. *International Review of Psycho-Analysis*, 16, 305-314.
- Lester, E.P. (1993). Boundaries and Gender: Their interplay in the analytic situation. *Psychoanalytic Inquiry*, 13, 153-172.
- Loewald, H.W. (1980). *Papers on Psychoanalysis*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Mahony, P.J. (1987) *Psychoanalysis and Discourse*. London: The New Library of Psychoanalysis.
- Meerloo, J.A.M. (1952). Free association, silence, and the multiple function of speech. *Psychiatric Quarterly*, 26, 21-32.
- Meltzoff, A.N., & Moore, M.K. (1992). Early imitation within a functional framework: The importance of person identity, movement, and development. *Infant Behavior and Development*, 15, 479-505.
- Paskauskas, R.A. (Ed.). (1993). *The complete correspondence of Sigmund Freud and Ernest Jones, 1908-1939*. Cambridge, MA: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Schachter, J. (1992) Concepts of termination and post termination patient-analyst contact. *International Journal of Psycho-Analysis*, 73, 137-154.
- Spruiell, V. (1983) The rules and frames of the psychoanalytic situation. *Psychoanalytic Quarterly*, 52, 1-33.
- Stern, D.N. (1985) *The interpersonal world of the child: A view from psychoanalysis and developmental psychology*. New York: Basic Books.
- Tausk, V. (1918/1933). On the Origin of the "influencing machine" in schizophrenia.

Psychoanalytic Quarterly, 2, 519-556.

Tustin, F. (1981). *Autistic States in Children*. London: Routledge & Kegan Paul.

Weiss, E. (1952). *Introduction to Ego Psychology and the Psychosis*, by P. Federn (pp. 1-21). New York: Basic Books.

Winnicott, D.W. (1953). Transitional Objects and Transitional Phenomena. *International Journal of Psycho-Analysis*, 34, 8997.

Yariv, G. (1989). Blurred edges: Some difficulties and paradoxes about forming boundaries. *British Journal of Psychotherapy*, 6, 103-111.

© Eva P. Lester

1025 Pine Avenue West

Montreal QUE H3A 1A1

Canadá

Resumen

La autora estudia el concepto de fronteras, de cómo éste se desarrolló en la literatura psicoanalítica, y qué entendemos hoy en día por frontera. Luego discute su papel en el proceso analítico y, en particular, la influencia de éstas en la libre asociación y en el recuerdo de los sueños. Finalmente, se ocupa de los efectos del propio análisis sobre las fronteras, vistas como una dimensión específica de la personalidad. Los aspectos teóricos son ilustrados con varias viñetas clínicas.

Summary

The author presents a study of the concept of boundaries, how it evolved in the analytic literature, and what do we understand by boundaries today. Then she discusses boundaries in the analytic process and, in particular, the influence of boundaries on free association and on dream recall. Finally she deals with the effects of analysis itself on boundaries, boundaries seen as a specific dimension of the personality. Theoretical aspects are illustrated with several clinical vignettes.

LECTURAS por Teresa Machado

El desorden de tu nombre. Juan José Millás. Madrid: Alfaguara, 1998.

Esta novela de Juan José Millás, literato y periodista español, se muestra, a la manera de las grandes novelas de la literatura intimista, como una obra de interés para los lectores involucrados en el quehacer psicoanalítico, quizá por las propias experiencias del autor. Es otra forma, menos técnica y más literaria, de acercarnos a las transcripciones de un discurso psicoanalítico en forma novelada.

Julio Orgaz, personaje central, es el hilo conductor del drama, caracterizado por su visión muy personal del mundo sólo como reflejo de su visión interna, y la conflictiva que establece con sus objetos de amor y de pasión que influyen en la imposibilidad de ser autor de una novela. Julio asiste a las sesiones con Carlos, su psicoanalista, los martes y viernes, luego de su divorcio —ruptura de una relación de pareja matizada por la clandestinidad y sus dificultades—, para plasmar sus vivencias internas en un manuscrito. Suele salir de las sesiones con la sensación narcisista de completud. Atraviesa el parque Berlín, y una de esas tardes conoce a Laura, mujer casada que le atrae de modo inexplicable, de la cual se enamora descubriendo en ella los rasgos de Teresa, la otra mujer que amó.

Comienza entonces una relación secreta por las tardes en el parque y en su departamento, apreciándose progresivamente que Laura es la esposa de su psicoanalista.

A lo largo de estas páginas, el lec-

tor participa como un *voyeur* más, con gran curiosidad, así como Carlos, el analista, lo es del discurso de Julio, de los contenidos alusivos a la relación con Laura y a las fantasías de su supuesta grandiosidad en sus actividades como editor, aun cuando no logra publicar. Pero también el *acting* transferencial exhibicionista de Julio parece irritar y excitar de manera consistente al analista, que fantasea sobre el porqué del lugar del analista y el de él, como paciente, a través de sus asociaciones libres. Se percibe una transferencia marcadamente narcisista y una contratransferencia en la que el analista se identifica especularmente con el paciente. Progresivamente va quedando al descubierto para Carlos y Laura y, finalmente, para Julio, el triángulo configurado.

De allí que Carlos, el analista, consulta con su terapeuta de años atrás, evidenciándose así un diálogo interesante referido al hecho de cómo pudo mantener este análisis por cierto tiempo, con razonamientos éticos, técnicos y contratransferenciales. Aquí se esboza claramente el deseo de Carlos de observar el éxito de Julio en el amor, a diferencia de la experiencia que él tuvo con su mujer. También se ve una suerte de enamoramiento especular del analista por Julio, quien es percibido como un joven exitoso y con talento. Al final quedan ambos atrapados en una relación narcisista y sin posibilidades de salida del análisis.

Al final de la novela, Laura coloca una fuerte dosis de somníferos en el café

de su marido, luego de una larga jornada de trabajo, apareciendo así su muerte como un suicidio. Es aquí cuando Julio, nuestro personaje principal, tiene la fantasía de que estos acontecimientos han sido predeterminados, y que ha sido Te-

resa la que quiso que Laura fuese la viuda de Carlos, y, por ende, para él y su hijo, logrando homologar sus fantasías internas con la realidad, y pudiendo así publicar al fin lo que originalmente concibió como “el desorden de tu nombre”.

LECTURAS por María del Carmen Míguez

El asesinato del sábado por la mañana. Batya Gur. Madrid: Ediciones Siruela, 1998.

¿Cuál es el punto de encuentro entre literatura y psicoanálisis?, ¿entre novela policial y técnica analítica? Ninguno, respondí apresurada tras descubrir en los estantes de una librería caraqueña, “El asesinato del sábado por la mañana”. Según la contraportada, su autora, Batya Gur, era profesora de literatura en Jerusalén y escritora de novelas de misterio. El subtítulo del libro: “un caso psicoanalítico”, despertaba mi interés sobremanera. Pensé: comparte creencias religiosas con el fundador del psicoanálisis –mas no resultaba suficiente para imaginar el vínculo. El judaísmo no es condición inherente al interés por el inconsciente.

En apariencia no existía explicación alguna a lo que el libro sugería. Un instituto de psicoanálisis. Candidatos. Didactas. Supervisiones. Pacientes. Conferencias los sábados por la mañana. Todo resultaba demasiado familiar para ser parte de una ficción. Una muerte. Varios sospechosos de asesinato entre los miembros del instituto.

Las fantasías que despertaban esa curiosa mezcla de personajes y circunstancias, me eran muy cercanas a pesar de provenir del extremo oriente. En fin, desde sus primeras páginas me encontré atrapada.

Eva Neidorf, analista didacta, aparece muerta en *shabbat*, a escasas horas de dictar una conferencia para sus colegas sobre ética psicoanalítica. Las páginas que contenían su ponencia desaparecen junto con otros indicios. ¿Suicidio o asesinato?, se pregunta Michael Ohayon, inspector policial que tomará el caso. Poco feliz en lo personal, y con una gran capacidad asociativa, Batya Gur colocará en este personaje, todo su conocimiento y maestría sobre el psicoanálisis y la intriga.

Los pasos que seguirá como sabueso a lo largo de la novela recordarán la labor del analista. Pero, además, frente al psicoanálisis y a ese extraño instituto que le recuerda a los “gremios de la Edad Media y el Renacimiento”, se comportará igual que un neurótico resistido frente a la alternativa de analizarse. Sin proponérselo, Ohayon hará preguntas sobre el asesino y también acerca del sentido y las razones psicoanalíticas.

NOTICIAS TROPICALES

Analistas visitantes

El **Dr. Odilon de Mello Franco Filho**, de la Sociedad Psicoanalítica de Sao Paulo, dictó una conferencia en nuestra sede sobre la teoría de los afectos en Bion. También participó como invitado especial del III Encuentro Psicoanalítico Anual, cuyo tema fue "Los afectos al diván". Dicho encuentro tuvo lugar en el Hotel Paseo de Caracas el pasado mes de junio y contó con una numerosa asistencia de profesionales y público interesado. El **Dr. Sander Abend**, de la New York Psychoanalytic Society and Institute, sostendrá dos debates abiertos al público el próximo 21 de noviembre en la sede de la Sociedad de Caracas.

Encuentros

En el XXII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis de FEPAL, realizado en Cartagena el pasado agosto, participó un nutrido grupo de analistas de nuestra sociedad, así como candidatos que asistieron al Congreso de IPSO. El **Dr. Indalecio Fernández** presentó, como ponencia oficial del XVII Pre-Congreso Didáctico, un trabajo titulado "La Transmisión del Psicoanálisis en los Seminarios", y el **Dr. Rómulo Lander**, una ponencia oficial titulada "Ética del suicidio". Los **Dres. Doris Berlín, Fausta Cruz, Alicia Leisse de Lustgarten, Teresa Machado y Carlos Valedón** leyeron trabajos libres.

La **Dra. Ana Teresa Torres** participó con un trabajo libre en el VII Encuentro Internacional de Historia de Psicoanálisis, celebrado en Londres del 16 al 18 de Julio de 1998, cuyo tema era "El Papel de las Mujeres en la Historia del Psicoanálisis: Ideas, práctica e Instituciones".

El **Dr. Carlos Valedón** participó el pasado julio en la Conferencia Permanente intra e inter Regional de Psicoanálisis

en París, cuyo tema fue "La temporalidad en psicoanálisis". Posteriormente, asistió también a dos reuniones en Londres, con la Casa de Delegados y con el Consejo Ejecutivo de la IPA. También el pasado mes de julio, el **Dr. Indalecio Fernández**, asistió en calidad de Presidente de nuestra sociedad a la Reunión Internacional de Presidentes efectuada en Londres.

Nombramientos Internacionales

El **Dr. Carlos Valedón** fue nombrado Secretario Asociado de la nueva Junta Directiva de FEPAL, presidida por el **Dr. Claudio Eizirik**, y expositor en un panel del próximo congreso internacional de Chile en 1999. El **Dr. Rómulo Lander** fue nombrado discutiador de una sesión plenaria de dicho congreso.

Nombramientos nacionales

La nueva directiva del Instituto (1998-2000), elegida el pasado mes de julio, está conformada por los **Dres. José Meliá** (director), **Rosa Lagos** (secretaria), **Doris Berlín** (comité académico), **Margara Alexandre de Edelman** (comité de evaluación), **Maran Himiob de Marcano** (comité de selección) y **Adriana Prengler** (enlace con el Comité Ejecutivo).

Futuros encuentros

El próximo encuentro internacional teórico-clínico del **Grupo E(x)A** se llevará a cabo en la isla de Aruba en febrero de 1999.

Obituario

Nuestra Sociedad se une al duelo de la comunidad psicoanalítica internacional por el reciente fallecimiento del Profesor Joseph Sandler, ex presidente de la IPA e incansable colaborador del psicoanálisis en todas sus actividades.



Gratos momentos de la visita de Odilon de Mello Franco Filho a Caracas. A su izquierda se encuentra Indalecio Fernández, presidente de la Sociedad.



Ana Teresa Torres, directora de la revista, Odilon Franco Filho, Samuel Rosenthal, apreciado amigo de la Sociedad, y Alicia Leisse de Lustgarten, ex directora del Instituto.



Carlos Rasquin, director de actividades científicas, Carlos Valedon, Bernardina Ayala, anfitriona de la reunión, y Rómulo Lander.



Odilon Franco Filho con Rosa Lagos (izq.) y Adriana Prengler.

AFECTOS RADICALES

A propósito del amor

Bernardina Ayala Lafé

Amar, celar y envidiar

Indalecio Fernández Torres

Miedo en el amor. El papel de los medios virtuales

Maran Himiob de Marcano

Los afectos del analista. Notas acerca de la evolución del concepto

Rosa Lagos

Clínica del odio y el origen de la violencia

Rómulo Lander

El sujeto y su violencia

Alicia Leisse de Lustgarten

Violencia, individuo y cultura. Sus modos y relaciones con las transgresiones y las crisis

Serapio Marcano

Aproximaciones psicoanalíticas al tema de la violencia: planteamientos freudianos en *El Malestar de la Cultura*

Marysol Sandoval de Sonntag

TEMAS DE INFANCIA Y ADOLESCENCIA

Un caso clínico

María Teresa Arostegui de Blanco

DOCENCIA Y FORMACION PSICOANALITICA

Aportes a la metodología de la docencia psicoanalítica: una investigación

José Meliá Alamar

Transferencia, contratransferencia y contaminación en los análisis didácticos

Carlos Valedón

LOS SUEÑOS DE LA GRADIVA

Reflexiones psicoanalíticas acerca de la creación poética

Aurelio Calvo

COLABORACIONES INTERNACIONALES

Las fronteras en el proceso analítico

El marco analítico y el objeto analítico

Eva P. Lester / Sociedad Psicoanalítica Canadiense

